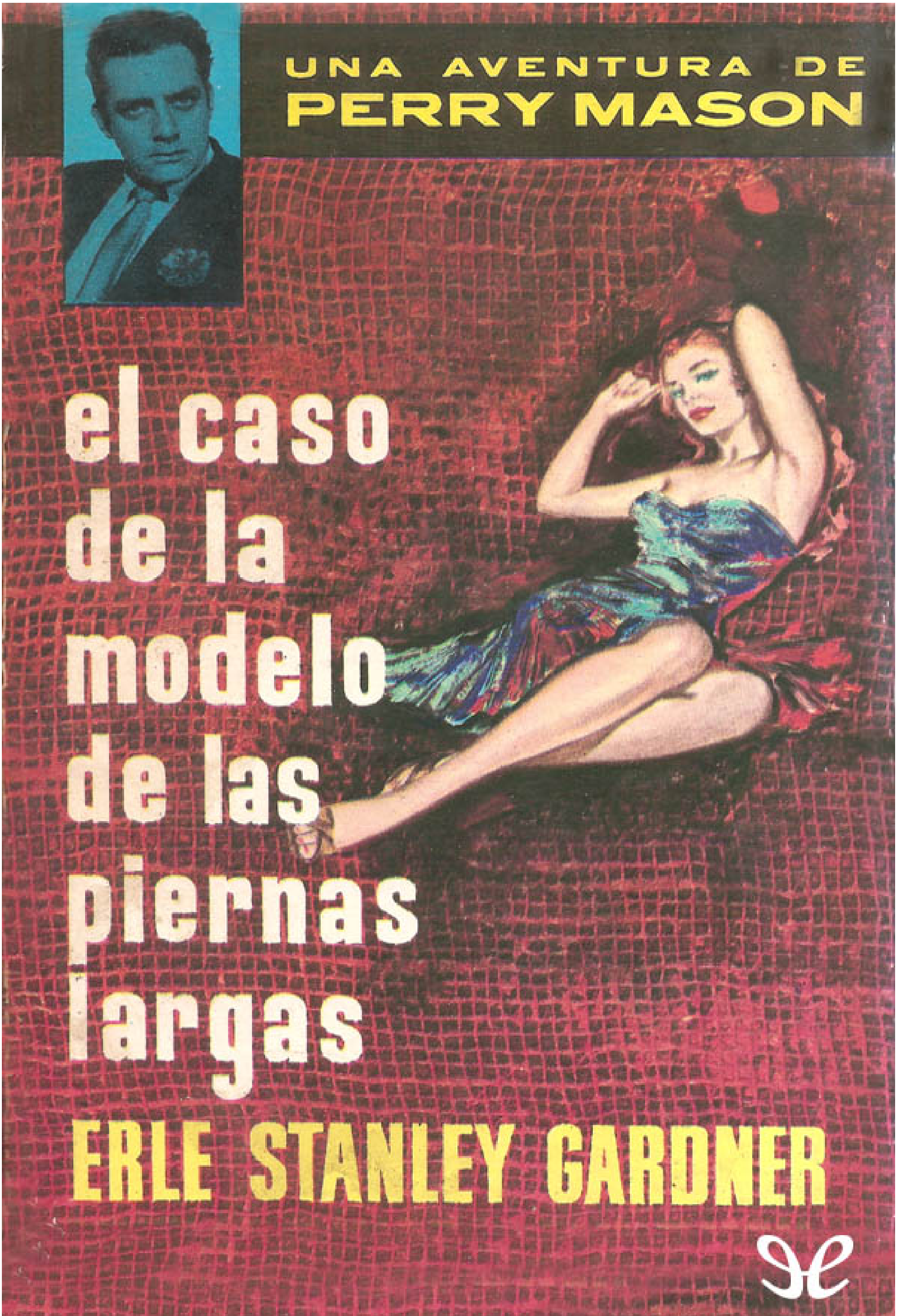

UNA AVENTURA DE
PERRY MASON
el caso
de la
modelo
de las
piernas
largas
ERLE STANLEY GARDNER

Stephanie Falkner se ve obligada a tratar con los mafiosos que presuntamente mataron a su padre, posiblemente el listo y siniestro George Casselman. Pero ella sola no puede, necesita la ayuda de Perry Mason cuando Casselman es asesinado y el arma aparece bajo su almohada.

Un caso tan complejo que Perry Mason mismo está convencido de que su cliente es culpable y está buscando un veredicto que evite la cámara de gas. Los sospechosos son un padre e hijo y un solo acusado, una secretaria sospechosa y una nueva novia modelo de piernas largas. La existencia de tres armas idénticas y una ex-secretaria felizmente embarazada son otros de los ingredientes que intervienen en este caso dramático caso que se resolverá frente a un tribunal.

epublibre

Erle Stanley Gardner

# El caso de la modelo de las piernas largas

## Perry Mason - 55

**ePub r1.0**

**Titivillus** 28.12.2014

Título original: *The Case of the Long-Legged Model*
Erle Stanley Gardner, 1958
Traducción: Alfredo Crespo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

# Capítulo 1

Perry Mason apartó la mirada del grueso libro de leyes que consultaba y miró a Della Street, cuya elegante silueta se recortaba en el umbral de la puerta.

—¿Qué hay, Della?

—¿Cuál es la situación jurídica de una mujer soltera que, para citar sus propias palabras «ha hecho compañía» a un hombre, igualmente soltero?

—Pues —dijo Mason enarcando una ceja— ninguna. ¿Por qué me haces esta pregunta?

—Porque una tal Stephanie Falkner espera a que quieras recibirla, y pretende «haber hecho compañía» a Homer Garvin hijo, no al padre.

—Ah, sí, ya sé. ¿Es ese que se ocupa de la compra y venta de automóviles de ocasión? ¿Y la señorita Falkner tiene problemas?

—Sin duda, puesto que desea consultarte. Incluso me ha dicho que el hecho de que seas el abogado de Homer Garvin le abriese tal vez las puertas de tu santuario. Me ha explicado que acaba de heredar un establecimiento de juegos en Las Vegas, y precisamente de esto desea hablarte.

—¿Qué clase de mujer es?

—Morena, bonita, de silueta atractiva, veintitrés o veinticuatro años…

—Bueno, bueno. Llama por teléfono al señor Garvin padre. Prefiero hablarle antes para saber el terreno que piso.

Della Street descolgó el teléfono, pidió un número, sostuvo una breve conversación y colgó al tiempo que declaraba:

—Acabo de hablar con Eva Elliot, la muy importante secretaria del señor Garvin. Me ha dicho que su jefe había salido de casa, pero no me ha podido facilitar ningún teléfono donde poderlo localizar.

—¡Eva Elliot! —exclamó Mason—. ¿Qué se ha hecho, pues, de Marie Arden? Oh, ya recuerdo: se casó.

—Sí, hace un año aproximadamente… Le mandaste como regalo de boda una cafetera eléctrica, un molde para barquillos y una olla a presión.

—¡Cómo pasa el tiempo! Pero, vayamos al grano. No hemos tenido ningún asunto con Garvin desde que su nueva secretaria entró en funciones.

—¡Tal vez no seas ya su abogado!

—Sería una situación muy embarazosa… Della, haz pasar a la señorita Falkner. Veamos qué desea.

Della Street se eclipsó y regresó al momento, anunciando:

—La señorita Falkner.

Stephanie Falkner, una morena de piernas largas, entró con paso resuelto en el despacho del abogado.

—Encantada de conocerle, señor abogado —dijo mientras le alargaba la mano, que Perry Mason estrechó.

—Tome asiento, por favor.

La joven se instaló en un sillón de cuero y cruzó las piernas.

—Señorita —prosiguió el abogado—, permítame advertirle que hace años que trabajo por cuenta del señor Garvin. Nunca he tenido gran cosa que hacer, porque es un hombre de negocios que sabe evitar las trampas. Pero le considero como uno de mis clientes regulares y, lo que es más, como un amigo.

—Precisamente por eso estoy yo aquí.

—En consecuencia, antes de que pueda decidir si me ocupo de usted, tendré que consultar con el señor Garvin y exponerle detalladamente la situación, a fin de estar seguro de que sus intereses no corren el riesgo de enfrentarse con los de usted. ¿Le parece bien?

—No sólo me parece estupendo, sino que le repito que estoy aquí porque es usted el abogado del señor Garvin y deseo que hable con él.

—Perfecto —dijo Mason—. Con tal condición, la escucho.

—He heredado de mi padre el cuarenta por ciento de las acciones de un establecimiento situado en Las Vegas, Nevada. Se trata de un *motel* con casino.

—Algunos de esos establecimientos son muy importantes y…

—No es el caso de éste. Es bastante modesto, pero está bien situado y susceptible de ampliación.

—¿Cuándo falleció su padre?

El rostro de la joven se endureció.

—Hace seis meses que fue asesinado —dijo.

—¡Asesinado!

—Sí. Tal vez haya oído hablar del asunto.

—¡Válgame Dios! —exclamó Mason—. ¿Se llamaba su padre Glenn Falkner?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, recuerdo bien —prosiguió el abogado—, el crimen no llegó a aclararse.

—No.

—No quisiera hacerle preguntas embarazosas…

—¿Por qué no? La vida está llena de acontecimientos desagradables. Al venir a su encuentro había decidido prescindir de mis sentimientos.

—Muy bien. Entonces, hábleme de este asunto.

—Mi madre murió cuando yo tenía cuatro años. Mi padre, poseedor de una fortuna apreciable, se arruinó cuando la gran crisis de 1928. Sin dinero y sin profesión determinada, aceptó un puesto en un restaurante *speak-easie*[1]. El propietario falleció y mi padre llegó a un acuerdo con los herederos, compró el establecimiento y volvió a abrirlo después de la prohibición. Pero es inútil aburrirle con la historia de los fracasos de mi padre. Era un jugador nato, y como tal conoció muchos altibajos. En cuanto a mí, pasé mi juventud en pensiones elegantes, porque mi padre siempre quiso que disfrutara de lo mejor en todo, y adquirí una cultura sólida. Cuando tuve edad para hacerlo, escogí una profesión de maniquí, en la que gané mucho dinero.

»Por una serie de circunstancias, mi padre se encontró un día en Las Vegas, donde compró terreno en el que hizo construir un pequeño *motel* y luego un casino. Su mayor deseo era tenerme junto a él. Yo siempre me negué: no veo qué encanto puede haber en acostarse cada día a las cuatro de la madrugada para levantarse a mediodía. Un buen día, un grupo de personas obtuvo una opción sobre los terrenos contiguos a los de mi padre, a quien se le hizo una proposición de compra. Los recién llegados deseaban derribar

nuestro pequeño establecimiento para construir un hotel inmenso, con piscina, salas de juego y club nocturno.

»Mi padre hubiese estado encantado de vender, pero el precio que le ofrecieron le pareció demasiado bajo. Sabiendo que el grupo necesitaba su terreno, mi padre exigió una cifra muy elevada.

—¿Y esos tipos le asesinaron?

—Ni yo ni nadie lo sabemos. En todo esto, los socios de papá se atemorizaron. Eran cuatro y cada uno poseía el quince por ciento de las acciones. Tres de ellos se sintieron muy dichosos de poder vender.

»Debo decirle que antes de la muerte de mi padre, yo había conocido a Homer Garvin, hijo, con quien nos tratamos bastante, hasta el punto de ser presentada a Homer Garvin, padre. Expliqué a este último cómo unos desconocidos trataban de adquirir clandestinamente las acciones. Consiguió ser más veloz que ellos con respecto al cuarto asociado, o sea que ahora posee el quince por ciento de las acciones del *motel* y yo el cuarenta. Ahora bien, muy recientemente, un grupo que se hace llamar «El Sindicato Nuevo» se ha ofrecido para comprar todas las acciones. Yo deseo vender, pero no quiero bajo ningún concepto que los asesinos de mi padre se beneficien con su crimen. Sé que un hombre, a quien llamaré X, al que conocí en Las Vegas se encuentra actualmente aquí, y que ha hecho endosar a su nombre los documentos de compra de las acciones de los tres asociados. Me ha telefoneado para decirme que estaba dispuesto a comprar las mías y las del señor Garvin y me ha citado para mañana a las ocho y media.

»Me gustaría tener una entrevista con el señor Garvin padre para saber si está dispuesto a que defendamos nuestros intereses comunes. Sólo venderé si él está dispuesto a hacer lo mismo. Pero desde ayer está de viaje y no consigo saber dónde encontrarlo. Su secretaría no puede verme ni en pintura.

—¿Y el hijo? —preguntó Mason—. ¿No sabe dónde está su padre?

—Homer hijo también se encuentra ausente.

—Tal vez al señor Garvin padre no le gustase que se entrevistase usted personalmente con ese X. Seguramente preferiría que yo actuara de intermediario.

—Lo sé, pero considero esto un asunto familiar y desearía que

los asesinos de mi padre sean castigados. Por lo demás, éste es el segundo motivo de que haya venido a verle.

—Muy bien. ¿Qué quiere que haga?

—Cuando haya terminado este asunto de la venta, deseo contratarle para que se ocupe del asesinato de papá. Encargue a un detective privado que descubra lo que la policía no ha sabido encontrar. Luego, quisiera que actuara usted como agente de enlace entre ese detective privado y la policía, y que utilizase su inteligencia para interpretar los indicios que puedan recogerse.

—¡No necesita usted a un abogado para obligar a la policía a aclarar un crimen!

—Pero hasta ahora la policía no ha hecho nada.

—¿Cree usted que ese señor X puede estar relacionado con el crimen? Porque, en todo caso, parece haberle resultado beneficioso…

—No apostaría la cabeza en favor de su inocencia.

—En tal caso, deje que sea Garvin padre quien dirija las negociaciones.

—Cuando el señor Garvin padre compró esas acciones, pensaba regalármelas con motivo de mi matrimonio con su hijo. Ahora la situación ha cambiado… Ha cambiado por completo.

—¿Dónde puedo encontrarla en caso de necesidad?

—No se preocupe por eso. Mañana a las diez le telefonearé.

—Muy bien.

Stephanie Falkner se levantó, dirigióse a la puerta y salió, mientras decía:

—Y por favor, de aquí a entonces entrevístese con el señor Garvin.

Tras de lo cual cerró la puerta.

—¡Caramba! —dijo Mason—. ¡He aquí una joven con la que no me gustaría jugar al póquer!

—Jefe, algo me dice que esa mujer va a proporcionarnos muchas preocupaciones.

—Entretanto, me llegaré a ver a Eva Elliot para tratar de sacarle algún informe. Después, vivir para ver…

# Capítulo 2

Cuando Perry Mason entró en el despacho de Homer Garvin, Eva Elliot, una joven rubia, alta, de ojos azules, maquillada como una actriz cinematográfica, estaba instalada a su mesa, dispuesta de tal manera que la luz que atravesaba los visillos de la ventana realzaba su belleza, que se silueteaba netamente sobre el revestimiento de caoba de la pared.

—Soy Perry Mason —dijo el abogado, acercándose a la joven.

—¿Perry Mason, el abogado?

—Sí.

—Su secretaria ha telefoneado no hace mucho, pidiendo que el señor Garvin le llamara a usted tan pronto como volviese.

—Lo sé —dijo el abogado—. ¿Ha cambiado usted su mesa de sitio?

—No —rectificó ella—. He preferido disponerla de manera distinta que Marie, la anterior secretaria.

—¿Ha tenido usted noticias de ella después de su matrimonio?

—Ha venido dos veces —repuso Eva Elliot con tono glacial.

—¿Cómo se llama ahora?

—Se casó con un tal Lawton Barlow.

—Ah, sí, es verdad. Ahora lo recuerdo. Dígame, señorita Elliot, ¿dónde está el señor Garvin?

—Ayer por la tarde salió en viaje de negocios.

—¿Resulta una cosa desacostumbrada?

—En absoluto. El señor Garvin viaja frecuentemente.

—Ya… Sin duda sabrá usted que soy su abogado, ¿no?

—He oído al señor Garvin hablar de usted.

—Me interesaría muchísimo poder hablar con él.

—¿Me permite que le pregunte si la señorita Falkner no tiene algo que ver en esto?

—¿Por qué?

—Bueno… Voy a poner las cartas sobre la mesa. Yo… Señor Mason, es muy importante que nadie nos moleste. ¿No le importaría que cerrase con llave la puerta de este despacho y que fuésemos luego al del señor Garvin?

—Nada en absoluto.

La joven se levantó, fue a dar vuelta a la llave y luego, andando con pasos graciosos, dirigióse hacia una puerta sobre la que había escrito «Privado». Mason la siguió al suntuoso despacho de Garvin.

—El señor Garvin se pondría furioso si supiese lo que voy a decirle —empezó—. Pero le considero a usted un buen psicólogo y no necesito advertirle que Stephanie Falkner es muy astuta, muy maligna y muy egoísta. Sin duda no ignora usted que se ha relacionado mucho con Homer Garvin, hijo, quien ahora está enamorado de otra mujer. Por lo tanto, Stephanie se ha vuelto hacia el padre, que se interesa por ella. No sé lo que trama, pero le advierto que no hay que creer todo lo que explica.

»También deseo hacerle observar que quedaría despedida si alguno de los Garvin se enterase de lo que acabo de decirle. Pero mi devoción hacia ellos me obliga a no dejarme impresionar por las situaciones imprevistas.

»¿Puedo preguntarle, señor abogado, si va usted a olvidar nuestra conversación o, si por el contrario, se la comunicará al señor Garvin?

Mason sonrió.

—No diré ni una palabra —aseguró.

—Gracias —ella le alargó ambas manos—. ¡Creo que es usted un hombre extraordinario! Hasta pronto, señor abogado.

Mason se marchó del despacho de Garvin y telefoneó a Della para pedirle la dirección de Marie Arden, convertida en señora Lawton Barlow.

—¿Vas a visitarla? —preguntó Della.

—Sí.

Ya en posesión del informe, Mason cogió un taxi, dio la dirección que había anotado en su agenda, encendió un cigarrillo y se puso a meditar. Llegado a su destino, pidió al taxista que le esperara y se dirigió hacia la casa. Incluso antes de haber llamado, la puerta se abrió de par en par.

—Señor Mason —exclamó Marie Barlow—. ¡Cuánto me alegro de verle!

—¡Parece estar en gran forma!

—¡No diga tonterías! —repuso la joven, riendo—. Espero un bebé dentro de nueve semanas y tengo la cintura de un elefante. Pero entre… Y no preste atención a cómo tengo la casa. Siéntese en esa butaca, es más cómoda… ¿Tiene sed?

—No, gracias —dijo Mason—. Quisiera una información referente a Homer Garvin. Acabo de ver a Eva Elliot, pero no he podido averiguar dónde estaba él.

—¡Cada vez sucede lo mismo! —dijo Marie, riendo—. Por dos veces he tratado de ir a ver a mi antiguo jefe, pero siempre he tropezado con mi sustituta. La primera vez, me consta que estaba celebrando una conferencia, pero la segunda ni siquiera quiso anunciarle mi presencia.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Sin embargo, trabajé doce años con el señor Garvin. ¡Qué jefe tan bueno!

—¿Conoció a Stephanie Falkner?

—No. Poco antes de mi casamiento, Eva Elliot era el gran amor del hijo. Adora ese tipo de mujeres con las piernas largas y la silueta voluptuosa. Creo que fue entonces cuando Stephanie intervino en el juego. Garvin hijo, para deshacerse de Eva, consiguió persuadir a su padre para que la aceptara de secretaria con un sueldo enorme. Es una muchacha hermosa y decorativa, sin escrúpulos y profundamente vanidosa. ¡No puedo soportarla! Además, es una mala empleada.

—En tales condiciones, ¿cómo puede administrar los negocios de Garvin? —preguntó Mason.

—¡Es lo que me gustaría saber!

—Marie —dijo el abogado—, tengo buenas razones para creer que Garvin está en Las Vegas. ¿Dónde se aloja cuando va allí?

—Hay nueve probabilidades sobre diez de que esté en el motel *Doble Cero*. Pero me sorprende que Eva no sepa dónde se encuentra exactamente. Cuando yo era su secretaria, nunca se iba sin comunicarme su punto de destino, a fin de que pudiera avisarlo si ocurría algún hecho importante. —Lanzó un gran suspiro—. El señor Garvin parece haber cambiado mucho desde que le dejé. Por

ejemplo, no comprendo por qué no me ha telefoneado nunca.

—¿Y usted no ha tratado de llamarle?

—No; me dije que si no daba señales de vida después de haberle dicho a Eva que yo había ido al despacho, era que no deseaba verme.

—En todo caso —dijo Mason de vez en cuando telefonéenos a nosotros. Della y yo estaremos encantados de verla.

## Capítulo 3

—¿Qué, has descubierto algo nuevo? —preguntó Della Street al ver a Mason entrar en el despacho.

—Nada concreto, pero estoy seguro de que ocurre algo extraño en el despacho de Garvin. ¿Cuánto tiempo hace que no hemos tenido noticias suyas?

—Voy a consultar los libros de visitas.

Della se levantó, salió y regresó al cabo de pocos minutos.

—Hace más de un año —anunció.

—En pocas palabras, desde que su nueva secretaria entró en funciones. ¡Esa chica parece haber trastornado las costumbres de la casa! Della, trataremos de aclarar la situación. Tal vez Garvin haya contratado otro abogado. Ponga una conferencia con el motel *Doble Cero* y diga que Perry Mason desea hablar con el señor Homer Horacio Garvin.

—De acuerdo, voy a advertir a Gertie.

Della se fue a la centralita telefónica y regresó al despacho de su jefe.

Unos minutos más tarde, sonó el teléfono. Mason cogió el auricular.

—¿Oiga? ¿Homer? —dijo el abogado—. Aquí Perry.

—¿Sí? —contestó una voz reticente—. ¿Cómo está usted?

—¿Puedo hablar libremente?

—De manera muy limitada.

—Acabo de recibir la visita de una morena de ojos grises que posee un cuarenta por ciento de acciones en un negocio que le afecta a usted. Ha recibido un ofrecimiento de cierta persona…

—¡Espere! —exclamó Garvin—. Le llamaré después. ¿Dónde puedo encontrarle, digamos dentro de una hora?

—En mi despacho.

—De acuerdo. Hasta luego.

Garvin colgó.

—Bueno —dijo Mason—, pues no he avanzado gran cosa. Esperemos a que Garvin me telefonee.

A las cinco los otros empleados se marcharon del despacho y Della Street se quedó sola con Perry Mason. A las cinco y veinte sonó el teléfono.

—Aquí Homer —dijo Garvin—. ¿Puede explicarme en líneas generales el asunto que nos interesa? No mencione ningún nombre.

—Helo aquí. La joven de quien le he hablado ha recibido un ofrecimiento. Un misterioso señor X, probable representante de un grupo cuya sede está en el lugar donde usted se encuentra ahora, debe entrevistarse mañana con ella. A la joven le gustaría actuar de acuerdo con usted.

—Ya veo.

—Espero no haberle molestado. Me ha costado mucho poderle localizar.

—¿Cómo lo ha hecho, Perry?

—Es Marie Arden, o mejor dicho, Marie Barlow, la que me ha orientado.

—¡Pero yo no le he dicho dónde estaba!

—No, pero ella sabe dónde solía usted alojarse cuando estaba en Las Vegas.

—¿Por qué diablos no ha telefoneado a mi despacho, en lugar de ir a buscar a una secretaria que me dejó hace más de un año y…?

—¡Cálmese! He hablado con Eva Elliot, y no me ha podido dar ninguna información.

—¿Qué? Ella sabe perfectamente dónde estoy.

—Tal vez ha considerado que no debía decírmelo. No se excite por tan poca cosa.

—¡Vaya consejo de darme! Sí, está bien, tiene razón. Dígame, Mason, ¿puede enterarse del nombre de la persona que debe entrevistarse con la joven? Sospecho de quién se trata. Es un tipo peligroso, que prefiere permanecer en la sombra. Haga lo siguiente: Quiero que esa joven reciba protección. Tan pronto como se entere usted del nombre y la dirección que le he pedido, telefonéeme inmediatamente al *Doble Cero*. Si no estoy, pregunte por Lucille y facilítele la información.

—¿Tiene pensado algún precio para su paquete de acciones?

—Por el momento no. Ante todo, deseo saber lo que están dispuestos a ofrecer los compradores eventuales. Ese señor X no citará probablemente ninguna cifra, pero me interesa que sepa que usted y yo nos ocupamos del asunto. Si pensase que trataba con una mujer sola, Dios sabe de lo que sería capaz. Ahora tengo que dejarle. Que siga bien. ¡Hasta la vista!

# Capítulo 4

A las diez y media en punto de la mañana siguiente, Stephanie Falkner penetró en el despacho de Mason.

—He tenido noticias de Homer Garvin —le anunció el abogado —. Me ha telefoneado desde Las Vegas y desea que defienda sus intereses. Quiere que vaya a ver al señor X en cuestión, para tener una idea sobre lo que proyecta, y no pedirá ningún precio por su paquete de acciones hasta que yo haya aclarado la situación. ¿Está de acuerdo?

—No es lo que yo esperaba —dijo ella—, pero cualquier cosa que haga el señor Garvin estoy de acuerdo con él.

—¿Puede decirme quien es ese señor X y dónde puedo encontrarle?

Ella vaciló un momento y luego repuso:

—Se llama George Casselman. Debo encontrarme con él en el apartamiento 211 del edificio «Ambrose», en el 948 de Christine Drive, esta noche a las ocho y media. Tenga la amabilidad de decir al señor Garvin que me doblegaré a sus deseos y que si no anulo la cita convenida para esta noche, es sólo para no romper las negociaciones. Un millón de gracias por su ayuda, señor Mason, y hasta la vista.

La joven se levantó, sonrió y salió rápidamente del despacho.

—Estoy dispuesta a apostar que si se ha ido tan aprisa es para no dejarte tiempo para formular ciertas preguntas embarazosas. Voy a ver a Gertie. A menudo tiene ideas disparatadas, pero mientras tus clientes aguardan en la sala de espera, ella hace, a veces, observaciones llenas de sentido común.

Della fue a ver a la telefonista y regresó con un diario en la mano.

—Homer Garvin, hijo, regresó ayer por la tarde junto con su

esposa —anunció—. Se han casado en Chicago.

—¡Oh, oh! —dijo Mason.

—Toma —dijo Della, alargándole el diario—, ¿no quieres ver el aspecto que tiene la novia?

Mason examinó con aire pensativo la foto.

—Es bonita —dijo—. ¿Conoces sus antecedentes?

—Posaba para fotografías publicitarias en Las Vegas —repuso Della—. El joven Garvin la conoció allí hace cosa de dos meses.

—¡Ése no pierde el tiempo!

—¡A menos de que sea ella!

—En todo caso, esto puede explicar muchas cosas. Telefonea al motel *Doble Cero* de Las Vegas, Della. Intenta hablar con Homer Garvin padre, sino pregunta por Lucille y dile que el nombre que el señor Garvin deseaba saber es: George Casselman, 948 Christine Drive, apartamiento 211 del edificio «Ambrose».

Della Street salió del despacho y regresó al cabo de diez minutos.

—No he podido comunicar con el señor Garvin, jefe. Pero he hablado con Lucille y le he transmitido el mensaje… Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Pienso que en estas condiciones estoy perfectamente libre para ir a ver al señor Casselman antes que Stephanie Falkner. Además, creo que se impone hacer un regalo a Homer, hijo. Della, corre a los grandes almacenes. Te abro un crédito de cincuenta dólares.

—¿Crees que Casselman aceptará hablar contigo?

—Lo ignoro, pero si está en su casa soy yo quien querré decirle un par de palabras.

# Capítulo 5

A las ocho en punto, Perry Mason detuvo su coche no lejos del edificio «Ambrose» y se dirigió hacia la puerta de entrada. A la derecha había una hilera de botones, y junto a cada uno de ellos el nombre del inquilino, el número del apartamiento y el orificio de un tubo acústico.

Frente al número 211 se leía el nombre de Casselman.

Mason apretó el timbre. La respuesta llegó casi inmediatamente.

—¿Quién es?

—Mason.

—¿Qué desea?

—Verle.

—¿Para qué?

—Con respecto a unas acciones.

Chirrió un resorte y la puerta se abrió. Mason penetró en el edificio, subió hasta el segundo piso, siguió un corredor en dirección a una puerta abierta, en cuyo umbral había un hombre.

—¿Es usted Mason? —se informó éste.

—Sí… ¿Casselman?

—Sí.

—Quería hablarle de cierto paquete de acciones. Represento al señor Homer Garvin. ¿Le dice algo este nombre?

El hombre retrocedió bruscamente. De unos treinta y cinco años de edad era delgado, nervioso, con rasgos agudos y sonreía con aire amable.

—No faltaría más, señor Mason. Este nombre significa mucho para mí. ¿Quiere tener la bondad de pasar?

Casselman lanzó una mirada a su reloj de pulsera al tiempo que preguntaba:

—¿Puedo preguntarle cómo se ha enterado de mi dirección?

—Soy abogado —dijo Mason con tono seco, como si esta respuesta lo explicase todo.

—Oh, ya veo. Pero sigue en pie la cuestión de… ¡Válgame Dios! ¿No será usted *Perry* Mason?

—Sí.

—¡Vaya, vaya! ¡Estoy verdaderamente encantado!

Casselman alargó la mano y Mason se la estrechó. El apretón de Casselman fue firme y vigoroso.

—Siéntese usted, abogado, se lo ruego. ¿Desea beber algo?

—No, gracias. No dispongo de mucho tiempo.

Casselman consultó de nuevo el reloj.

—Yo también tengo bastante prisa, señor Mason. Tengo otra cita. Vamos, pues, al grano.

Mason se sentó, cogió un cigarrillo.

—Si lo entiendo bien —dijo Casselman—, está usted al corriente del asunto que me interesa. Poseo el cuarenta y cinco por ciento de las acciones, su cliente el quince por ciento y Stephanie Falkner el cuarenta por ciento.

—Ajá —dijo Mason, exhalando el humo por la nariz, instalándose cómodamente en la butaca y cruzando sus largas piernas.

—En Nevada, las sociedades por acciones son bastante distintas de las que existen en los otros estados —continuó Casselman—. El juego es allí ilegal y esto cambia muchas cosas.

—Naturalmente.

—Los jugadores atraen a los jugadores.

—Y como el juego es ilegal en los otros Estados, las actividades de los jugadores están con mucha frecuencia salpicadas de irregularidades.

—Es lógico.

—Sin embargo, es lo que mucha gente no llega a comprender.

—Yo lo admito.

—Pasemos a los números. ¿Cuánto pide Garvin por su paquete de acciones?

—¿Cuánto ofrece usted?

—Estoy dispuesto a hacerle una proposición definitiva: treinta mil dólares por sus acciones.

—Valen más.

—Es cuestión de opiniones. Usted tiene la suya y yo la mía. A mis ojos estas acciones valen treinta mil dólares y sólo porque me dan el dominio de la situación.

—Transmitiré su oferta a mi cliente, pero no creo que quede satisfecho.

—En todo caso, es mi cifra máxima. Y permítame, señor Mason, que le haga observar otra cosa: si por una afortunada conjunción de circunstancias consiguiésemos tener la mayoría de acciones, esta oferta no seguiría en pie y seríamos nosotros los que dictaríamos nuestras condiciones al señor Garvin.

—No lo creo.

—¿Porqué?

—Porque no parece usted darse cuenta de que, en un grupo de accionistas, un minoritario puede causar innumerables molestias.

—Tal vez no haya comprendido usted bien la clase de personas con quienes tendrá que tratar.

—Es muy posible —concedió Mason—, pero lo contrario puede ser también cierto.

—Señor Mason —dijo Casselman—, ciñámonos estrictamente al negocio y no personalicemos. Podría usted lamentarlo.

—¡No trate de intimidarme! Glenn Falkner fue asesinado. Han comprado ustedes tres paquetes de acciones porque sus propietarios estaban asustados. No es el caso de Garvin ni el mío.

—No deseo tener molestias, señor abogado —dijo Casselman, después de un breve silencio.

—Entonces, no las busque. Para su gobierno, sepa que Garvin nunca le venderá sus acciones por separado. Tendrá usted que comprar simultáneamente las de Stephanie Falkner.

—De acuerdo —exclamó Casselman—. Le hago la misma proposición. Si usted puede…

El timbre del teléfono se puso a sonar. Casselman se sobresaltó.

—Discúlpeme —dijo.

Dirigióse a la pieza contigua y Mason le oyó responder:

—¡Hola!… No es posible… ¡Ahora no!

Hubo un momento de silencio y luego Casselman murmuró varias frases en voz baja.

—Dentro de dos minutos —exclamó antes de colgar sin despedirse.

Casselman volvió junto al abogado, visiblemente inquieto e impaciente.

—Señor Mason, le ruego que me disculpe. Tenía una cita para las ocho y media, pero acaba de ocurrir un hecho muy importante, y es necesario que me ocupe de eso en seguida.

—Muy bien —dijo Mason, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta—. ¿Y si me dejase su número de teléfono?

—Lo siento, pero…

Ante la expresión de Mason, Casselman cambió de idea:

—Belding 6-9754.

—Gracias —dijo Mason.

Se dirigió hacia el pasillo y, sin haberle dado la mano, Casselman cerró rápidamente la puerta. Mason observó que ésta podía abrirse desde el exterior, pues la cerradura tenía un pomo.

Mason abandonó el edificio y fue a instalarse en su coche. Unos minutos más tarde, vio llegar a Garvin padre al volante de su auto, detenerse, saltar a la acera y precipitarse hacia la entrada del edificio. El abogado iba a tocar el claxon cuando vio que Garvin se sacaba una llave del bolsillo y entraba en la casa.

Tres o cuatro minutos más tarde Garvin reapareció, subió a su coche y arrancó, después de haber forcejeado unos momentos, pues otro automóvil se había colocado delante del suyo.

En aquel momento preciso llegó Stephanie Falkner. Era imposible que no hubiese visto a Garvin, pero no hizo nada para llamar su atención. Detuvo su coche junto al bordillo y se dirigió hacia la entrada del edificio. Cuando iba a tocar el timbre, la puerta se abrió y salió una mujer majestuosa, la cual le sostuvo amablemente la puerta abierta.

Durante el intervalo en que Mason había estado de vigilancia, sólo Homer Garvin y Stephanie Falkner habían penetrado en el edificio, y sólo Garvin y la mujer majestuosa habían salido.

Mason esperó aún un momento y luego, poniendo en marcha su vehículo, dio lentamente la vuelta a la manzana.

Era ya noche cerrada. Sólo un farol en la esquina proporcionaba cierta claridad. Cuando Mason volvió a pasar ante la entrada de los apartamientos «Ambrose», vio que el coche de Stephanie seguía en el sitio en que ella lo había dejado.

A la cuarta vuelta, Mason distinguió a una mujer que bajaba

rápidamente por la escalera de servicio. Aminoró la marcha del coche. La vio dar la vuelta al edificio corriendo, pero así que llegó al sector iluminado se puso a caminar sin prisa.

Mason alcanzó a la joven y detuvo su coche.

—¿Quiere que la acompañe, señorita Falkner? —propuso.

Ella se sobresaltó y sofocó una exclamación.

—¡Oh! —dijo—. ¡Me ha dado un susto!…

—Lo siento mucho, no era ésa mi intención. ¿Todo va bien?

—Desde luego.

—Suba. Voy a llevarla hasta su coche. ¿Le ha hecho Casselman una oferta?

—Sí. Treinta mil dólares. Ha dicho que era lo máximo que podía hacer.

—¿En efectivo?

—Sí. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Un momento.

—¿Por qué?

—He ido a ver a Casselman.

—¡No es posible!

—Sí lo es.

—No me ha hablado de su visita. ¿Le ha hecho también a usted una oferta?

—Sí, pero prefiero que sea Homer Garvin quien le hable de eso. Como abogado, puedo reunir informes, pero no divulgarlos.

—Comprendo.

—¿Ha aceptado las condiciones que le ha ofrecido? —preguntó Mason, aminorando aún más la marcha del vehículo.

—Desde luego que no. Ya le había advertido que rehusaría. He dicho a Casselman que le telefonearía para darle a conocer mi decisión.

—¿Todo ha ido bien?

—Sí.

—¿Amenazas?

—¡Qué va!

—¿Dificultades?

—¡Ninguna!

—Entonces, ¿por qué no ha salido por la puerta principal?

Ella le miró, sorprendida.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó.

—En la calle de detrás del edificio.

—Yo… Casselman ha debido responder al teléfono y… yo quería oír lo que hablaba. Me he metido en la cocina, convencida de que la conversación duraría mucho rato. He actuado así porque he oído a Casselman pronunciar el nombre de Garvin y he pensado que era Homer quien telefoneaba. Pero, bruscamente, Casselman ha colgado y ha vuelto al salón. Al no verme, ha debido de creer que me había ido. Estaba atrapada en la cocina. No me ha quedado más remedio que marcharme por la puerta de servicio. De esta manera, Casselman no se ha enterado de que yo había escuchado su conversación… la que, por lo demás, no me ha descubierto nada, excepto que hablaba con una mujer.

—¿No tiene idea sobre la identidad de esa persona?

—Tal vez fuese la esposa de Garvin hijo. Se ha casado recientemente en Chicago.

—¿Se trataba de una conversación de negocios o de un diálogo sentimental?

—No sabría decirle.

—¿E ignora de qué hablaron?

—Sí.

Mason lanzó una mirada escrutadora a la joven, pero se abstuvo de todo comentario.

—Aquí está mi coche —dijo ella—. Resido en los Apartamientos «Lodestar». Puede usted llamarme allí una vez haya visto al señor Garvin.

Salió rápidamente del coche de Mason, se sentó al volante del suyo y puso en marcha el motor.

—Tal vez no lo demuestre, pero le estoy infinitamente agradecida.

El coche arrancó y Mason regresó a su despacho.

—¿Has visto a Casselman? —le preguntó Della—. ¿Cómo es? ¿Te ha causado la impresión de ser hombre peligroso?

—Sí, sobre todo si ataca por la espalda.

—Homer Garvin padre ha telefoneado para decir que estaría aquí dentro de media hora.

—¿Cuándo ha llamado?

—Hace cinco minutos.

—No olvides que tengo que felicitarlo por lo de su nueva nuera, Della.

La secretaria se puso a reír.

—¡Parecía muy impaciente! Debe de tener otras preocupaciones mayores…

Mason estuvo dictando la correspondencia a su secretaria hasta que oyeron llamar a la puerta del despacho. Della Street fue a abrir. Homer Garvin padre entró con paso decidido. De cincuenta y un años de edad, representaba cuarenta. Palmoteo un hombro de ella mientras la examinaba con sus ojos grises de mirada penetrante, y estrechó la mano del abogado.

—Perry —anunció mientras consultaba su reloj—, debemos darnos prisa. ¿Ha visto a Casselman?

—Sí.

—¿Cuánto ha ofrecido?

—Treinta mil dólares por el quince por ciento de sus acciones.

—¿Qué ha propuesto a Stephanie?

—Treinta mil dólares por el cuarenta por ciento de sus acciones.

—¡No es posible! Casselman no ofrecería lo mismo por el quince por ciento de acciones que por el cuarenta.

—Los dos paquetes le dan la mayoría.

—Sin embargo… Vamos a ver a Stephanie. Tengo algo que decirle. ¿Qué opina de Casselman, Perry?

—Es un bandido dotado de mucha sangre fría, pero debe retroceder cuando ha de afrontar abiertamente a sus adversarios.

—Por los informes que poseo, tengo buenos motivos para pensar que es el asesino de Glenn Falkner.

—¿Puede facilitar pruebas a la policía?

—Creo que sí, Perry. Pocas horas antes de su muerte, Glenn Falkner declaró a un amigo que debía discutir de negocios con Casselman. He podido localizar el vehículo que conducía este último en el momento que mataron a Falkner. Casselman se deshizo de él tres días después del crimen y compró otro. Tal vez recuerde las circunstancias de la muerte de Falkner: iba en un automóvil que corría a gran velocidad. La portezuela derecha se abrió y el cuerpo fue arrastrado una buena distancia antes de quedar en la calzada, En tanto que unos peatones se precipitaban hacia el hombre caído en el suelo, el coche desapareció. El hombre estaba muerto. Había

recibido una bala de revólver en el cráneo y dos en el cuerpo. Examiné cuidadosamente el coche de Casselman y descubrí unas pequeñas trazas sospechosas entre la portezuela y el asiento delantero. Igualmente noté un ligero arañazo en el marco de la portezuela, probablemente causado por una bala. Contraté a un buen detective de Las Vegas, bastante ducho en investigaciones científicas. Existe un producto, llamado Luminol, que cuando se le aplica sobre rastros de sangre los hace brillar. El detective lo utilizó en el coche de Casselman; de esta manera puso en evidencia rastros en los pliegues de la tapicería y bajo el almohadón del asiento delantero, aparte de los que yo había observado.

—Es muy interesante —dijo Mason—. Pero esto no constituye una prueba, todo lo más un indicio.

—Lo sé. De todos modos, cuando hable de eso a Casselman, tendrá que darme alguna explicación y entonces tal vez poseamos una buena prueba.

—Sería mejor que dejase a la policía ocuparse de esto.

—Ese granuja no me da miedo. Lo mataría como a un perro si se atreviese a levantar un dedo contra nosotros.

—¿Tiene permiso para llevar armas?

—¡No diga tonterías! Tengo algo mejor: soy ayudante del *sheriff*. Como tal, debo ir armado. Poseo varios revólveres y siempre llevo uno encima.

—¡Ah! —dijo Mason—. ¿Y dónde guarda los otros?

—En diversos sitios. Mi hijo tiene uno, siempre dejo otro en mi caja de caudales. Entre mis negocios, hay una armería. ¡No es fácil que me cojan desprevenido!

Della guiñó el ojo a Mason.

—A propósito —dijo éste—, felicidades por su nueva nuera.

—¡Es muy bonita! —comentó Della.

—Puede confiarse en mi hijo —dijo Garvin—. Tiene gusto, pero es demasiado peligroso. Hace cosa de un año se había enamorado de Eva Elliot. Luego cambió de idea. Tuve lástima de la chica y le ofrecí el empleo de Marie. Entonces él empezó a frecuentar a Stephanie. ¡Qué buena chica! De cabeza fría y equilibrada: le hubiese hecho sentar el juicio. Fue a causa de ella que me interesé en el asunto Falkner; había comprado las acciones con intención de ofrecérselas como regalo de boda… Pero volvamos a lo nuestro.

¿Qué vamos a hacer con ese Casselman del demonio?

—Lo mejor es ver ante todo a Stephanie —repuso el abogado—. Della, telefonéale a los apartamientos «Lodestar» y pregúntale si puede recibirme. No es preciso que le informes que el señor Garvin está conmigo.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Della.

—Sí. Podríamos tener necesidad de redactar inmediatamente un contrato.

Della se fue a telefonear.

—¡Mecachis! —dijo Garvin—. Ésta es una secretaria como a mí me gustan. No tiene idea de cuánto echo en falta a Marie Arden.

—Ahora se llama Marie Barlow —observó el abogado.

—Debería haber una ley para impedir que las secretarias se casaran. ¡Cuando pienso, Perry, que nunca ha venido a verme a mi despacho!…

—En esto se equivoca; ha ido por dos veces, pero su nueva secretaria la ha recibido de tal manera que Marie ha creído que no quería usted verla más.

—¿De verdad? Perry, me saca un gran peso de encima porque justamente acabo de despedir a Eva Elliot. Le he preguntado por qué no le había dicho a usted dónde estaba y me ha contestado que se había limitado a seguir mis instrucciones. ¡Como era totalmente falso, me he puesto furioso! Esa chica sólo sueña con el cine y la televisión. ¡Que vaya probar suerte a otra parte!

Della asomó la cabeza por la puerta.

—La señorita Falkner nos espera —dijo.

—Vamos allá —ordenó Mason.

# Capítulo 6

Stephanie Falkner acudió a abrir la puerta.

—Buenas noches, señor Mason. Buenas noches, señorita… ¡Homer!

—Me he invitado, Stephanie —dijo Garvin.

Ella le alargó ambas manos.

—Felicidades por lo de tu hijo —exclamó ella—. ¿Has visto a la novia?

—Aún no. Acabo de llegar de Las Vegas.

—Adorarás a esa muchacha, Homer. Hace poco que la conocí allí. Pero entren y siéntense. Iba a acostarme cuando ha telefoneado la señorita Street… ¿Puedo ofrecerles algo?

—Nada —repuso Garvin—. Venimos aquí para hablar de negocios. Stephanie, he investigado acerca de la muerte de tu padre y creo que el asesino es George Casselman.

—¿Seguro? Me hubiese gustado saberlo antes.

—¿Qué diferencia hubiese representado? Ahora, hablemos claro: compré esas acciones del *motel* pensando que te convertirías en miembro de la familia. En la actualidad el *motel* no representa un negocio rentable: los impuestos son demasiado grandes y el terreno demasiado chico. Ahora bien, no hay la menor esperanza de que los vecinos de la izquierda vendan. En cuanto a los de la derecha, lo sabes tan bien como yo. Se trata de ese nuevo sindicato que desea construir un enorme establecimiento. Stephanie, conviene que vendas ahora tus acciones.

—Estoy completamente de acuerdo —repuso la joven—. Luego tengo intención de instalarme aquí.

—Creo —prosiguió Garvin— que Casselman no tiene nada que ver con el nuevo sindicato. Actúa por su cuenta, pero estoy convencido de que el sindicato se sentiría muy satisfecho de tratar

con él si se convirtiese en propietario del *motel*. Proyecto ir a ver a los tipos del sindicato, a fin de conocer sus intenciones, pero para esto he de estar en situación de cerrar el negocio inmediatamente. En tales condiciones, me gustaría saber lo que quieres por tu cuarenta por ciento de acciones.

—Casselman me ha ofrecido treinta mil dólares. En mi opinión, no es bastante.

—Muy bien —dijo Garvin—. Dame una opción de diez días para que venda tus acciones por ochenta mil dólares. Ofreceré las mías al mismo precio. Si obtengo más, nos partiremos la diferencia mitad y mitad.

—Me parece muy equitativo —dijo Stephanie—, pero dudo de que obtengas una suma así.

—¿Tienes máquina de escribir?

—Sí.

—Muy bien. Vamos a establecer un contrato. Mason lo dictará y lo firmaremos inmediatamente.

—Perfecto —dijo el abogado, haciendo un signo a su secretaria.

Stephanie trajo una máquina de escribir, papel y papel carbón y el abogado dictó a Della un contrato por triplicado.

Terminado el contrato, Della entregó un ejemplar a Stephanie, otro a Garvin y el último a Mason.

—¿Está bien? —preguntó Garvin.

—Está bien —asintió Stephanie, después de haber leído el texto.

Los dos firmaron.

—Me parece que esto es todo lo que podemos hacer esta noche —dijo Mason—. ¿Me telefoneará mañana por la mañana, Homer?

—¡Desde luego!

—¿Y usted, señorita Falkner? ¿Puedo llamarla aquí?

—Si hay algo nuevo, ciertamente.

Garvin tuvo una ligera vacilación y Della lanzó una rápida mirada a Mason.

—Empiezo a trabajar temprano —manifestó la secretaria—. He de irme a casa.

—Te acompañaré —dijo Mason.

—Ejem… —intervino Garvin—. Creo que me apetecería beber algo, Stephanie.

Ésta acompañó a Mason y a Della Street hasta la puerta, la cual

cerró suavemente tras de ellos.

—Me pregunto —dijo Mason, con aire pensativo— por qué afirma ella que Casselman sólo le ha ofrecido treinta mil dólares cuando a mí me ha propuesto la misma cifra por las de Garvin. Estoy seguro de que si no hubiese habido esa llamada telefónica mientras yo estaba allí, Casselman me hubiese ofrecido ochenta mil dólares por el paquete de Stephanie y treinta mil por el de Garvin… En fin, esperemos a mañana. Tal vez nos enteremos de algo nuevo.

# Capítulo 7

Mason iba a penetrar en el edificio en que estaba su despacho, cuando fue detenido por Della Street.

—Buenos días, jefe —dijo la secretaria en voz baja—. Quisiera hablarte antes de que subas al despacho. ¿No te importaría andar un poco?

—¿Qué es lo que va mal, Della? —preguntó Mason sorprendido.

—Sin duda muchas cosas.

—¿Quieres que cojamos mi coche?

—No, andemos.

Se mezclaron con la muchedumbre de empleados que se dirigían a su trabajo.

—Jefe —continuó Della—, el teniente Tragg te esperaba en el vestíbulo del edificio. He tratado de telefonearte a tu casa, pero habías salido ya.

—¿Qué me quiere?

—George Casselman ha muerto. Su criada lo ha encontrado esta mañana tendido en el suelo, con un boquete en el pecho. He oído la información por radio.

—¿A qué hora?

—Hacia las ocho, mientras yo tomaba el desayuno.

—No es eso. Quiero decir, ¿cuándo ha ocurrido el crimen?

—El locutor no lo ha dicho.

—¿Por qué quiere verme Tragg?

—He supuesto que iba tras de ti, porque ya imaginarás que no he hablado con él.

—¡Eres muy astuta! Tomemos un taxi y tratemos de documentarnos antes de hablar con las autoridades.

Mason se acercó al bordillo y al cabo de cierto tiempo consiguió hacer detener un taxi vacío.

—¡A los apartamientos «Lodestar»! ¡Aprisa!

Los dos se instalaron en el vehículo.

—Has de saber —prosiguió Mason— que Homer Garvin visitó a George Casselman ayer noche hacia las ocho y cuarto. No consideró conveniente decírmelo. Por lo tanto, yo he preferido no hablar de ello. A fin de que no ignores nada de la situación, déjame añadir que cuando Stephanie Falkner llegó hacia las ocho y media a casa de Casselman, seguramente no vio más que un cadáver. Eso explica la desproporción que existía entre la suma fijada por Casselman para las acciones de Garvin y la que Stephanie ha debido imaginar cuando se lo hemos preguntado.

—¡Oh, oh! —dijo Della Street—. Nunca se me hubiese ocurrido, jefe. Esta mañana no estoy en forma.

—¿Tú crees? Sin embargo, te las has arreglado muy bien para disimularte entre la multitud. Ni siquiera te había visto hasta que me has abordado.

—Me había situado en el limpiabotas y ya me estaban limpiando los zapatos por tercera vez cuando te has presentado tú.

—¡Te felicito de nuevo!

Llegados a su destino, Mason pidió al chófer que les esperara. Luego Della Street y él entraron en el edificio. En el tercer piso, se dirigieron al apartamiento de Stephanie, y Mason llamó suavemente a la puerta.

—¿Quién hay? —preguntó la voz de Stephanie.

—Mason.

—¿Está solo?

—Me acompaña la señorita Street.

Se oyó el ruido del cerrojo que se descorría, la puerta se abrió y apareció Stephanie en salto de cama.

—Apenas acabo de desayunarme. Discúlpenme si el apartamiento está desordenado.

—Sólo queremos una pequeña información —repuso Mason.

—Debe de ser muy importante para que hayan venido a estas horas.

—Tal vez.

—Pasen.

Stephanie les indicó unos asientos y ella se instaló en el borde de la cama, todavía deshecha.

—Cuando anoche nos fuimos —dijo Mason—, el señor Garvin se quedó con usted. ¿Por cuánto tiempo?

—¿Y a usted qué le importa? —exclamó Stephanie, furiosa.

—Lo siento mucho, pero esta información es muy importante: acaban de descubrir el cadáver de George Casselman.

—¡Ah! —dijo ella, escrutando alternativamente el rostro de Mason y el de Della Street.

El abogado, que examinaba la cama, dio un salto repentino y, acercándose a las almohadas, levantó una bruscamente, poniendo al descubierto un revólver de cañón corto.

—¿Y esto qué es? —dijo.

—Desde luego, un cepillo de dientes no.

Mason contempló el arma.

—Puedo equivocarme —declaró— pero este revólver se parece muchísimo al que anoche llevaba Homer Garvin.

Inclinóse y cogió el arma.

—Puesto que es usted tan curioso… —dijo Stephanie, después de un largo silencio—. Homer estaba inquieto por mí. Él tenía intención de discutir con el nuevo sindicato… y ya saben lo que esa gente ha hecho. Me dejó el revólver para que pudiera defenderme.

Mason acercó el arma a la nariz, olfateó el cañón, abrió el tambor e hizo una mueca.

—Parece que falta una bala, señorita Falkner.

—¿Cómo puedo yo saberlo, puesto que no se trata de mi revólver? Por lo demás, no lo quería, ni tengo intención de conservarlo.

—Lo que no impide que lo haya metido bajo la almohada.

—¿Dónde lo habría ocultado usted?

Sin responder, Mason dejó el revólver en el sitio donde lo había hallado.

—No soy su abogado —dijo—. Esto aparte, tampoco soy oficial de policía y no tengo el menor derecho a hacerle preguntas, pero me gustaría saber si anoche, después de irnos nosotros, salió usted.

—No me he movido de aquí desde la visita de ustedes.

Mason lanzó una mirada de escepticismo a Della, y Stephanie la interceptó.

—¡Escuche! —exclamó—. Empiezo a estar harta de su actitud. George Casselman ha sido asesinado. Era responsable de la muerte

de mi padre. ¡No pretenderá que me deshaga en llanto! Pero es usted un abogado muy listo que conoce todos los trucos del oficio. Seguramente estará dispuesto a todo con tal de salvar a su cliente Homer Garvin. Incluso a lanzarme de pasto a los lobos.

—Es una estimación inexacta de la situación, pero por el momento lo dejaremos así. Vamos, Della.

Los dos se marcharon del apartamiento.

—Y ahora —dijo Mason—, corramos a ver a Homer Garvin y tratemos de llegar antes que la policía.

—Pero si no saben nada acerca de él —exclamó Della.

—No, pero si Stephanie Falkner comunica a las autoridades la presencia del revólver en su casa, Garvin podría verse en apuros.

—¿La crees capaz de una acción así?

—¿Por qué no? Imagina que este revólver sea el arma del crimen. ¡En buena situación estaría Stephanie! Es demasiado inteligente para no habérsele ocurrido.

—¿Por qué no te has llevado ese revólver?

—Porque no quiero crearme preocupaciones inútiles.

Volvieron al taxi y Mason dio la dirección del despacho de Homer Garvin. Cuando hubieron llegado, el abogado pidió de nuevo al taxista que les esperara. Un ascensor rápido los dejó en el piso y se dirigieron hacia una puerta sobre la que se leía:

HOMER H. GARVIN. INVERSIONES.
ENTRADA LIBRE

El abogado dio vuelta al pomo de la puerta y comprobó sorprendido que ésta no se abría. Consultó su reloj.

—¡Bueno! —exclamó—. Garvin, o por lo menos alguna de las secretarias, debería estar ya aquí.

—No te olvides de que anoche nos dijo que había despedido a Eva Elliot.

Mason se acercó a otra puerta sobre la que había escrito:

HOMER H. GARVIN. PROHIBIDO PASAR

y llamó, pero sin obtener respuesta.

—No lo entiendo. Bajemos a la planta baja; allí hay cabinas

telefónicas. Trataré de llamar a Homer.

Ya en la cabina, marcó el número de Garvin y colgó al cabo de un momento.

—Nadie… En tales condiciones, vayamos a ver al hijo.

—Debe de estar en viaje de bodas, jefe.

—Seguramente no. Pasó su luna de miel en Chicago.

Mason salió y, siempre seguido por Della, metióse en el taxi y dio al chófer la dirección de Garvin hijo.

En seguida estuvieron en su destino.

—¿Es aquí adónde va? —preguntó el chófer, sorprendido—. Es un parque de coches de ocasión.

—Exactamente —dijo Mason—. Entre.

Franquearon una puerta enorme, encima de la cual una pancarta inmensa proclamaba con letras enormes:

CASA GARVIN, EL FILÁNTROPO

El taxi pasó ante hileras de vehículos de ocasión, protegidos bajo unos cobertizos. Numerosos letreros oscilaban con el viento:

> *No puede usted equivocarse; estoy aquí para orientarle. Si compro un auto es que es bueno. Si lo vendo, es que es mejor.*
>
> *¡El auto que permanece aquí un mes lo regalo!*

Finalmente, el chófer se detuvo ante las oficinas, situadas en un viejo edificio de un solo piso. Varios vendedores estaban trabajando, conversando con los clientes, discutiendo con los eventuales compradores.

Mason bajó del taxi, sonrió a los vendedores y penetró en la casa.

—Voy a ver al jefe —dijo.

Homer Garvin hijo, de veintisiete años, muy alto, con ojos y cabellos negros, gesticulaba hablando por teléfono cuando Mason entró en su despacho. Al ver al abogado, colgó rápidamente el auricular, echó hacia atrás su sillón basculante, púsose en pie de un salto y se levantó con la mano extendida.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Cómo está Perry? ¡Hacía siglos que no le veía!

—En efecto. Muchas felicidades por su matrimonio.

Garvin hijo correspondió con un ligero saludo.

—Es una muchacha formidable, Perry. No sé cómo he podido pescarla. Son sin duda mis aptitudes de vendedor. ¿Cómo está usted, señorita Street? Parece en plena forma.

—Gracias —repuso ella.

—Homer —empezó a decir Mason—, hemos pasado a ver a su padre y hemos encontrado cerrado el despacho.

—¿Qué? —exclamó Garvin hijo—. ¡Pero, si no es posible! Eva Elliot debe de estar allí.

—Me parece que ya no forma parte del personal. ¿Sabe dónde está su padre?

—No. Para ser sincero, aun no le he visto desde mi regreso, porque estamos un poco enfadados. Papá acabará por entrar en razón, pero ha creído que yo exageraba. Ya sabe lo que ocurre: la vieja generación no acaba de comprender a la joven. Siempre ha sido así.

—¿Discutieron por asuntos de negocios? —interrogó Mason con aire inocente.

—No, es una cuestión puramente personal. Lamento no poder ayudarle, Mason… ¿Y si echase una mirada a mis coches, puesto que está aquí? Tengo exactamente lo que le hace falta: carrocería soberbia, motor potente, en fin, un coche completamente sensacional.

—Me parece que no me interesa… Dígame, si Eva Elliot no está en el despacho, ¿dónde puede encontrarse?

—Sin duda en su casa.

—¿Conoce la dirección?

—Un momento… La tengo anotada en mi agenda.

Garvin hijo sacó de un cajón un librito negro, lo hojeó y dijo:

—Vive en el *Monadnock*, apartamiento 317. Su teléfono es Pacific 7-2481. Pero tiene que encontrarse en el despacho. Es una muchacha seria, activa. Y, además, bonita.

—Voy a ir a comprobarlo *de visu*. Si ve usted a su padre antes que yo, dígale que necesito hablarle lo más pronto posible.

—De acuerdo.

Garvin hijo se volvió hacia Della.

—Y a usted, señorita Street, ¿qué le parecería un coche? En este

momento los tenemos muy interesantes, y puedo permitirme hacerles a ambos unas condiciones sensacionales.

—Otra vez será —repuso Della, sonriendo—. Soy una sencilla empleada y mis medios no me permiten aún cambiar de coche.

—En todo caso, he aquí mi tarjeta. ¡Encantado de haberles visto!

Garvin les acompañó hasta el taxi, que contempló con aire asqueado.

—Se estropean ustedes con esos cacharros —dijo.

Mason y Della subieron al taxi y Garvin les cerró la portezuela.

—A los apartamientos *Monadnock* —ordenó Mason.

—¿Crees que nos recibirán a esta hora temprana? —preguntó Della—. Sobre todo después de lo que ocurrió entre ella y el señor Garvin.

—Seguramente no. Y por eso vamos a actuar por sorpresa.

Una vez ante la puerta del apartamiento 317, Mason dio un golpe seco, cuatro golpes más prolongados y luego otros dos secos. La puerta se abrió casi inmediatamente. Eva Elliot, vestida de calle, exclamó:

—Menuda frescura de…

Interrumpióse al reconocer a Mason.

—Oh —dijo—, creía que se trataba de otra persona.

—Quisiera hablarle, señorita Elliot. ¿Podemos entrar? Le presento a la señorita Street, mi secretaria.

—Tengo prisa; me espera alguien…

—Seré muy breve.

De mala gana, ella les hizo pasar.

—¿No trabaja ya para el señor Garvin? —interrogó Mason con aire inocente.

—No, y por culpa de usted. El señor Garvin me ha dicho que hubiese debido indicarle dónde estaba él. Y, sin embargo, me había recomendado expresamente que no diese su dirección a cualquiera.

—Yo no soy precisamente cualquiera —dijo Mason sonriendo—. Pero lo siento.

—¡Oh, no se preocupe por mí! Estaba harta de la familia Garvin. El hijo es un individuo sin escrúpulos y creo que puede decirse de «tal palo tal astilla». Al fin y al cabo, para mí todo será preferible a pasarme los días en aquel viejo despacho.

—¿Puede explicarme cómo han ido las cosas con el señor

Garvin?

—Ha llegado de Las Vegas y parecía muy nervioso. Me había telefoneado para pedirme que me quedase y que cenase por cuenta de él, sin ni siquiera hablar de las horas suplementarias. Como usted sabe, el señor Garvin ha hecho arreglar su despacho particular para poder vivir en él si lo cree necesario. Tiene un pequeño cuarto de ducha, un armario con un fogón eléctrico y un diván en el que puede dormir. Anoche se lavó, se puso un traje limpio mientras yo me entretenía por allí, luego vino a mi despacho y empezó a asediarme. Pero yo no me dejé impresionar y le presenté mi dimisión que él aceptó inmediatamente.

—¿A qué hora llegó?

—Hacia las ocho cuarenta y cinco.

—¿Cómo regresó de Las Vegas, por carretera o por vía aérea?

—No lo sé. Se había marchado en auto, pero esto no significa nada. El señor Garvin tiene cinco o seis coches, sin hablar de los que a veces pide prestados a su hijo.

—¿Y qué va usted a hacer ahora?

—Lo que hubiese debido hacer hace mucho tiempo: consagrarme a mi carrera teatral. Cuando pienso que me he dejado embaucar por Garvin hijo, el cual me ha traspasado a su padre para luego casarse con esa especie de inútil… Créame, de aquí a seis meses ella le habrá plantado…

—¿Tiene usted coche?

—No, voy a coger un taxi para irme a Hollywood.

—Abajo me espera uno. Puede venir con nosotros hasta mi despacho.

—¡Caramba! —exclamó Eva Elliot—. Así, pues, ¿a veces tiene usted reacciones humanas?

Mason hizo detener el taxi ante el edificio donde tenía el despacho.

—Añada el precio de la carrera hasta Hollywood a lo que le debo ya —dijo Mason al taxista.

Éste dio una cifra y Mason se la satisfizo añadiendo una buena propina.

Ya en la acera Mason y Della se encontraron frente al teniente Tragg, de la Brigada Criminal.

—Vaya, vaya —dijo éste—. ¡Hoy sí que hemos madrugado!

Subamos a su despacho, tengo que hablarle.

—¿Sobre qué?

—Con relación a un crimen. Es un tema como otro cualquiera, y nos interesa a los dos, ustedes de un lado y yo desde el otro.

Cogieron en silencio el ascensor. Mason hizo entrar a Tragg en su despacho, le ofreció un cigarrillo y se instaló en su butaca.

—¿Bueno? —preguntó.

—George Casselman —replicó con laconismo el teniente.

—¿Qué le sucede?

—Está muerto, asesinado a quemarropa con una bala del calibre 38. El crimen ocurrió anoche.

—¿Dónde?

—En el apartamiento a donde usted fue a verle a las ocho.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabe?

—Eso es un secreto profesional —dijo Tragg sonriendo—. Y no tengo la menor intención de divulgarlo. Esto me da cierta ventaja sobre usted, que ignora hasta qué punto estoy informado... Así, pues, usted vio a Casselman anoche. ¿Para qué?

—Una transacción por cuenta de un cliente.

—Mason, tiene usted una manera diabólicamente inteligente de responder, sin facilitar ningún indicio. Quiero saber de qué han hablado.

—Los asuntos de mis clientes no pueden ser revelados por mí. Lo sabe usted bien.

—¡Lo que resulta comodísimo cuando se ha cometido un crimen!

—A veces —admitió Mason.

—Casselman tenía otras citas para anoche. ¿Sabe con quién?

—No; sólo sé que Casselman, en efecto, esperaba a otras personas aparte de mí. Pero desdichadamente, teniente, no puedo ayudarle.

—¿Qué quiere decir? ¿Que no sabe nada o que se niega a hablar?

—Hay una tercera posibilidad. Las habladurías no tienen ningún valor como prueba ante un jurado. Cuando le declaro que no puedo ayudarle, esto puede significar que he oído decir ciertas cosas, sin haberlas podido comprobar y que no vale la pena que se las repita.

—¿No decía yo? —exclamó Tragg volviéndose hacia Della—. Siempre la misma clase de respuestas.

El teniente volvió a encararse con Mason.

—Esta mañana —prosiguió—, deseaba hablarle antes de que tuviese usted ocasión de ver a ninguno de sus clientes. Lamento no haberlo conseguido… a causa de la conciencia profesional de la señorita Street. Cuando he descubierto que no estaba usted en su despacho y que su secretaria acababa de salir para un recado urgente, he relacionado ambos hechos y he decidido esperar. Los policías no somos tan tontos como esto. Cuando ha llegado en taxi, se ha portado usted con cierta despreocupación: hubiese debido hacerle detener a cierta distancia y no frente al edificio. De tal manera, en tanto que pagaba usted al chófer, he podido apuntar la matrícula. No tendremos más que convocar a este individuo para saber a dónde ha ido usted y tal vez descubrir detalles muy interesantes.

—Sin duda alguna —dijo Mason—. Me encanta que me haya hecho observar este error táctico, Tragg.

—De nada. Por lo demás, pienso que sin esta hermosa rubia que iba sentada a su lado en el taxi, usted le hubiese hecho detener un poco más lejos. Lo que me conduce a hacerle la inevitable pregunta siguiente: ¿quién era esa rubia y por qué no se ha apeado del taxi con ustedes?

—Esa rubia se llama Eva Elliot y vive en el apartamiento 317 del edificio *Monadnock*. Su teléfono es Pacific 7-2481. Es la antigua secretaria de Homer Horatio Garvin, uno de mis clientes, y ha retenido el taxi para ir a Hollywood e iniciar su carrera cinematográfica.

—Gracias por las confidencias —dijo Tragg—. No vale la pena que las anote en mi libretita.

—¿Por qué? —preguntó Mason con aire sorprendido.

—Porque no tiene nada que ver con el crimen, o de lo contrario no se hubiese mostrado tan locuaz. Me gustaría saber adónde ha ido usted con el taxi.

—Ése es un punto que por el momento creo que no podré precisar.

—Bien, bien. Así, ¿esa Eva Elliot trabajaba para Homer Garvin, uno de sus clientes?

—Sí.

—¿Cuándo ha necesitado él por última vez de sus servicios?

—Soy su abogado, pero a veces transcurren meses enteros sin que oiga hablar de él. En otros momentos, me inunda de trabajo.

—No es eso lo que quiero saber; le he preguntadlo en qué fecha le había consultado por última vez.

—Resulta que fui yo quien traté de ponerme en contacto con Garvin el lunes por la tarde. Esta mañana lo he intentado de nuevo.

—¿Ah, sí? Y ahora, Mason, ¿puede afirmarme que no le ha visto usted entre el lunes por la noche y esta mañana?

Mason se contentó con dirigir al teniente una ancha sonrisa.

—Hay que vigilarle a usted continuamente, Mason —dijo Tragg meneando la cabeza—. Lo importante no es tanto lo que dice como lo que omite declarar. Sé que Homer Garvin vio anoche a Casselman.

—¿Qué?

—Sí. Y ahora, quisiera saber si anoche no fue usted en auto hasta la vivienda de Casselman, si no esperó ante la entrada de servicio y si no recogió allí a una joven. Un testigo cree haberle reconocido sin poderlo afirmar categóricamente a causa de la iluminación, que no era demasiado buena.

—¿De veras?

—¿No sería posible que una joven hubiese atravesado el pecho a Casselman con una bala de revólver y luego le llamara por teléfono para contarle que se había peleado con el citado Casselman? ¿Habiendo sacado un revólver de su bolso, para asustarlo, se iniciaría una lucha con Casselman, el arma se habría disparado sola y Casselman caería al suelo? Al enterarse de esto, ¿no sugirió usted a esa joven que esperara su llegada, deciéndole que pasaría a recogerla por la escalera de servicio, y entretanto recomendándole que no dijese nada a nadie?

Mason reflexionó un buen rato.

—¿Piensa usted que yo puedo haberle aconsejado que no comunique a la policía lo ocurrido?

—Es una eventualidad que hay que tener en cuenta. Me consta hasta qué extremo defiende siempre a sus clientes.

—Pues bien, mi respuesta es no.

—¿No me estará engañando?

—No.

—¿Cuándo se ha enterado usted de la muerte de Casselman?

—La señorita Street ha escuchado la noticia por radio y me la ha comunicado.

—¿A qué hora?

—No sabría decirle.

—¿E inmediatamente se ha puesto en camino para tratar de enmarañar las pistas?

—He salido para tratar de ver a un cliente.

—¿Garvin?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para enterarle de la muerte de Casselman. Pensaba que esto podría inducirlo a cambiar ciertos planes suyos.

—¿Y no ha visto a su cliente? ¿O ha hablado con él?

—No.

—Gracias, Mason. Tenía que interrogarle. Mis instrucciones eran concretas.

—Siempre me encanta cooperar con la policía.

—¡Ya! Si todo el mundo cooperase de la misma manera, el fiscal del Distrito tendría que dedicarse a la vida contemplativa, porque nunca cogeríamos a nadie. A propósito, buscamos a Garvin: si puede establecer contacto con él, llámeme a mi despacho.

Tragg se levantó, se desperezó, bostezó hasta casi desencajarse la mandíbula.

—Gracias de nuevo por su ayuda, Mason. Sin quererlo, me ha iluminado usted sobre una serie de cuestiones… A propósito, investigando en nuestros archivos nos hemos dado cuenta de que Homer Garvin se había hecho nombrar ayudante de *sheriff* a fin de poder ir constantemente armado… ¿No sabe usted por casualidad, dónde se encuentra ahora el revólver que debe llevar con él?

—Pero… ¿es que no lo tiene el señor Garvin?

—No lo sé, pero tengo intención de informarme sobre esto. Puede estar seguro… Bueno, hasta la vista. Sé que es usted hombre ocupado, y de resultas de mi visita tendrá que hacer muchas llamadas telefónicas.

—¿No estará fiscalizando mi línea, por azar?

—¡No, no, no! No llegaríamos a tanto. Hasta pronto, señor abogado.

Tragg se marchó del despacho.

—Llama a Marie Barlow, Della —ordenó Mason.

Della marcó el número y luego alargó el receptor al abogado.

—Marie —anunció éste—, lo que tengo que decirle es bastante serio. Desde que la vi han ocurrido muchas cosas. Tal vez Garvin la llame. En tal caso, pídale que me telefonee inmediatamente y que lleve cuidado con sus pasos, porque la policía lo busca.

—¡Cómo! Pero, ¿por qué habría de telefonearme?

—Porque le he explicado que usted había ido dos veces a verle, pero que Eva Elliot le había dejado entender que a usted no le interesaba tal visita.

—¿Qué? ¡Esa pequeña zorra! ¡Esa…!

—Cálmese. No se ponga nerviosa. Permítame decirle que Eva fue despedida ayer por el señor Garvin.

—¡Bravo! —exclamó Marie—. ¿Quién se ocupará del despacho?

—Nadie.

—Bueno, en tales condiciones, yo me haré cargo y permaneceré en él hasta que el señor Garvin tenga una nueva secretaria. He guardado una llave del despacho, conozco a todos los clientes. Puedo contestar al teléfono y decir a la gente donde se encuentra el señor Garvin.

—¡Tal vez no sea muy aconsejable!

—¿A qué se refiere?

—Ciertas personas con mucha autoridad tal vez deseen hablarle.

—Gracias por el informe; haré funcionar las meninges. Voy a por un taxi. Si consigue usted localizar al señor Garvin antes que yo, dígale que sustituyo a Eva y que no tendrá que pagarme más que los viajes en taxi desde casa al despacho, y regreso.

—Muy bien —dijo Mason—. Ha tenido una buena idea.

Colgó y se volvió hacia Della.

—Voy a salir. ¡Esta vez cogeré mi auto y no un taxi!

Sonó el teléfono y Mason cogió el auricular.

—¡Aquí, Garvin!

—Hola, Homer. ¿Dónde se encuentra?

—Escúcheme bien, Mason. Dispongo de poco tiempo. Es posible que fuese Stephanie Falkner la que mató a Casselman en legítima defensa. Quiero que se ocupe de sus intereses. En cuanto a mí, hago de cebo.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Conduzco a la policía por una pista falsa. Si consigo que las autoridades me acusen del crimen, mientras descubren que soy inocente, perderán ímpetu y serán menos virulentos cuando acometan a Stephanie.

—¡Un momento! Lo que está haciendo es peligroso.

—No me importa en absoluto.

—La huida puede ser interpretada como confesión de culpabilidad, incluso ante el Tribunal.

—Perfecto. En tales condiciones, voy a huir.

—¿Y si acaba en la cárcel?

—Me es igual. Ocúpese de Stephanie que yo me cuidaré a mí mismo. Haga todo lo preciso para protegerla, aunque para eso incluso tenga que acusarme.

—¡Vamos! —exclamó Mason—. No será porgue su hijo ha sentido un capricho pasajero por Stephanie Falkner…

—Amo a esa chica —interrumpió Garvin—. No quería confesármelo. Le hago esta confidencia. Mason, pero si se la comunica a alguien incluso a Della Street, le retorceré el cuello. Quería usted saber los motivos de mis actos. ¡Ya está informado!

—Bien… Dígame, Garvin. He hablado con Eva Elliot. No regresará al despacho, que de momento permanece cerrado.

—¡Pero, esto es imposible! ¡Necesito imprescindiblemente a alguien allí, Mason!

—Ya está arreglado. Marie Barlow, a la que he telefoneado, ha vuelto a entrar en funciones.

—¡Dios la bendiga! En todo caso, Perry, me parece que transcurrirá cierto tiempo antes de que oiga usted hablar de mí porque sin duda resultará difícil localizarme. Hasta la vista.

Mason colgó y se volvió hacia su secretaria.

—Della, no regresaré antes de una hora. Si preguntan por mí, no tienes ni idea de dónde estoy.

—¿Puedo adivinar a dónde vas?

—Ciertamente.

—Al despacho de Homer Garvin, a fin de asegurarte de que no hay ningún indicio comprometedor susceptible de ser descubierto por la policía.

—Es una idea; la lástima, Della es que olvidas que un abogado no puede disimular ni destruir pruebas. Por otra parte, recuerda

siempre que un abogado que siente una confianza absoluta en la inocencia de su cliente y que posee cierta dosis de imaginación, puede conseguir muchas cosas. Alegrémonos de saber dos hechos. Primero: Que la policía va a enterarse de dónde hemos estado esta mañana, gracias al chófer del taxi. Segundo. Que la esposa de Homer Garvin se empeñó en que su hijo se llamase Homer lo mismo que el padre.

—¡Todo esto me parece tan diáfano como el alquitrán! —exclamó Della.

—¡Hasta dentro de una hora! —dijo Mason, mientras salía rápidamente del despacho.

# Capítulo 8

Mason detuvo su coche ante la entrada de las oficinas de Garvin, hijo, y salió cerrando de golpe la portezuela. Un vendedor se precipitó hacia él con la sonrisa en los labios. Mason le detuvo con un ademán:

—No he venido a vender o a comprar un coche —dijo—. Quiero ver a Garvin.

Sin embargo, el vendedor se pegó a los talones del abogado, el cual entró como una tromba en la casa y, pasando ante la secretaria de Garvin abrió bruscamente la puerta marcada «Particular».

—Discúlpeme —dijo Mason al sorprendido Garvin—, pero se trata de algo muy importante. ¿Cómo puedo desembarazarme de este vendedor que no quiere soltarme?

—¡Comprándole un auto! —replicó Garvin—. ¿Ha venido con el suyo o con un taxi?

—Con el mío.

Garvin se encaró con el vendedor.

—Jim —dijo—, coge el coche del señor Mason para hacer una verificación. Hazlo valorar al máximo.

—¡Si así tiene que estar contento! —dijo el abogado—. Pero le advierto, Homer, que tenemos que ir a un sitio. Si me coge mi coche, usted suministrará el medio de transporte.

—Es exactamente lo que esperaba.

Una vez se hubo marchado el vendedor, Mason se inclinó hacia el joven.

—¿Tiene un revólver? —le preguntó.

—Desde luego. Y también permiso para llevarlo. Con mi clase de trabajo, no iré a permitir que un *gángster* de vía estrecha pueda venir a darme un susto. Yo…

—Enséñemelo.

Garvin pareció sorprendido, pero obedeció y de un cajón de su mesa sacó un revólver que entregó a Mason.

El abogado sopesó el arma, la sostuvo por el anillo que rodeaba el gatillo, en la punta de su índice extendido, para apreciar el equilibrio.

Un ruido tremendo resonó en la diminuta pieza, en tanto que la bala trazaba un profundo surco en la caoba pulida de la mesa, antes de irse a clavar en la pared.

—¡Eh! ¡Está loco! —gritó Garvin—. ¡Deje esta arma!

Mason contemplaba el revólver, como petrificado de sorpresa. La puerta del despacho se abrió bruscamente y un joven con tipo de atleta entró en la habitación y avanzó con aire amenazador hacia Mason, quien retrocedió.

—¡Válgame Dios! —exclamó el abogado—. No sospechaba que el revólver estuviese cargado.

Garvin hizo un ademán de apaciguamiento en dirección al joven y a la secretaria, que permanecía vacilante en el umbral.

—No se asusten —dijo—. Es Perry Mason, el abogado.

—Ah, bueno —dijo el atleta, tranquilizado—, creía que era un *gángster*.

Salió del despacho en compañía de la secretaria y cerró la puerta. Mason devolvió el revólver a Garvin hijo.

—Yo no tendría que manejar nunca esos chismes.

—En todo caso —observó secamente Garvin—, cuando está ante el Tribunal se las arregla admirablemente con ellos. Si no fuese usted Perry Mason, su pequeña comedia hubiese podido engañarme.

—Métase el revólver en el bolsillo y vámonos —dijo Mason, sonriendo—. Sobre todo, no sustituya la bala que falta.

Garvin cogió el teléfono.

—¿Ralph? Salgo con un cliente. Tráeme delante del despacho el X-60 que regresó ayer. ¡Al galope!

Luego examinó el surco producido por la bala.

—¡Bonito trabajo! —dijo—. ¿Qué idea está maquinando, Mason?

—La de probar el X-60 de que acaba de hablarme.

—¡Le entusiasmará! Es un vehículo deportivo con supercompresión, poderoso, elegante…

—Ahórrese las palabras —le aconsejó Mason—, puesto que va a enseñármelo.

Al ver el coche que le proponían, Mason tuvo un momento de vacilación.

—Vamos, Mason, suba —le animó Garvin—. Es exactamente el auto que necesita.

—¿Cree usted? —preguntó el abogado—. Con un monstruo así sería muy fácil localizarme. Al verme pasar, la gente diría: «¡Caramba! ¡Ahí van el señor Mason y su coche!»

—En esto no hay ningún mal —dijo Garvin hijo, sonriendo—. En todo caso, empuñe el volante. He actuado como usted deseaba y me ha costado una mesa. Eso no le costará un céntimo… a menos que compre el coche.

Mason obedeció, dio el contacto y arrancó.

—Con cuidado —recomendó Garvin—. Lleva usted un pura sangre. Toque suavemente el acelerador.

—Soy diez años demasiado viejo para este motor —dijo Mason.

—Nada de eso —replicó Garvin—. Un vehículo así sólo debería ser conducido por hombres con experiencia y sensatez.

—¿Piensa esto de veras? —preguntó Mason, sorprendido.

—¡Diablo, no! Pero forma parte del arte de vender. ¿Adónde vamos?

—A algún sitio.

—Así, más vale que coja la carretera nacional para poder correr un poco.

—No —dijo Mason—. Así me siento satisfecho. Estoy haciendo un estudio.

—¿Sobre el auto?

—¡Diablo, no! ¡Sobre el arte de vender!

Homer Garvin lanzó una carcajada.

Mason condujo en silencio durante unos minutos y luego torció por una calle lateral.

—¡Eh! —exclamó Garvin hijo—. ¿Adónde me conduce?

Mason frenó y detuvo el auto ante los apartamientos «Lodestar».

—No entraré. Es inútil que insista —dijo Garvin con firmeza—. Ahora estoy casado y muy satisfecho de ello. Mi mujer es la muchacha más sensacional del mundo y no quiero arriesgarme a estropear nuestra dicha.

—Nada más lejos de mi intención —replicó Mason—. Venga, no tendrá más que escuchar, sin decir nada. Como máximo, si le

parece, puede menear la cabeza.

—Espero, Mason, que sabe usted lo que hace.

—Yo también lo espero.

Subieron al apartamiento de Stephanie Falkner y el abogado llamó a la puerta, que se entreabrió.

—¡Oh! Es usted, señor Mason —dijo Stephanie.

La sorpresa se pintó en las facciones de la joven cuando distinguió a Homer Garvin hijo, que se mantenía detrás de Mason.

—Stephanie —dijo Garvin—, ha sido el señor Mason el que ha insistido para que viniera. Yo nada tengo que ver.

—¡Cállese! —ordenó Mason.

Stephanie abrió la puerta de par en par y dejó entrar a los dos hombres. Mason la cerró de una patada.

—Felicidades, Homer —dijo Stephanie.

—¡Cállense los dos! —dijo Mason—. Tenemos muy poco tiempo. Stephanie, pese a su reciente matrimonio, Homer Garvin sigue siendo un buen amigo suyo. A causa de lo que le ocurrió a su padre, y sabiendo que el nuevo sindicato le había ofrecido comprarle sus acciones, he pensado que tal vez necesitaría usted poderse defender.

—¡Defender! —exclamó Garvin.

—¡Chitón! —dijo Mason—. Déle el revólver.

Garvin vaciló, luego sacó el arma del bolsillo.

—Cójalo, Stephanie —dijo Mason.

—¿Qué hago con él?

—Podría tratar de meterlo bajo una almohada.

—Una bala ha sido disparada —intervino Garvin hijo—. Señor Mason…

—¡Silencio! —exclamó el abogado—. Me había dicho que no quería hablar y ahora no hay manera de que se esté callado. Stephanie, Homer Garvin, al actuar así, no desea de ningún modo que esto sea un secreto. Si le preguntan de dónde ha sacado usted ese revólver, responda que se lo ha dado Homer Garvin. Aún más: si la interrogan para saber dónde se encuentra el arma que ha recibido usted de Homer Garvin, no hay ningún motivo para que no entregue ésta. Haga observar que falta una bala. El arma le ha sido entregada en este estado. Usted ignora dónde, cuándo y por quién fue disparada la bala que falta. Si alguien desea una respuesta a estas preguntas, diríjalo a Homer Garvin. Un millón de gracias por

su amable atención. Encuentro que el señor Garvin ha hecho muy bien al tratar de asegurar su protección. Bueno, eso es todo. Vamos, Homer.

Mason abrió la puerta del apartamiento. Stephanie, que había dejado el arma sobre una mesa, les contemplaba con aire atónito.

—Hubiese querido explicártelo, Stephanie —dijo Homer Garvin —, pero…

—Homer Garvin —le amenazó Mason—, si no se marcha en el acto de este apartamiento regreso en taxi al despacho.

—¡Esto lo decide todo, encanto! —exclamó el joven—. Estoy tratando de vender un automóvil a este individuo.

—Entonces, buena suerte —dijo Stephanie, echándose a reír.

Los dos hombres se dirigieron hacia el ascensor. Una vez en la planta baja, Mason empujó bruscamente a Garvin y le condujo a un rincón del vestíbulo donde había una mesa llena de revistas ilustradas. El abogado cogió una, obligó a Garvin a sentarse, se la puso entre las manos y él cogió otra al tiempo que se dejaba caer en una butaca.

—Larguémonos —dijo Mason—, y roguemos a Dios para que los otros no se hayan fijado en el coche deportivo parado ante el edificio.

—¡Imposible! Resulta tan visible como la nariz en medio de la cara.

—Es lo que yo temía. Si quiere usted hacer negocio conmigo, tendrá que ofrecerme algo sencillo, silencioso y discreto.

—Tengo exactamente lo que usted desea: ¡Un coche funerario de ocasión! ¡Sólo ha tenido un propietario!

# Capítulo 9

A las dos y cuarto de la tarde sonó el teléfono en el despacho de Perry Mason. Della Street respondió:

—Es Marie Barlow —dijo a Mason.

Éste cogió el auricular:

—Sí, al habla.

—Me alegro mucho de encontrarle, señor Mason —dijo Marie—. El teniente Tragg y el sargento Holcomb, de la Brigada Criminal, están aquí con un mandato de registro que les autoriza a examinar el despacho del señor Garvin para buscar manchas de sangre, ropas ensangrentadas o cualquier otro indicio susceptible de relacionarse con un crimen del que ha sido víctima un tal George Casselman. ¿Qué debo hacer?

—Desempolve las sillas y hágales sentar diciéndoles que actúen como si estuviesen en su casa. Déjeles registrar a su gusto, pero hágales redactar un inventario de lo que consideren que deben llevarse. Salude de mi parte al sargento Holcomb y ruéguele que se abstenga de quemar los muebles con sus cigarrillos. Telefonéeme cuando se hayan marchado.

Mason colgó y, saliendo del despacho, dirigióse al de la Agencia Drake, situado en el mismo piso. El detective estaba allí.

—Hola, Paul —dijo Mason—. ¿Quieres trabajo?

—Hola, Perry. ¡Vaya pregunta!

—Un llamado George Casselman fue asesinado anoche. Quisiera conocer la hora del fallecimiento, quiénes son los sospechosos a los ojos de la policía, y todos los informes sobre los antecedentes de Casselman. Para esto, te sugiero que te des una vuelta por Las Vegas, porque ese tipo había vivido allí. Ignoro el tiempo que llevaba ocupando el apartamiento donde ha sido muerto.

—Tengo ya ciertos informes sobre el individuo. Era un bandido

de vía estrecha.

—Bueno, otra cosa. ¿Te acuerdas de un hombre que fue asesinado hace algunos meses, llamado Glenn Falkner?

—Sí; se trataba de un ajuste de cuentas.

—No. Eso es lo que la policía pretendió, pero nunca se ocupó demasiado del asunto. Ahora bien, resulta que Glenn Falkner era el padre de Stephanie Falkner, a la que la policía acaba seguramente de interrogar, porque estaba relacionada con Casselman. Esta mujer es cliente mía. Por lo tanto, cuento contigo, Paul. No repares en gastos con tal de obtener resultados.

—De acuerdo —dijo Drake—. En seguida empiezo.

Mason regresó a su despacho y encontró en el pasillo a Stephanie Falkner.

—¿Qué buen viento la trae por aquí? —preguntó el abogado.

—¡Me alegro tanto de encontrarle!… ¿Puedo hablar con usted?

—Entre.

Abrió la puerta de su despacho e hizo pasar a la joven.

—Bueno —empezó a decir ella en seguida—, la policía ha venido a mi casa pocos minutos después de haberse ido usted. El revólver estaba aún sobre la mesa. Yo le he echado por encima un chal cuando han entrado los policías, pero muy pronto han descubierto el arma, la han abierto, la han olido y han querido saber de dónde la había sacado. Les he respondido que era Homer Garvin quien me la había dado, para que pudiese defenderme en caso de necesidad.

—¿Ha especificado usted si se trataba del padre o del hijo?

—¿Hubiese debido hacerlo?

—No lo sé. ¿Qué más le han preguntado?

—Que cuándo había visto al señor Garvin por última vez. Les he contestado que esta misma mañana. Mi respuesta ha parecido causarles un efecto enorme. Han hecho varias llamadas telefónicas y luego se han ido rápidamente, sin hacerme más preguntas.

—Oh, tranquilícese; todavía no han terminado con usted. Cuando la vean, dígales que no quiere hablar más a no ser que esté yo presente.

—Pero, señor Mason, ¿no es eso reconocer implícitamente que soy culpable?

—Tal vez ellos lo crean. En todo caso, no lo olvide: no facilite

ninguna respuesta más, ni sobre el tiempo, ni sobre el lugar de su nacimiento, ni sobre el color de sus cabellos, ¿se cree capaz de hacerlo?

—Si usted me lo pide, sí.

—¡Enhorabuena!

—Señor Mason, quisiera… decirle algo: Homer Garvin volvió a verme anoche.

—¿El padre o el hijo?

—El padre. Charlamos mucho rato. Se marchó hacia medianoche.

—Perfecto —dijo Mason—. Ahora, no responda a ninguna pregunta más y procure que no la encuentren demasiado fácilmente.

—¿Qué debo hacer para eso?

Mason se volvió hacia Della Street:

—¿Te gusta el vestido de la señorita Falkner?

—Muchísimo.

—A mí no. No lo encuentro fotogénico. La señorita Falkner no quedaría bien en foto con él. Necesita algo con una silueta más marcada, un escote grande, detalles en blanco que resalten bien en los clisés.

—Esto es fácil encontrarlo —dijo Della, quien agregó al ver la expresión del rostro de su jefe—. Pero podemos pasarnos toda la tarde tratando de encontrar exactamente lo que deseas.

—¿Lo entiende? —dijo Mason, volviéndose hacia Stephanie—. ¡Van a ir de tiendas! ¿Tiene dinero?

—Sí.

—Muy bien. Procuren hacerse notar. Pruébense muchos vestidos a fin de que las vendedoras las recuerden. Muéstrense insoportables. Y además, telefonéenme de vez en cuando. Si yo no estoy, llamen a la agencia Drake, dense a conocer y digan dónde se encuentran. Quiero poderlas localizar en cualquier momento.

—Pero debo abstenerme de hablar con la policía.

—Exactamente. Y lo mismo con los periodistas. Una vez más: no diga nada si no estoy yo presente… Por cierto, ¿dónde está el otro revólver, el que encontré debajo de su almohada?

—En un escondrijo, donde nadie lo encontrará nunca.

—Muy bien. Váyanse las dos de compras hasta la hora de cierre

de las tiendas.

# Capítulo 10

Sonó el teléfono y Mason descolgó el auricular.

—Sí, Gertie —dijo—. ¿Quién es? Oh, Marie Barlow. Póngame. ¿Qué tal, Marie?

—Muy bien. La policía se ha ido después de haber registrado todo el despacho sin hallar nada que le interesara, pues al marcharse parecían muy decepcionados.

—Tal vez no haya sido más que una estratagema.

—En todo caso, el despacho ha quedado bonito… No a causa de la policía, sino de Eva Elliot. No tenía ni la menor idea de lo que es archivar. Además, no entiendo en absoluto su sistema de pago de facturas. Por ejemplo, para el apartamiento del señor Garvin, el que compró antes de retirarme yo, he encontrado una factura de reparaciones eléctricas que ascendía a tres mil dólares. ¡Esto es imposible! Tendré que comprobarlo.

—Muy bien —repuso Mason—. En todo caso, si Garvin llama, dígale que deseo verle y háblele de la visita de la policía.

Acababa Mason de colgar cuando Paul Drake llamó a la puerta del despacho, según la contraseña que habían convenido desde hacía tiempo.

—¡Adelante! —gritó Mason.

Drake irrumpió en el despacho y dejóse caer en una butaca.

—¡En buen lío te has metido! —exclamó—. Me temo que los diarios van a hablar de ti de manera desagradable, Perry.

—¿De veras?

—Sí. ¿Conoces al columnista que firma la rúbrica *Los chismes de la urraca*?

—Sí.

—Pues bien, ha enviado a casa de Garvin hijo a un individuo que ha regresado con una historia fantástica a más no poder: se te

disparó inadvertidamente un revólver cargado y estuviste a punto de matar a Garvin júnior, pero en definitiva los desperfectos se limitaron a una mesa deteriorada.

—¡Válgame Dios, Paul! —exclamó Mason con aire muy preocupado—. No irá a aparecer esto en los diarios, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! No imaginarás que *La urraca* va a dejarse escapar una noticia tan sabrosa. Si hubieses deseado atraer la atención hacia ti no podías haber actuado con mayor habilidad…

El detective se calló bruscamente y miró a Mason, quien adoptó un aire de hipócrita asentimiento.

—¡Me he portado como un niño!

—Ya —dijo Drake—. A otro perro con ese hueso. En todo caso, *La urraca* ha puesto un artículo humorístico en el que te ridiculiza. Habla del abogado tan empollado de conocimientos teóricos con relación a las armas de fuego que puede dar lecciones al mejor experto en balística, pero que, cuando tiene un revólver en las manos, se disculpa pretendiendo que no sabía que estuviese cargado.

—¡Una situación muy, muy embarazosa!

—Es lo que yo he pensado de momento, pero, conociéndote como te conozco… empiezo a cambiar de opinión…

—No te preocupes —le tranquilizó Mason, sonriente—. Nada puede ocurrirme. En todo caso, lo único que se me puede reprochar es una cosa: haber manejado torpemente un arma de fuego. ¡Y mientras se ocupan de mí, muchos detalles importantes pueden escapar a la atención pública!

# Capítulo 11

Cuando Mason entró en su despacho el jueves por la mañana, encontró sobre la mesa, bien en evidencia, el diario que publicaba *Los chismes de la urraca*. Cogiólo y empezó a leer el artículo:

> *Perry Mason, el célebre abogado que tan frecuentemente ha dejado en entredicho a los expertos en balística en el curso de espectaculares procesos, acaba de demostrar que, aunque tenga profundos conocimientos teóricos, dista mucho de ser un buen tirador.*
>
> *Se murmura que Stephanie Falkner, la encantadora joven cuyo padre fue asesinado hace unos meses sin que pudiera descubrirse el criminal, ha sido objeto de amenazas que han inquietado muchísimo a Perry Mason. Homer Garvin, que dirige un floreciente negocio de compraventa de automóviles «mejores que nuevos» para quien quiera creerlo, fue tiempo atrás un íntimo de Stephanie. El reciente matrimonio de Homer ha puesto punto final al idilio, pero no a la amistad.*
>
> *Cuando el célebre abogado comunicó a Homer los temores de Stephanie, Garvin sacó inmediatamente un revólver, diciendo que la señorita Falkner debía tener algún medio eficaz de protección. Perry Mason empuñó el arma para comprobar si el mecanismo funcionaba correctamente. El resultado sobrepasó sus esperanzas. Hubo un estampido formidable que sembró el pánico entre los empleados del señor Garvin, y todos pudieron comprobar que la bala había producido una profunda entalladura en la superficie de la mesa del simpático hombre de negocios, en tanto que el célebre abogado parecía quedar muy confuso.*
>
> *Como resultaba muy raro que Mason se hallara en una situación incómoda, todo el mundo se divirtió mucho. Pero no*

*hay mal que por bien no venga, porque la policía, que indagaba acerca de un asesinato, se había presentado en casa de Stephanie Falkner y se preguntaba si el revólver allí encontrado, al que faltaba una bala, no sería el arma del crimen. ¿Podemos sugerir a las autoridades que les bastará con acudir al despacho de Homer Garvin para encontrar la bala perdida?*

*Agreguemos también que el señor Garvin había tenido de momento la idea de sustituir el mueble dañado, pero que desde el momento del incidente desfila por su despacho una procesión de compradores eventuales, alguno de los cuales llega incluso a dejar su firma al lado del arañazo. ¡En consecuencia, Garvin ha decidido conservar el mueble deteriorado para atraer a los clientes!*

Mason acababa de leer el artículo cuando Della entró en el despacho.

—Garvin hijo ha telefoneado —anunció—. Está loco de contento: ha vendido cinco autos a personas que sólo habían acudido a su despacho para examinar la mesa estropeada por tu imprudencia.

—Tendría que pagarme una comisión. ¿Hay noticias de Stephanie?

—No.

—Es curioso. Telefonéale para despertarla.

Della obedeció la orden, esperó un momento y luego volvió a colgar.

—Parece como si no estuviese, jefe.

—Dile a Gertie que vaya insistiendo.

En aquel momento se presentó Paul Drake.

—Perry —dijo—, tengo noticias frescas sobre Casselman. Había sufrido varias condenas: primero como traficante de blancas y después por estafa. Fue muerto con una bala del calibre 38 disparada a quemarropa. El crimen fue cometido entre las diecinueve y las veintitrés treinta del martes.

—¿Oyó alguien la detonación?

—No. Nadie observó ninguna anomalía.

El teléfono empezó a sonar y Della contestó a la llamada. Seguidamente alargó a Drake el auricular.

—Es para ti, Paul. De tu despacho.

El detective cogió el auricular y dijo:

—Drake al aparato.

Escuchó mucho rato a su interlocutor y luego colgó con aire pensativo.

—Perry —dijo—, por una vez, la policía ha sido capaz de guardar un secreto. Desde ayer sabía que la bala que mató a George Casselman había salido del revólver hallado en el apartamiento de Stephanie.

—¿Qué revólver?

—Pues —dijo Drake, sorprendido— el que Garvin hijo le dio. Como tú has tenido en las manos el arma del crimen, al enterarse de que habías disparado un tiro en el despacho de Garvin, la policía se ha dicho que tratabas de enmarañar las pistas. Han convocado a Garvin hijo y lo han sometido a un interrogatorio en regla. Pensaban que habías ido a meter el revólver en su despacho.

—¿Han cambiado de idea?

—Aparentemente. Porque ahora centran sus sospechas en la esposa de Garvin hijo. Parece que hace un tiempo estuvo empleada en uno de los hoteles de Las Vegas en calidad de *bathing beauty*[2] y que entonces conoció a Casselman. En todo caso, la policía ha encontrado el número del teléfono de éste escrito en un secante de la joven. Ahora bien, Casselman, entre otras actividades, ejercía la de chantajista. La joven acaba de casarse… Tú mismo puedes sacar las conclusiones. Pero, volviendo a ti, la policía está convencida de que has tratado de despistarla y no les gusta en absoluto. El fiscal del Distrito estaría encantado de darte un escarmiento. Pero no puede acusarte de nada concreto.

—Della —ordenó Mason—, dile a Gertie que trate de localizar por teléfono al señor Garvin hijo. Probablemente no estará en su despacho, pero que le deje un recado para que me llame así que llegue.

El abogado empezó a caminar febrilmente por su despacho.

—Paul —dijo—, ¡a trabajar! Trata de reunir todos los datos posibles sobre los pasos de la policía. A estas horas es probable que tanto Stephanie como Garvin hijo estén en sus manos. Afortunadamente, el padre ha salido de los límites del Estado. Antes de poderlo detener, las autoridades deberán cumplimentar una serie

de formalidades. Este asunto es verdaderamente muy extraño.

—En todo caso, Perry —insistió el detective—, vigila bien lo que haces porque es seguro que la policía no te perderá de vista.

—No me dices ninguna novedad —replicó el abogado—. Bueno, lárgate sin perder ni un minuto.

Drake se marchó rápidamente del despacho y Mason reanudó sus paseos de león enjaulado, en tanto que Della le observaba en silencio.

—Sólo hay una explicación posible, Della —dijo él, por fin—. Homer Garvin padre tenía en su poder el arma del crimen. ¿Cómo? Lo ignoro. Tal vez fue Stephanie quien se la dio. Poseía igualmente una llave del despacho de su hijo y sabía que éste guardaba allí un revólver… Así, pues, Garvin padre procedió a una sustitución de armas, tomando antes la precaución de recargar el revólver utilizado para matar a Casselman. Después, luego de haber disparado una bala con el Colt de su hijo, fue a entregarlo a Stephanie. Pensaba sin duda que la policía iría a casa de ella, descubrirían el revólver con una bala menos, deducirían que la joven era culpable, pero se verían obligados a abandonar esta teoría al comprobar que el citado revólver no podía ser el arma del crimen. He aquí por qué el viejo Garvin insistió tanto en que yo debía proteger a Stephanie con todas mis fuerzas. Sólo que yo he reducido a la nada todos sus esfuerzos. Por una de esas jugarretas del destino, fui a dejar a casa de Stephanie Falkner precisamente el revólver que Garvin padre tanto se había esforzado en ocultar.

—¿En qué situación te coloca esto? —preguntó Della, inquieta.

—Que me ahorquen si lo sé. La policía no puede acusarme de haber tratado de ocultar una prueba, porque justamente he ido a buscar la que tanto necesitaba, y la he puesto en manos de la mujer que a estar horas debe de encabezar la lista de sospechosos. Al fin y al cabo, no es mi posición la que me inquieta, sino la de mis clientes.

—¿Quién te figuras que asesinó a Casselman?

—He aquí una pregunta muy oportuna. A los ojos de la policía, la esposa de Garvin hijo, y también éste, aparecen como altamente sospechosos. Seguramente esos caballeros no me tendrán en muy gran estima, pues imaginarán sin duda que he tratado de atraer su atención sobre Stephanie Falkner para que Garvin hijo y su esposa

no sean molestados. Me da la impresión que estos dos deben estar bastante furiosos conmigo. Ciertamente, estarán convencidos de que fui a ver a Garvin hijo a su despacho con el arma del crimen en el bolsillo y que, mediante un juego de manos, efectué la sustitución de armas, aprovechando la confusión creada por mi fingida torpeza. Luego conseguí convencer a Garvin para que fuese a entregar a Stephanie el revólver de que yo me había librado. Imagino igualmente que cuando Garvin padre lea todo esto en los diarios me obsequiará con toda clase de improperios.

—¿Y la policía?

—¡Oh, ellos!… En seguida pensarán que he querido embrollar los indicios. Incluso les será posible demostrar que he tenido el arma del crimen en mi poder, y en ese momento estaré totalmente hundido.

—¿Están verdaderamente en situación de probar que se trata del arma del crimen?

—Sí, gracias a la bala que disparé en el despacho del joven Garvin. Si no, no podrían demostrar nada en absoluto. Y no olvides, Della, que fui a ver a Casselman. ¡No es improbable que el fiscal del Distrito trate de echarme encima el crimen!

—Pero en tal caso, jefe, hay que decir a Drake que vaya al despacho de Garvin hijo a recuperar la bala.

Mason negó con la cabeza.

—No, Della. Imposible. Paul Drake tiene una licencia de detective y no se atreverá a cometer un acto ilegal.

—¿Sabes adonde fue a clavarse la bala?

—Tiré con una inclinación tal que la bala debió de incrustarse en la pared.

—Pero, ¿por qué actuaste así?

Mason sonrió.

—Suponía que la policía buscaría un revólver al que le faltara una bala. Pensé, pues, que si descubrían en casa de Stephanie el revólver que le hice entregar por Garvin hijo, interrumpirían las investigaciones.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Nada, excepto esperar.

—Es lo que resulta más difícil, y temo que no lo conseguiré. Jefe, voy a la farmacia a comprar unas aspirinas. Tengo dolor de

cabeza. Esta noche última he dormido muy mal, pues me preocupaba el asunto. Y esta mañana me siento nerviosa, inquieta.

—Della —dijo Mason, preocupado—, estás abrumada de fatiga. Trabajas demasiado y, como un egoísta, dejo a tu cargo gran cantidad de dificultades. Márchate a casa en seguida. Toma un soporífero, acuéstate y duerme para olvidar tus problemas. Si sucediese algo extraordinario te telefonearía, aunque no lo creo. La policía estará hoy demasiado ocupada tratando de desenmarañar la madeja. Vamos, Della, márchate en seguida.

—De acuerdo. Pero, ¿prometes telefonearme si hay jaleo?

—Sí.

Della salió del despacho y Mason reanudó sus paseos de un lado al otro del aposento.

# Capítulo 12

Eran apenas las doce cuando Garvin padre telefoneó.

—¡Buen trabajo, Perry! —exclamó.

—¿De qué me habla?

—Tendría que saberlo mejor que nadie.

—¿Dónde está usted?

—En Las Vegas.

—Me parece que no conoce bien la situación, Homer…

—Nada de eso. Lo sé todo. Tengo mis propias fuentes de información. Pero no lo olvide: su deber consiste en defender a todo precio a Stephanie Falkner.

—¿Qué debo hacer con respecto a su hijo y a su esposa?

—Lo que pueda. Pero en su lugar yo no me preocuparía mucho. La policía no puede acusarles de nada y pronto les dejará tranquilos.

—¿Debo considerar que soy también su abogado?

—Sea el abogado de quien quiera, pero Stephanie tiene prioridad.

—¿Y usted?

—Me defenderé muy bien solo. Sin embargo, desearía que me facilitase una información. Estoy en el motel *Doble Cero*, inscrito con mi propio nombre. No he huido porque puedo demostrar que aquí tengo asuntos que reclaman mi presencia. Espero que la policía me encuentre de un momento a otro. Ahora bien, he aquí lo que quisiera hacer, Mason: negarme a hablar si no está presente mi abogado.

—Resulta bastante delicado, porque si se niega a cooperar la policía puede enojarse y crearle dificultades.

—¡Que hagan lo que les plazca!

—Además, en este asunto usted no queda completamente al

margen.

—Dentro de poco, cuando haya hecho lo que me propongo, aun estaré más metido en él. Pero, ¿verdad que tengo derecho a no querer hablar si no es en presencia de mi abogado?

—Desde luego.

—Y usted es quien me defiende. Ahora bien, por lo que sé, asuntos muy importantes le impiden desplazarse a Las Vegas.

—En efecto, tengo asuntos muy urgentes que me retienen en mi despacho.

—Es lo que me había figurado —dijo Garvin padre con aire satisfecho—. Sin embargo, me gustaría que me detallara lo que ocurrirá si la policía se enfada.

—Puede acusarle de homicidio y solicitar su extradición, puesto que está fuera de los límites del Estado.

—Si no estoy equivocado, la policía no puede pedir mi extradición si no tiene pruebas formales contra mí.

—Exactamente.

—Es lo que suponía.

—¡Pero tal vez crean tener esas pruebas!

—En tal caso, hagámonos el muerto y dejémosles actuar.

—De acuerdo —dijo Mason—. Me temo que ahora estarán interrogando a Stephanie Falkner.

—A buen seguro. Y también a mi hijo y a su esposa. ¡Tanto mejor! Cuantas más pistas tengan, más fácil les será perderse. No sé cómo lo ha conseguido, pero ha realizado usted una labor excepcional. Cuando quiera ponerse en contacto conmigo ya sabe dónde puede encontrarme. Si no estoy, deje recado a Lucille.

—Entendido. Y si usted quiere telefonearme y no me encuentra, pregunte por la agencia Paul Drake. Cuidado, Homer, tendrá que pagar una factura tremenda por este asunto.

—No se obtiene nada por nada. Gaste lo que le parezca. Nunca he protestado al pagar sus honorarios y no será ahora cuando empiece a hacerlo. ¡Adiós!

Mason acababa de colgar el teléfono cuando oyó que una llave daba vuelta en la cerradura de la puerta que comunicaba directamente su despacho con el pasillo. Haciendo girar su sillón, vio entrar a Della Street.

—¿Qué haces tú aquí? —exclamó Mason—. Te había dicho que

te marcharas a casa y tomaras un soporífero.

—He ido a tomarme una aspirina y estoy ya mucho mejor —repuso la joven—. Mientras regresaba a casa se me ha ocurrido una idea. He meditado acerca de la oferta que nos había hecho el señor Garvin hijo respecto a un auto de ocasión.

—¿Y qué? —preguntó Mason con aire receloso.

—Pues que me he ido a verlo. El coche que tengo no vale gran cosa. Garvin hijo no estaba, pero me ha atendido un vendedor simpatiquísimo que sabe que eres amigo de su jefe. Me ha enseñado un auto que me iría de perlas.

—¿Lo has comprado?

—Estoy bastante decidida. He tratado de telefonearte para pedirte consejo, pero la línea estaba ocupada.

Antes que Mason pudiese responder, Paul Drake llamó y entró en el despacho.

—Perry dijo —creo que vas a recibir una visita oficial. La policía está loca de rabia y se arranca el pelo a puñados. Acaba de enterarse de algo que puede serte útil. Imagínate que no se les había ocurrido ir al despacho del hijo de Garvin para recuperar la bala que tú disparaste tan desafortunadamente. Sin embargo, por fin han tenido la idea y hace unos minutos se ha presentado allí el sargento Holcomb, junto con un experto en balística. ¿Y sabes lo que han descubierto?

—No.

—Un coleccionista de recuerdos se había llevado la bala. Estaba clavada en la pared, y alguien ha hecho un agujerito en el yeso para extraer el objeto que le interesaba.

Mason frunció las cejas y se volvió hacia Della.

—¡Caramba! —exclamó la joven—. ¿Quién puede haber hecho una cosa así, Paul?

—No se sabe todavía, pero esto no facilita el trabajo de la policía.

—No entiendo por qué —se sorprendió la secretaria, con expresión inocente.

—Porque esa bala constituía una prueba capital. Además, a la policía no le gusta que la gente tenga ideas antes que ellos.

—¿Cómo te has enterado de esto, Paul? —preguntó Mason.

—Resulta que conozco a alguien que trabaja en la oficina de *La*

*urraca*. Éste, muy interesado en el asunto, ha conseguido ganarse la confianza de un vendedor de Garvin hijo. Cuando ha llegado el sargento Holcomb, el vendedor se ha apresurado a informar a *La urraca*, el cual publicará un nuevo artículo sobre este episodio en el diario de mañana, aunque la policía lo ignora aún. Eso es todo.

—Muchísimas gracias, Paul —dijo Mason—. De todos modos, te lo advierto: en este asunto gozas de plena libertad de acción: ocupa a tantos hombres como te sean precisos.

—¡Muy bien! —dijo Drake, evidentemente encantado.

Salió del despacho y Mason se volvió hacia su secretaria.

—Della, exijo la verdad. Tú…

La puerta que comunicaba con el otro despacho se abrió bruscamente y el sargento Holcomb penetró en la estancia sin haber sido anunciado.

—¿Qué? —dijo—. ¿De conversación?

—Sí —replicó Mason—. Pero nos molestan los visitantes que no se hacen anunciar.

—No se enfade. He dicho a Gertie que no le advirtiera mi llegada.

—Me gusta la gente decidida.

—Muchas gracias —repuso el sargento, de buen humor—. Represento la majestad de la ley. Y la ley no tiene que hacer antesala. Los de la policía, cuando queremos ver a alguien lo hacemos inmediatamente.

—Así, pues, ¿en ningún sitio se hacen anunciar?

—Algunos colegas lo hacen, pero yo no. Me gusta estudiar el rostro de un hombre en el instante en que me ve aparecer ante él, sin que haya tenido tiempo de prepararse para mi visita.

—¿Qué ha visto en el mío?

—Ante todo, que no se alegraba de verme.

—Puesto que ya está aquí, más vale que se ponga cómodo. Quítese el sombrero, tome asiento y veamos lo que puedo hacer por usted.

—Así estoy bien —replicó Holcomb, que se había recostado en la pared.

—Perfecto. ¿Qué desea?

—Lo sabe de sobra.

—No soy adivino, sargento, y no pienso perder el tiempo con

acertijos. Experiencias anteriores me han enseñado que es usted perfectamente capaz de expresar sus ideas, sus deseos, sus simpatías y sus antipatías. ¡Adelante, pues!

—En todo caso, como embrollador sí que resulta un campeón. ¡De modo que fue a casa de Homer Garvin, el vendedor de automóviles de ocasión, y disparó contra su mesa!

—Puro accidente, mi querido sargento. Tengo la intención de comprarle una mesa nueva al señor Garvin. Nadie resultó herido, y no entiendo por qué un accidente de tan poca monta puede despertar el interés de la policía.

—El interés de la policía —dijo Holcomb con tono sarcástico— proviene de un detalle que sin duda usted encontrará insignificante: el revólver que usted tuvo en las manos sirvió para asesinar a George Casselman la noche precedente.

—¿Está seguro?

—¡Claro! Quisiera saber de dónde sacó usted dicho revólver.

—Me fue entregado por el señor Garvin hijo después de preguntarle yo si tenía uno y haberme respondido él afirmativamente. Tras de lo cual le rogué que me mostrara el arma, para la que, dicho sea de paso, afirma tener permiso. Pero éste es un detalle que usted puede comprobar más fácilmente que yo.

—Así, ¿Garvin le dio el revólver?

—Digamos que me lo enseñó. Entonces alargué la mano para cogerlo, lo sopesé para comprobar su equilibrio, y sin duda en aquel momento, por un descuido, apreté el gatillo. En todo caso, Garvin no me había advertido que el revólver estuviese cargado.

—¿Pensaba usted que se protegía de los bandidos con un revólver vacío?

—En aquel momento no reflexioné sobre la cuestión.

—Ya. ¿Y cómo es que dicho revólver fue hallado en casa de Stephanie Falkner?

—Esa señorita es cliente mía. Yo tenía la impresión de que corría peligro, pues el asesino de su padre aún no ha sido descubierto. Como Garvin hijo es un buen amigo de ella, por sugerencia mía le prestó el Colt.

—Lo sé, lo sé —dijo el sargento—. Pero usted no ignoraba, Mason, que el revólver que le entregó Garvin hijo no fue el utilizado para matar a George Casselman.

—Me satisface oírselo decir, sargento. Ésta era mi opinión, pero como ustedes afirmaban lo contrario, no me he considerado con derecho a desmentirlo.

—No trate de dármela con queso, Mason. Fue usted quien sustituyó las armas. Un cliente le entregó el arma del crimen. Usted fue a ver a Garvin hijo y le preguntó si tenía un revólver. Él lo dejó sobre su mesa. Usted lo disparó, para originar un alboroto, y entonces realizó su pequeño juego de manos.

—Así, pues —dijo el abogado—, ¿afirma ahora que el Colt de Garvin no puede ser el arma del crimen, que era yo quien tenía ésta en mi poder, y que realicé un cambio?

—Sí.

—Puede comprobar la exactitud de sus deducciones verificando el número de serie del arma del crimen en los registros de armas de fuego.

—Ya lo hemos hecho. El revólver del crimen fue comprado por Homer Garvin padre.

—Entonces, ¿cómo es que esa arma estaba en poder del hijo?

—Entre otros negocios, Garvin padre posee una armería, de esa tienda cogió tres revólveres idénticos, de cañón corto, guardó dos para sí y entregó el tercero a su hijo.

—Sí lo entiendo bien —dijo Mason—, ¿el registro de las armas de fuego demuestra que el revólver que me entregó Garvin hijo le había sido dado por su padre?

—El registro de armas de fuego demuestra sencillamente que el arma del crimen es uno de los tres revólveres comprados por Homer Garvin padre. Pero nos consta que el revólver que Garvin hijo le entregó a usted fue el utilizado por el criminal.

—¿Cómo pueden estar tan seguros?

—Porque el joven Garvin ha podido indicar con precisión dónde estaba esa arma la noche del crimen.

—Así, pues, ¿no fue el arma de que se sirvió el asesino?

—Eso trato de hacerle entender. Por lo demás, usted sabe sobradamente que el arma del crimen había sido adquirida por el padre Garvin. Él la había entregado a Stephanie Falkner, quien la utilizó para matar a Casselman. Después ella le telefoneó a usted, pidiéndole ayuda. Y, según su costumbre, supo usted crear una confusión admirable.

—Sí, pero esto no explica por qué tenía yo que actuar de manera que el arma del crimen volviese a casa de Stephanie, donde la policía la encontró sin dificultad.

El sargento Holcomb se acarició la barbilla.

—Esto lo ignoro —reconoció—. Pero permítame que le diga una cosa, señor listo entre los listos. Su posición en este asunto no está muy clara, porque el forense afirma que Casselman pudo ser muerto a la hora en que usted se encontraba allí.

—¿Lo que quiere decir que puedo ser yo el asesino?

—Es una eventualidad que no hay que menospreciar. Fíjese bien, Mason: personalmente, estoy convencido de que no hubiese usted ido a casa de Casselman para eliminarlo a sangre fría. Pero supongamos que él le amenazase, que usted sacara el revólver, que Casselman se le echara encima para desarmarlo y que usted hubiese disparado a quemarropa.

—Sargento —dijo Mason, sonriendo—, tendrá que imaginar otra cosa. George Casselman estaba completamente vivo cuando le dejé. Pero sé que esperaba a un visitante desconocido.

—Stephanie Falkner.

—No a Stephanie, sargento. Ella estaba citada para más tarde. El visitante desconocido telefoneó para anunciarle su llegada mientras yo estaba en casa de Casselman, quien entonces me pidió que me marchara, manifestando que tenía que solucionar unas complicaciones inesperadas.

—Ya. Y usted se fue a esperar ante la puerta de servicio a que saliera una joven: la que subió a su coche.

—¿Está bien seguro?

—Por completo. Y esa joven misteriosa es la culpable. Lo enreda todo tratando de protegerla.

—Es una teoría interesante, pero que le costaría mucho demostrar, sargento, porque todas sus afirmaciones son falsas.

—¡Tenemos testigos! —exclamó Holcomb—. Fue visto mientras esperaba ante la entrada de servicio y luego cuando hacía subir a la joven a su coche. Hay testigos que afirman que usted tenía en su poder el revólver del crimen; y que lo utilizó para disparar una bala en el despacho de Garvin hijo.

—¿Cómo demostrarán que se trata del arma del crimen?

—¡Gracias a la bala que disparó usted! Nuestros expertos en

balística sabrán precisar que procede del arma del crimen. En tal caso, resulta fácil adivinar que ésta le fue entregada por la joven misteriosa. Por otra parte, si la bala no procede del arma del crimen, eso demostrará que realizó usted un cambio de revólveres en el despacho de Garvin hijo.

—Sí —dijo Mason con tono sarcástico—. De cualquier lado que me vuelva, estoy atrapado. ¡Sargento, no es usted muy objetivo!

—Si tiene problemas, se los merece más que sobradamente. No se tergiversa constantemente la ley, como hace usted, sin que las consecuencias no acaben por caerle encima.

—Lamento que se lo tome así, sargento. Me he limitado a exponerle la verdad escueta. No tengo nada más que añadir.

—¡Muy bien! —exclamó Holcomb, furioso—, pues no se queje cuando empiecen a caerle encima toda clase de calamidades.

Y salió del despacho dando grandes zancadas.

Mason esperó a que Holcomb hubiese salido del otro despacho y se volvió hacia su secretaria.

—Della —preguntó—, ¿has ido tú a buscar esa bala?

—¿Cómo se te ha podido ocurrir una idea semejante, jefe?

—Contéstame sí o no, porque tengo la impresión de que Holcomb ha intentado intimidarme con afirmaciones falsas.

—Si hubiese birlado esa bala como recuerdo, ¿resultaría muy grave?

—Podría llegar a serlo.

—Entonces, si te dijese que lo había hecho, ello te pondría en una situación muy embarazosa, ¿verdad?

Mason miró a la joven con aire pensativo.

—Sea, haz lo que te parezca —concedió por fin.

—Gracias, jefe —dijo ella con expresión traviesa.

# Capítulo 13

Eran poco más de las dos y media cuando Della entró en el despacho de Mason.

—El señor Garvin hijo desea hablarte —anunció con cierta inquietud en el tono de su voz.

—¿De qué humor está?

—¡Más bien belicoso!

—Entonces, que entre inmediatamente. Creo que podré hacerle entrar en razón.

Della se eclipsó. Un momento después, Garvin hijo irrumpió en el despacho y avanzó hacia Mason con aire amenazador.

—¿Qué juego se trae entre manos? —exclamó el joven.

—Siéntese, por favor, y cuénteme sus preocupaciones —dijo Mason.

—Quiero saber el motivo de que arrastre a mi esposa por el fango.

—Ignoraba haberlo hecho.

—¿Quizá no es por su culpa que se encuentra encabezando la lista de sospechosos del asesinato de George Casselman?

—Sigo sin saber lo que he hecho.

—Me obligó usted a ir a casa de Stephanie Falkner para entregarle a ella mi revólver. Le advierto, Mason, que voy a desentenderme de este asunto y echarle a usted la responsabilidad, a la vez como abogado y como hombre. ¡Si no puede usted facilitarme una explicación lógica de este acto, le aplastaré las narices antes de marcharme del despacho!

—¿De veras? —dijo Mason con tono irónico, clavando en el joven la mirada de sus ojos de color gris acero—. ¿Y cree usted que así se arreglarían las cosas?

—En todo caso, me proporcionaría una satisfacción personal.

—Sin contar una mandíbula rota. ¿Y en qué beneficiaría a su esposa? Si los diarios se enterasen de que usted y yo nos tenemos hostilidad, entonces sí que debería tener una buena rabieta.

—Los diarios ya han hablado demasiado de nosotros.

—En absoluto. Han divertido al público con trivialidades y no se atreverán a publicar nada serio a menos que no les dé usted una oportunidad. Instálese en esta butaca y explíquemelo todo con calma. Si no, lárguese de aquí y deje que me las arregle yo solo.

Garvin miró al abogado con aire amenazador, vaciló, desplazóse hacia un lado y fue a instalarse en la esquina de la mesa.

—Dawn trabajaba en Las Vegas —empezó—. Casselman la conocía…

—¿Debo entender que Dawn es el nombre de su esposa?

—Sí, Dawn Joyce. Casselman había salido con ella varias veces.

—¿Sabía su esposa que él estaba aquí?

—Sí, porque después de nuestro regreso él le telefoneó para felicitarla. Sin duda leería en los diarios lo de nuestro matrimonio.

—Es perfectamente normal.

—Sí, pero la lata es qué la policía ha encontrado en el apartamiento de Casselman una libreta de direcciones que contenía, entre otros, nuestro número de teléfono. Ahora bien, por su parte, Dawn había anotado el de Casselman en un secante colocado junto al aparato telefónico.

—¿Eso es todo?

—No. El martes por la noche, el día en que Casselman fue asesinado, tuve que dejar el despacho para ir a ver un colega, el cual iba a ofrecerme veinte automóviles de ocasión a un precio interesante. Temía que cambiase de opinión y quise cerrar el trato sin más tardanza.

—¿A qué hora era esa cita?

—¡No se preocupe por eso! —exclamó Garvin con pasión—. Puedo facilitar un empleo de mi tiempo detalladísimo.

—¿Llevaba con usted el revólver?

—No. Lo había dejado en el cajón de mi mesa.

—Ya entiendo. ¿Y dónde estaba su esposa?

—Donde debía estar, es decir, en casa, esperándome, y no muy contenta porque, en plena luna de miel, yo regresaba tarde.

—¿Y cuando usted llegó ella seguía allí?

—Desde luego.
—¿Qué hora sería?
—Las nueve y media o las diez.
—Y entretanto, ¿su revólver no se había movido del cajón de su despacho?
—No, puesto que después de mi entrevista lo cogí para llevármelo a casa.
—¿Tiene su esposa una llave del despacho?
—Ejem… sí. Pero no la utilizó. Le aseguro que estaba en casa y no salió de allí.
—Bueno, bueno, admitámoslo.
—El problema es que no puede demostrarlo. Estaba sola.
—No tiene que demostrar nada. Si su esposa es acusada, corresponde a la policía o al fiscal demostrar que se ausentó de su domicilio.
—Sí, pero hay un detalle que puede estropearlo todo. Traté de telefonear a Dawn para que me diese un dato que había apuntado en una libretita que olvidé en la cómoda del dormitorio. Debí marcar mal el número, porque nadie contestó. Volví a llamar dos veces, con diez minutos de intervalo. Hágase cargo, Mason, sólo hace quince días que vivo en ese apartamiento y debí de confundirme de número. En todo caso, le afirmo que Dawn estaba en casa. No es mujer capaz de mentir.
—¿Sabía el colega con quien estaba usted citado que trataba de telefonear a su esposa?
—Sí, por desdicha. Y él no puede jurar que yo había marcado un número equivocado. Yo mismo, de momento, no me di cuenta.
—Cuando no obtuvo usted respuesta, ¿le patentizó su sorpresa?
—¡Desde luego!
—¿Hacia qué hora llamó usted a Dawn?
—Alrededor de las nueve.
—¿Qué sucedió cuando regresó a su casa?
—Dawn y yo nos peleamos. Quería salir con ella, pero ella no quiso.
—¿Me lo ha contado todo?
—Sí. Pero he de añadir que no me gusta en absoluto el alboroto que ha suscitado su torpeza del otro día… Tanto más cuanto que ahora la policía afirma que mi Colt fue el instrumento del crimen.

Es completamente imposible, pero si siguen por ese camino el nombre de Dawn va a verse arrastrado por los suelos.

—Le repito que nada sucederá si permanece usted tranquilo. La policía cree algo muy distinto de lo que usted se figura, a saber: que era yo quien tenía el arma del crimen en mi poder, que fui a verle, le hice sacar su Colt del cajón, disparé una bala en su despacho, y que aprovechando la confusión originada, le dejé el arma del crimen en tanto que me guardaba en el bolsillo su revólver.

—¡Cómo! —exclamó Garvin, sorprendido—. ¿Es verdad eso que dice?

—Desde luego.

—Entonces, ¿por qué trata la policía de convencerme de que mi mujer fue a mi despacho y se apoderó del Colt? También insinúan que Casselman la sometía a un chantaje… Y ante todo, ¿cómo sabe usted lo que ellos piensan?

—Porque uno de ellos acaba de salir de mi despacho después de haberme virtualmente amenazado con la detención por disimulo de pruebas, y otras amabilidades por el estilo.

Garvin se incorporó lentamente.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. Nunca se me había ocurrido, pero usted hubiese podido muy bien actuar de esta manera. Encontraba extraña su actitud y le consideraba demasiado hábil para haber disparado inadvertidamente un arma de fuego.

—Admitámoslo. Sin embargo, ¿puede usted precisar sin lugar a dudas de qué revólver procede la bala que arañó su mesa?

—Estoy seguro de que es de mi Colt. Recuerdo que lo saqué del cajón y se lo entregué. Usted lo cogió, lo sopesó y disparó casi horizontalmente por encima de mi mesa. No obstante, he de reconocer que usted pudo muy bien realizar luego un cambio de armas.

—La policía está convencida de ello.

Una lenta sonrisa se dibujó en los labios de Garvin.

—Esto lo cambia todo —dijo—. ¿Cómo podrían molestar a Dawn si usted tuvo la posibilidad de proceder a una sustitución de revólveres? Mason, se dice que en el amor y la guerra todas las armas son buenas. Por lo que a mí concierne, desde este momento estoy dispuesto a jurar que la teoría de la policía es perfectamente lógica.

—¿Cree usted que le habría hablado como acabo de hacerlo si no hubiese previsto su reacción?

Con movimiento espontáneo, Garvin alargó la mano a Mason.

—Mason —exclamó—, ¡es usted un tipo estupendo! Me marcho a explicar a Dawn todo lo que ha hecho.

Los dos hombres se estrecharon la mano sonrientes y Garvin corrió hacia la puerta. De pronto dio media vuelta y regresó junto a Mason.

—Si se decidiese usted por el X-60 —dijo—, le haría condiciones superespeciales.

—Gracias, pero ese coche no me interesa.

—En todo caso, mi oferta sigue en pie… ¿Está seguro de que esa belleza de coche no le tienta?

—Seguro —confirmó Mason, sonriendo.

Garvin se marchó del despacho.

—Jefe —dijo Della—, verdaderamente, sabes cómo domesticar a la gente.

Como si no la hubiese oído Mason ordenó:

—Della, ve a ver a Paul. Que envíe a alguien a Las Vegas para recoger todos los informes posibles sobre Dawn Joyce.

# Capítulo 14

Alrededor de una hora después de la marcha de Garvin hijo, el teléfono sonó y Della cogió el auricular. Sostuvo una breve conversación y luego, apoyando su mano en el micrófono, volvióse hacia Mason.

—Jefe —dijo—, es Marie Barlow.

Sin responder, Mason alargó la mano y cogió a su vez el receptor.

—Oiga, Marie, aquí Perry Mason. ¿Qué sucede?

—Perdóneme por molestarle, pero acabo de descubrir anomalías en la contabilidad del señor Garvin.

—¿De qué se trata exactamente?

—Helo aquí: se han firmado cheques en pago de facturas, sin que encuentre en el correo ningún rastro de orden para la ejecución de los trabajos. Por ejemplo, en la carpeta de «Acme, compañía de trabajos sanitarios y eléctricos», encuentro varias facturas saldadas por un total de seis mil dólares, las cuales fueron pagadas con cheques, según demuestra la matriz del talonario. Pero no hay ningún detalle de los trabajos efectuados.

—¿Por qué no llama a la «Acme» para que le informen?

—Así lo he hecho y he descubierto que ni siquiera existe.

—¿Qué? Esa compañía bien tendrá un domicilio, ¿no?

—Sí: 1397 Chatham Street. Ahora bien, en dicha dirección no hay ninguna compañía de ese nombre.

—¿Están las facturas redactadas en papel con membrete impreso?

—Ya lo creo. Todo está indicado, el número de cuenta corriente postal, la inscripción en el registro de comercio, el capital de la sociedad. ¡Lo que no es obstáculo para que la «Acme» no exista! Además, el banco está cerrado y no puedo llamar para que me

facilite datos.

—Muy bien, vamos a investigar. En todo caso, Marie, no haga nada hasta que yo tenga informaciones complementarias. ¿Qué opina usted sobre esto?

—Alguien debió de descubrir que Eva Elliot no era una secretaria experimentada, y envió facturas falsas para ver lo que ella haría. La primera sólo ascendía a trescientos veintiséis dólares con ochenta y cinco. Eva Elliot envió un cheque. Luego, un mes más tarde, una factura de setecientos ochenta y cinco dólares con catorce centavos fue saldada de la misma manera. El mes siguiente, se trató de tres facturas con un total de dos mil novecientos dólares.

—¿Por quién fueron firmados los cheques?

—Por el señor Garvin.

—Muy bien, Marie. Voy a comprobar todo esto. Un millón de gracias por haberme llamado.

Mason colgó, con una arruga de contrariedad entre las cejas.

—Della —dijo—, vamos a pedir a Paul que se informe sobre la «Acme, compañía de trabajos sanitarios y eléctricos», 1397 Chatham Street.

Gertie entró muy excitada en el despacho con un diario en la mano:

—Aquí está el periódico de la tarde, jefe. Publica una fotografía tomada en el apartamiento de Casselman en la que se ve una huella sangrienta. Por otra parte, una mujer llamada Lucille, de Las Vegas, solicita hablarle.

—Pásemela a mi despacho —ordenó Mason.

Della cogió el diario de manos de Gertie, la que regresó a su centralita.

—¿Diga? Mason al aparato —habló el abogado.

—Señor Mason —declaró una voz femenina—, estoy muy inquieta por el señor Garvin. Obstinado en ver a su hijo, ha alquilado un avión y se ha ido al aeropuerto sin tomar ninguna precaución para no ser descubierto. Me había dicho que me llamaría telefónicamente, a las quince, a las dieciocho, a las veinte y a las veintidós horas, y que luego insistiría hacia las veintitrés. Si no me llamaba a las horas indicadas, tenía orden de avisarle a usted inmediatamente. De lo contrario, no debía decir nada a nadie.

—¿He de deducir, pues, que no ha telefoneado a las quince?

—Exactamente.

—Eso significa que ha sido detenido. De momento no puedo hacer nada por él. Gracias por la información.

Mason colgó, examinó la foto del diario.

—Muy interesante —dijo—. Se ve claramente la huella de un zapato de hombre. El artículo dice que la policía ha podido comprobar que es de la marca «Spring-Eze».

Mason apartó el diario y se puso a pasear por el despacho. De repente se detuvo ante su secretaria.

—Considero, Della, que un buen abogado no debe permanecer inactivo en espera del momento de interrogar a los testigos durante la audiencia. Si le es posible enmarañar los hechos de manera susceptible de crear confusión en el espíritu de algún testigo no demasiado seguro y esto sin destruir, disimular o deformar ninguna de las pruebas recogidas, afirmo que este abogado está en su perfecto derecho.

Della Street asintió enérgicamente con la cabeza.

—En este asunto —prosiguió Mason—, los hechos se enredan por sí solos. Generalmente, la policía descubre al sospechoso principal, pero experimenta dificultades en encontrar el arma del crimen. Aquí posee el arma del crimen, pero se encuentra con un número tan grande de sospechosos que ya no sabe qué hacer.

—¡Permíteme recordarte que tú ocupas un lugar destacado! Pero dime, jefe: puesto que no has procedido a una sustitución de armas, ¿sabes de manera segura que el arma del crimen se encontraba en el despacho de Garvin hijo?

—El único problema es que ignoro quién la puso allí, y no lo sabré hasta haber encontrado a Garvin padre.

—¿Y si no fue él quien metió el arma del crimen en el cajón?

—Entonces, es el criminal… Della, me temo que esta noche tendremos que trabajar hasta tarde. Stephanie está en poder de la policía. Y ahora Garvin padre se ha dejado atrapar. Ha cometido el error de subestimar a la policía. Vamos a pedir a Paul que indague en diversas imprentas para ver quién hizo preparar esas facturas con cabecera de la «Acme»… ¿Cómo va tu jaqueca?

Della guiñó un ojo:

—Me siento mucho mejor —respondió.

# Capítulo 15

Mason y Della Street entraron en el bar suavemente iluminado.

—¡Qué atmósfera más agradable! —suspiró la secretaria.

—Vamos a tomarnos uno o dos combinados y a distraernos un poco —dijo Mason—. Luego iremos a cenar. Un solomillo y unas patatas al horno no me irían nada mal… Pero antes voy a llamar a Paul para decirle dónde estamos.

Mason se dirigió a la cabina telefónica y marcó el número de la Agencia.

—Paul —dijo—, aquí Perry. Della y yo estamos tomando unos combinados y luego iremos a comer un solomillo bien aderezado y…

—¡Un momento, un momento! —exclamó Paul—. Es inútil que os regodeéis anticipadamente. El teniente Tragg ha llamado apenas hace cinco minutos y dice que necesita hablar contigo.

—¿Por qué?

—Homer Garvin padre ha sido conducido al despacho del fiscal del Distrito, pero se niega rotundamente a hablar como no sea en tu presencia.

Mason vaciló por un momento.

—¿Perry? ¿Sigues ahí?

—Sí. Estoy reflexionando. Bueno. Si Tragg telefonea dile que me dirijo al despacho del fiscal.

Colgó bruscamente y salió de la cabina.

—¡Oh, oh! —dijo Della—. ¡Una buena cena que se esfuma!

—Exactamente. Garvin padre está ante el fiscal del Distrito y se niega a hablar si yo no estoy allí. Tragg está removiendo cielo y tierra para encontrarme.

—¿Lo que quiere decir que esperan tenderte una celada?

—Lo sé, y voy a darles gusto. Coge mi coche, Della, y ve a

esperarme al despacho. Regresaré lo antes posible y luego nos iremos a cenar. Yo cogeré un taxi.

Mason entregó las llaves de su coche a la joven y, saliendo precipitadamente del bar, detuvo un taxi.

—Al despacho del fiscal del Distrito —ordenó—. ¡A toda marcha!

El taxista arrancó veloz, cogió las curvas sobre dos ruedas y fue a detenerse ante el Palacio de Justicia.

—¡Bravo! —dijo Mason—. Aquí tiene un billete de cinco dólares. ¡Guárdese el cambio!

El abogado se adentró en el vestíbulo y encaminóse a toda prisa al despacho del fiscal. Abrió una puerta acolchada y entró en una habitación donde había varios policías.

—Soy Mason —dijo—. Me esperan en el despacho del señor Burger.

Uno de los policías asintió con la cabeza y Mason empujó una puerta en la que se leía: «Hamilton Burger, Fiscal del Distrito. Prohibida la entrada».

—Buenas noches, señores —dijo al entrar.

Un halo de humo de cigarrillo flotaba en la habitación, donde se encontraban Hamilton Burger, el obeso fiscal, con silueta de oso hirsuto, el teniente Tragg, otro policía, un taquígrafo oficial y Homer Garvin, todos ellos en mangas de camisa.

Hamilton Burger carraspeó.

—¡Señor Mason! —exclamó—. ¡Señor Perry Mason! Entre y siéntese. Que se haga constar que el señor Mason acaba de llegar. Señor Garvin, nos ha dicho usted que no nos facilitaría ninguna explicación como no fuese en presencia de su abogado. Ahora pido que nos hable del zapato manchado de sangre y de la huella que dejó en el apartamiento de George Casselman, quien fue asesinado el martes pasado a primeras horas de la noche.

—Un instante, señores —intervino Mason—. Si mi cliente está dispuesto a hacer una declaración, quiero ante todo hablarle.

—Ya hemos esperado bastante —dijo Hamilton Burger, impaciente.

—Si se me niega la posibilidad de hablar con mi cliente antes de que prosiga esta conferencia, le aconsejaré que no conteste a ninguna pregunta y seguirán ustedes esperando.

—En cuyo caso, no haremos nada para evitar a su cliente una publicidad desagradable. El señor Garvin es un importante hombre de negocios. Le he explicado que no queremos cometer ninguna injusticia y que no tratamos de que su nombre figure destacadamente en este asunto.

—Que se indique en el acta de esta sesión que he solicitado conferenciar con mi cliente antes de que el interrogatorio prosiga, y que el fiscal del distrito me ha contestado amenazándome con dejar entrar a los periodistas en detrimento de la tranquilidad de mi cliente.

Hamilton Burger se levantó bruscamente, con el rostro congestionado por la ira. El teniente Tragg se le acercó y le murmuró unas palabras en voz baja. El fiscal pareció calmarse.

—Les concedemos diez minutos —dijo—. Vayan a ese despacho situado a la izquierda.

—Venga, Garvin —dijo Mason.

Garvin se levantó con celeridad. Mason abrió una puerta y ambos penetraron en una habitación donde había una mesa, una máquina de escribir, un archivador y varias sillas.

Mason lo examinó todo con una rápida ojeada y dirigióse hacia la puerta de un armario, que abrió.

—Entremos aquí —dijo a Garvin.

Éste obedeció.

—Este despacho posee seguramente un sistema de escucha —prosiguió el abogado—. Burger tenía una expresión extraña y ha cedido con demasiada facilidad. Hable en voz baja… ¿Qué diablos ha venido a hacer aquí?

—Hubiese debido decírselo antes, Mason. Yo… estaba algo enfadado con mi hijo, y he venido a hacer las paces con él.

—Tarde o temprano, los padres siempre están en desacuerdo con sus hijos.

—Al principio yo creí que no se casaba con la mujer que le convenía, pero ahora estoy convencido de lo contrario.

—¿Quiere darme a entender que Stephanie Falkner se ha hundido en el crimen?

—No, Mason. Desde que la conocí estoy enamorado de Stephanie. Me había persuadido de que deseaba casarla con mi hijo, pero cuando éste se casó con Dawn me sentí ligero como una

pluma.

—¿Ha comunicado sus sentimientos a la interesada?

—Me he contentado con unas insinuaciones. ¡Qué diablo, podría ser su padre!

—Nadie lo diría, y ciertas mujeres prefieren a los hombres experimentados.

Garvin hizo un ademán de impaciencia:

—Si le hablo de todo esto es para que comprenda bien la situación.

—De acuerdo, pero pasemos a los hechos. Disponemos sólo de unos minutos… ¿Fue usted quien metió el revólver que había servido para matar a Casselman en el cajón del despacho de su hijo? Queriendo crear una diversión, lo he echado todo a rodar…

—¡Un momento! —exclamó Garvin—. Se equivoca usted. Yo no dejé ningún revólver en el despacho de mi hijo.

—Bueno —dijo Mason con impaciencia—, usted fue a ver a Casselman antes de pasar por su despacho. ¿Lo mató usted o no?

—No sea estúpido. Stephanie lo vio después que yo.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Al llegar de Las Vegas en coche, pasé por el apartamiento de Casselman. Eran aproximadamente las ocho y cuarto. Cuando llamé a la puerta Casselman acudió a abrir, pero no me invitó a pasar. Pareció muy turbado cuando le revelé mi identidad. Entonces me dijo que tenía una visita y me pidió que volviese a las once, y luego casi me cerró la puerta en las narices. Ignoro cómo se ha enterado usted de mi visita, Mason, pues no se lo he dicho a nadie…

—No tiene importancia. ¿Y luego se fue directamente a su despacho?

—No. Me detuve para comprar gasolina y para llamar a Las Vegas. Después me dirigí a mi despacho. Antes había telefoneado a Eva Elliot para pedirle que me esperara, pues debía facilitarme ciertos informes. Al llegar le dije que buscase los documentos que necesitaba y me fui a tomar una ducha. Al terminar tuve una discusión con Eva, que degeneró en disputa… y ya sabe lo demás.

—No estoy demasiado seguro.

—Pues bien, fui a verle a usted y luego, los dos juntos, nos dirigimos a casa de Stephanie.

—Donde usted se quedó después que Della y yo nos marchamos.

¿Fue entonces cuando dejó el revólver?

—Sí. Como le he dicho ya, siempre voy armado. Me he hecho confeccionar una funda sobaquera y mis trajes están cortados de manera que disimulan la presencia de un revólver bajo mi brazo izquierdo.

—Cuando se lo entregó a Stephanie, ¿el revólver estaba completamente cargado?

—Desde luego, y hacía meses que no se utilizaba. Ahora voy a explicarle algo que debe guardar estrictamente para usted. Como tenía intención de ponerle las cosas difíciles a Casselman durante nuestra entrevista de las once, prefería ir armado. Después de haber dejado a Stephanie volví a mi despacho para coger un revólver que siempre guardo en mi caja de caudales. Lo metí en la funda, en sustitución del que había dejado a Stephanie. En aquel momento debían ser todo lo más las once menos diez. Entonces fui a casa de Casselman, y llamé a la puerta. Al no obtener contestación, hice girar el pomo y entré. Casselman estaba tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre, completamente muerto. Noté que una mujer había pisado la sangre, pues se distinguía con claridad la huella de un tacón delgado y de una suela puntiaguda. Convencido de que se trataba de Stephanie, me fui a su casa para tratar de enterarme de la verdad. La encontré en la cama. Sin hablarle de mi visita a Casselman, fingí sentirme muy nervioso y experimentar un deseo irresistible de hablarle. Sin atreverme a ir demasiado lejos, le dejé vislumbrar cuáles eran mis sentimientos hacia ella. Mientras hablaba, vi bajo la almohada el cañón del revólver que le había entregado aquella misma noche. En tanto que ella me servía de beber, cogí disimuladamente el arma y abrí el cargador. Faltaba una bala. Así, pues, el revólver había servido. Stephanie llevaba un salto de cama, pijama y zapatillas. Sus zapatos estaban sobre un sillón; los examiné: uno de ellos tenía la suela húmeda, como si la hubiesen lavado recientemente.

—¿Pidió explicaciones a Stephanie?

—No. Permanecí con ella hasta casi medianoche, y volví a repetirle que si necesitaba un amigo podía confiar enteramente en mí. Luego me marché. Tenía mucho trabajo en perspectiva.

Mason contempló a Garvin con aire calculador:

—¿Regresó al apartamiento de Casselman?

—Sí, para hacer desaparecer todo rastro del paso de Stephanie. Pero me abofetearía por no haber pensado en una cosa: mientras estaba en casa de ella hubiese debido sustituir el revólver que tenía bajo la almohada por el que llevaba yo en la funda. ¡Pero estaba demasiado emocionado para tener las ideas claras!

Mason acercó su rostro al de Garvin.

—¿No me miente usted, Homer? ¿No cambió los revólveres?

—Le aseguro que no.

—Le creo. Prosiga. ¿Qué hizo en el piso de Casselman?

—La única cosa posible: pisando la mancha de sangre ya casi coagulada, apoyé luego el pie sobre la huella dejada por Stephanie, a fin de recubrirla con la mía. Luego volví a Las Vegas decidido a no moverme de allí para que la policía no pudiese interrogarme. Entonces empezaron a estropearse las cosas a causa de su pequeña demostración en el despacho de mi hijo y de que éste empezó a portarse como un imbécil. Decidí, pues, volver para decirle que permaneciese tranquilo. Me creía más listo que la policía… y me dejé atrapar. Y ahora, amigo mío, lo sabe usted todo.

—Perfecto. En tal caso, volvamos a ver al fiscal. Le advierto que seré yo quien hable. No abra la boca a menos que yo se lo indique. Sin embargo, será preciso que se resigne a una cosa: los diarios van a coger por su cuenta el asunto. No podremos evitarlo.

Volvieron al despacho del fiscal del Distrito.

—¿Bueno? —dijo Burger.

—¿Qué desea saber? —preguntó Mason.

—Mason, fíjese en esa foto cuya reproducción habrá visto en los diarios. Estudíela: podrá ver ciertos detalles que no aparecen en los clisés publicados en la prensa.

Mason cogió la foto y la examinó.

—Le escucho —dijo.

—Preferiríamos que la respuesta procediera de su cliente, más bien que de usted. Garvin, ¿esta huella corresponde a su zapato?

Garvin miró a Mason, quien hizo un ademán negativo.

—¡Un momento! —rugió el fiscal del Distrito—. Todos hemos actuado de buena fe. Garvin ha dejado entender que hablaría si le dábamos la posibilidad de tener a su abogado junto a él. Una de dos, señores: o hablan o se callan.

—¿Y si escogemos la segunda solución? —preguntó Mason.

—Lo lamentarán, eso es todo.

Burger se volvió hacia Garvin.

—Garvin —dijo—. ¿Fue usted hace unas tres semanas a una zapatería situada en el 918 de Mowbray Street para hacer poner tacones de goma a un par de zapatos nuevos?

—Responda —ordenó Mason.

—Sí —reconoció Garvin.

—Voy a enseñarle un par de zapatos —continuó el fiscal— y a preguntarle si son los mismos a los que hizo usted poner los citados tacones.

—¿Dónde los han encontrado? —exclamó Garvin, sorprendido.

—Esto no es asunto suyo. ¿Son de usted estos zapatos?

—Sí —dijo.

—Sepa que se les ha sometido a una aplicación de benzidina para poner en evidencia las manchas de sangre. Se las distingue claramente. Dicho esto, ¿puede decirnos cómo es que esa sangre está aquí? —preguntó el fiscal.

—A este respecto no tengo nada que decir por el momento.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger con tono resignado—. Ahora voy a enseñarle una fotografía en colores.

La entregó a Mason.

—Examínela cuidadosamente, Mason, y dígame lo que ve en ella.

—La huella de un zapato —repuso el abogado.

—De acuerdo, pero si estudia cuidadosamente todos los detalles, distinguirá lo que no se distinguía en los clisés en blanco y negro: la huella de un zapato de mujer, por debajo de la del zapato de hombre. Garvin, voy a preguntarle si, sabiendo lo ocurrido, no fue usted al apartamiento de George Casselman, después de la muerte de éste, con la finalidad de crear pistas falsas y desviar las sospechas. ¿No pisó usted deliberadamente una mancha de sangre y luego colocó su pie sobre la huella de un zapato de mujer con la clara intención de borrar y de disimular la mencionada huella?

—Un momento —intervino Mason—. Si lo entiendo bien, al actuar así, ¿mi cliente hubiese cometido un delito?

—Permítame felicitarle por sus conocimientos jurídicos —dijo Burger, sarcástico.

—En tales condiciones, aconsejo a mi cliente que se niegue a

contestar la pregunta.

Burger hizo una profunda inspiración.

—Garvin —dijo—, voy a enseñarle una huella digital obtenida en el pomo de la puerta de servicio, en el apartamiento de Casselman. Puedo precisar que con anterioridad alguien había limpiado dicho pomo, porque sólo se ha encontrado esta huella única. Se trata de una huella suya, Garvin. No cabe la menor posibilidad de error. Voy a preguntarle en qué circunstancia dejó usted esa huella.

—Un instante —intervino Mason—. Si sus suposiciones son exactas y si fue Garvin el que borró las huellas del pomo de la puerta para dejar sólo la suya, ¿sería culpable de un delito?

—Exactamente —repuso Burger.

—Entonces, aconsejo a mi cliente que no conteste.

—Mason, usted se entregó a complicadas maniobras para pasear por todas partes el arma del crimen. Le doy una última oportunidad. ¿Cómo llegó a su poder esa arma?

—Si le digo la verdad, ¿actuará contra mí? —interrogó el abogado.

Hamilton Burger reaccionó y lanzó a Mason una mirada llena de odio contenido:

—Trato de actuar correctamente, Mason. No puedo hacer promesas formales, pero sus declaraciones a este respecto tendrán sin duda una gran influencia sobre la actitud de mis servicios.

—Fui al despacho de Homer Garvin hijo —dijo Mason—. Le pregunté si poseía un revólver y él me enseñó uno. Lo cogí, apreté inadvertidamente el gatillo y la bala trazó un surco en la mesa de Garvin. Luego, en compañía del joven Garvin, fui a casa de Stephanie, a quien él entregó el revólver en cuestión. Ahora que le he dicho la verdad, ¿qué piensa hacer?

—Estoy seguro de que efectuó usted un cambio de armas en el despacho de Garvin hijo, a quien convirtió en ejecutor de sus mezquinas maniobras.

Mason se volvió hacia su cliente.

—¡Ahí tiene, Garvin! Eso le demuestra el valor de las promesas de este hombre. Si uno le hace una declaración que no se ajuste a sus teorías calenturientas, afirma que uno miente. Sólo le parece verdad lo que lleva el agua a su molino.

—¿Puedo hacer una pregunta? —intervino el teniente Tragg.

—Desde luego —repuso el fiscal del Distrito—. Todas las que quiera.

—Mason —preguntó el teniente—, ¿me da usted su palabra formal, de hombre a hombre, de que no realizó ninguna sustitución de armas en el despacho de Garvin hijo?

—Se lo aseguro —contestó Mason.

Entonces, Tragg se volvió hacia el fiscal:

—Burger, estoy convencido de que aún ignoramos muchas cosas de este asunto. Personalmente, no puedo imaginar por qué razón hubiese tenido Mason que realizar esa permuta de armas. Insisto, pues, en llevar esta investigación basándome en la teoría de que el arma que Garvin hijo sacó de su mesa era la que había utilizado el asesino.

—Imposible —replicó Burger.

—¡No sea estúpido! —exclamó el teniente, que prosiguió con viveza—: En este asunto hay ciertos detalles que no encajan. Mason no podía tener ningún motivo para…

—¡Basta! —cortó Burger—. Vigile sus palabras, teniente. Estamos aquí para obtener información, no para facilitarla. Y prefiero que tengamos en privado nuestras pequeñas discusiones, en ausencia del señor Mason, quien ingiere todo lo que decimos, con la idea de especular con los detalles que ignoramos.

Mason se levantó.

—Deduzco que la entrevista ha terminado —habló—. Mi cliente ha rehusado contestar a más preguntas. Yo les he facilitado respuestas verídicas sin violar el deber sagrado que tengo de reservarme las confidencias de mi cliente.

Hamilton señaló con el pulgar.

—¡La puerta está allí!

—¿Y Garvin?

—Su cliente pasará cierto tiempo en un hotel, por cuenta de los contribuyentes.

—Señores —dijo Mason—, les deseo muy buenas noches. Garvin, le ruego que se abstenga de hacer cualquier declaración.

Hamilton Burger descolgó el teléfono:

—¡Dejen pasar a los periodistas! —ordenó.

* * *

—¿Qué tal ha ido, jefe? —preguntó Della Street, inquieta.

—En este asunto hay cosas que no entiendo.

—¿Y la policía?

—Le ocurre lo mismo que a mí.

—¿Y Homer Garvin? ¿Y Stephanie Falkner?

—O mucho me equivoco, o el fiscal del Distrito pedirá mañana al tribunal que acuse de homicidio a Stephanie Falkner y de complicidad a Homer Garvin. Me parece que éste podrá quedar libre bajo fianza. El fiscal del distrito espera que Garvin no resistirá mucho tiempo con esta amenaza colgando sobre él, y que se irá de la lengua.

# Capítulo 16

Paul Drake se instaló en su posición favorita: la espalda apoyada en un brazo del sillón y las piernas colgando por encima del otro.

—¡Qué situación! —suspiró—. Homer Garvin padre, está acusado de complicidad en el asesinato de George Casselman. Su fianza ha sido fijada en cien mil dólares, que ha depositado inmediatamente. Estará libre de aquí a un par de horas. En cuanto a Stephanie está acusada de homicidio y la libertad bajo fianza le ha sido denegada. Por otra parte, el fiscal del Distrito está pidiendo a gritos un proceso para una fecha muy próxima, asegurando que el abogado de la defensa trata de ganar tiempo, y ha autorizado a los periodistas para que hablen del asunto tanto como deseen.

—¿Qué has descubierto con respecto a Dawn Joyce? —preguntó con calma Mason.

—Con esa clase de mujeres todo resulta siempre nebuloso —suspiró el detective—. El oficio de modelo está bastante mal conceptuado, pese a que muchas de ellas estén casadas y sean madres de familia.

»Dawn Joyce poseía un apartamiento en Las Vegas, se ganaba muy bien la vida, salía con muchos hombres y se exhibía en público tan desvestida como la ley autoriza. Así fue como alternó con Casselman sin que en ello pueda verse nada reprobable. Casselman, de eso no cabe duda, se dedicaba al chantaje. Muchas personas van a Las Vegas de vacaciones. Un hombre con buena memoria para las fisonomías puede ganar mucho dinero recordando detalles que los interesados preferirían que permaneciesen olvidados. Cabe en lo posible que utilizase los servicios de las modelos y *bathing-beauties* de Las Vegas para obtener informes, aunque esto no puede demostrarse. En todo caso, y volviendo al señor Garvin hijo, a ella no le interesaba en absoluto de sus relaciones anteriores con

Casselman, sobre todo ahora que había ascendido a las altas esferas de la sociedad, gracias a su reciente matrimonio.

—Ya veo —dijo Mason—. ¿Y qué has descubierto con respecto a la compañía «Acme»?

—Fui a 1397 de Chatham Street. Me enteré de que un hombre había alquilado un despacho y que se hacía dirigir la correspondencia a nombre de esa sociedad. Raramente dormía allí y sólo de vez en cuando se daba una vuelta por el despacho.

—¿Características del individuo?

—Tan corrientes que pueden aplicarse a cualquiera. Pero sobre este asunto estoy en situación de facilitarte un informe concreto, Perry. Hamilton Burger no tiene intención de causar molestias a Dawn Joyce porque está persuadido de que tú realizaste una sustitución de armas y además tiene un montón de pruebas contra Stephanie Falkner.

—¡Muy bien, como le parezca! En todo caso, nunca podrá demostrar que cambié un arma por otra.

—Lo sabe y eso es lo que le molesta… ¿Vas a defender a Stephanie? Perry, entre nosotros, ¿qué dice ella? ¿Qué sucedió exactamente?

—Ahí es donde me duele. Stephanie no quiere decir nada, pero afirma que no mató a Casselman. Pretende que si yo decidiese someterla a un interrogatorio, se vería obligada a revelar algo que nadie sabe y que quisiera guardar para ella sola.

—¿Un detalle de su pasado?

—Probablemente. Pero seguramente se ablandará y uno de estos días me lo explicará todo.

—En todo caso, vas a divertirte. No puedo hacer otra cosa sino desearte buena suerte.

—Tal vez sea lo que más falta me haga —reconoció Mason, sonriendo—. ¿Has descubierto la imprenta donde se imprimió el papel comercial a nombre de «Acme»?

—Aun no, pero tan pronto como lo sepa, te lo comunicaré.

# Capítulo 17

Hamilton Burger se levantó.

—Voy a ser muy breve en este asunto, y a limitarme a los hechos. La acusación tiene el propósito de evitar todo elemento dramático y de presentar el caso con una precisión matemática tal que sólo pueda existir una solución.

»El siete de octubre de este año, George Casselman murió. Los informes médicos les demostrarán, señores del jurado, que fue apoyado un revólver en el cuerpo de Casselman un poco por debajo del corazón y ligeramente a la izquierda del eje de simetría. El asesino apretó el gatillo. Al haber disparado a quemarropa el ruido de la detonación quedó muy amortiguado.

»La acusación se propone demostrar que la acusada, Stephanie Falkner, estaba citada con George Casselman. Entró en el edificio por la puerta principal. Un poco más tarde salió a hurtadillas por la puerta de servicio.

»Queremos demostrar que la acusada pisó la sangre de su víctima, que se dirigió al cuarto de baño y que trató de lavar de su zapato los rastros de sangre. Dejó en el suelo una huella sangrienta, y en el cuarto de baño había toallas con rastros de sangre humana y partículas de cuero procedente de la suela del zapato.

»Su amigo, Homer Garvin, trató de ocultar el crimen y consiguió destruir un buen número de pruebas. Por esta causa será oportunamente procesado, pero quedaron pruebas suficientes para poder inculpar a la acusada.

»Tenemos la intención de demostrar, con rigor matemático, que el arma utilizada para el crimen estaba en poder de la acusada. Su abogado, Perry Mason, maniobró hábilmente para desviar las investigaciones sobre este punto, pero no olviden que el arma fatal fue hallada en posesión de la acusada. Lo que tendrá que

justificar… ¡si es que puede!

»El señor Perry Mason, el abogado que se encarga conjuntamente de la defensa de la acusada y de la de Homer Garvin, no ha sido acusado de complicidad. Lo que no quiere decir que esté protegido por una inmunidad total. Les rogaremos, señores del jurado, que calibren bien las pruebas y que emitan un veredicto de culpabilidad contra la acusada. Una vez pronunciado este veredicto, pueden dejarnos en libertad para adoptar medidas adicionales de castigo con respecto a las personas culpables de complicidad o de entorpecer la buena marcha de la justicia. Esto no les concierne. A ustedes sólo corresponde decidir si la acusada es culpable del asesinato de George Casselman.

»Esperamos que su veredicto sea justo y sincero.

Habiendo terminado, Hamilton Burger volvióse con dignidad y regresó a su sitio.

El juez Hilton Decker miró en dirección a Perry Mason.

—¿Desea la defensa hacer una declaración preliminar? ¿O prefiere esperar?

—Preferimos esperar, señoría —repuso Mason.

—Señor procurador, puede llamar a su primer testigo —ordenó el juez.

Guy Hendrie, primer asesor de Hamilton Burger, hizo subir al estrado de los testigos a uno de los policías que habían penetrado primero en el apartamiento de George Casselman, y que describió en pocas palabras el estado en que había encontrado el cuerpo.

No hubo contrainterrogatorio por parte de la defensa.

El segundo testigo fue el sargento Holcomb, quien explicó cómo había supervisado la toma de fotografías del cadáver, luego su alzamiento, y cómo habían realizado su trabajo los expertos en huellas dactilares.

De nuevo la defensa se abstuvo de contrainterrogar.

El fotógrafo que había tomado los negativos acudió a su vez y prestó declaración. Los diversos clisés, incluidos los de color, fueron unidos al expediente.

Por tercera vez, Mason declinó intervenir. El juez Decker lanzó una mirada rápida en su dirección, estuvo a punto de decir algo, pero cambió de opinión.

Seguidamente le llegó el turno al médico forense. Durante su

declaración precisó que, habiendo realizado la autopsia del cadáver hacia las doce del día siguiente al del crimen, calculaba que la muerte debía de haberse producido la víspera, entre las diecinueve y las veinticuatro horas.

Mason conservó su mutismo.

Entonces Guy Hendrie volvió a llamar al sargento Holcomb.

—Le estoy enseñando —dijo— un determinado revólver Colt, calibre 38. ¿Lo había visto ya?

—Sí, señor.

—¿Cuándo y dónde lo vio usted por primera vez?

—El ocho de octubre, hacia las once y cuarenta y cinco de la mañana. En el apartamiento de Stephanie Falkner, la acusada aquí presente.

—¿En qué lugar se encontraba este revólver?

—En una mesa situada en el centro de la habitación.

—¿Tomó usted, o hizo tomar alguna foto de ese apartamiento?

—Sí, señor.

—¿Muestra dicha fotografía el lugar donde fue encontrado el revólver en cuestión?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted alguna copia de esa foto?

—Sí, señor.

Y el sargento sacó una fotografía de su bolsillo.

—Solicitamos que esta fotografía sea adjuntada al expediente, en calidad de prueba —dijo Hendrie.

—Un momento —intervino Mason—. Desearía hacer una pregunta con respecto a este tema.

El jurado, impresionado por esta primera intervención del abogado, se volvió hacia él con gran interés.

—¿Muestra esta foto un arma colocada sobre una mesa, sargento? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Es el arma que ha identificado usted?

—Sí, señor.

—¿Se encuentra en la posición exacta en que la vio usted por primera vez?

—Sí, señor.

—Así, pues, ¿esta foto fue tomada antes de mover el arma?

El sargento Holcomb vaciló un momento, cruzó las piernas y repuso:

—Bueno, el arma fue cogida, examinada y luego vuelta a colocar exactamente en el mismo lugar, para efectuar la fotografía.

—¿Quién la examinó?

—Yo.

—¿Solo?

—El teniente Tragg estaba conmigo.

—¿En qué consistió su examen?

—Abrimos el cargador, comprobamos que faltaba una bala, y olfateamos el cañón.

—¿Espolvorearon el arma en busca de huellas digitales?

—Sí. Luego dejamos el revólver en la posición exacta como lo habíamos encontrado para que fuesen tomadas las fotografías.

—Por lo que usted sabe, ¿se ha intentado descubrir si la bala fatal procedía de este revólver?

—Un momento —exclamó Hamilton Burger—. Esto será probado por mi próximo testigo, el experto en balística.

—No tengo ningún inconveniente —repuso Mason—. Sólo deseo saber si, por lo que el testigo sabe, tal examen ha tenido lugar.

Mason colocó la foto de manera que el sargento no pudiese verla.

—¿Quién dejó el arma en la mesa? —preguntó Mason.

—Yo.

—¿Había marcado su posición?

—No.

—Al entrar en la habitación, ¿el cañón apuntaba hacia la puerta o en otra dirección?

—Ahora ya no lo recuerdo. Cuando ocurrió sí lo sabía. La foto lo indicará de manera indiscutible.

—Gracias, eso es todo —dijo el abogado.

—Deseo que esta foto se incluya en el expediente —declaró Hendrie.

—No hay objeción —respondió Mason.

Hendrie se volvió hacia el sargento Holcomb.

—¿Les dio detalles la acusada respecto a este revólver?

—Cuando la interrogué, me respondió que el señor Homer Garvin se lo había entregado. Cuando le pregunté por qué faltaba

una bala, me contestó que lo ignoraba y que el revólver se encontraba exactamente en el mismo estado en que lo había recibido.

—Solicitamos que este revólver incluido en el expediente reciba un número.

—El Tribunal así lo decreta —dijo el juez—. El arma llevará el número 30 y la fotografía el número 29.

—¡Contrainterrogatorio! —exclamó Hendrie.

—¿Les dijo la acusada si había recibido el arma de Homer Garvin padre o de Homer Garvin hijo? —preguntó Mason—. ¿Y les especificó en qué momento?

—Limitóse a declarar que el arma se la había dado Homer Garvin, sin indicar en qué momento.

—Con la venia del Tribunal —intervino Hamilton Burger—, tenemos intención de precisar el factor tiempo. Sin embargo, tengo una pregunta que hacer al sargento Holcomb. ¿A qué hora llegó usted a casa de la acusada?

—Hacia las once y cuarenta y cinco de la mañana.

—No hay más preguntas —dijo Mason.

—Que se convoque a Redfield —ordenó Hendrie.

Alexander Redfield, el experto en balística que tantas veces se había medido con Mason y conocía su inteligencia diabólica, fue a prestar juramento y se instaló en el sillón de los testigos, bien decidido, según toda evidencia, a facilitar sólo respuestas que no pudiesen dar pie a ningún equivoco.

—Le muestro la pieza de convicción número 30 —dijo Hendrie —. ¿Había visto ya esta arma?

—Sí.

—He aquí ahora una bala, incluida en el expediente con el número 14, y que causó la muerte de George Casselman. ¿La había examinado ya?

Redfield sacó una lupa de un bolsillo, cogió la bala, la miró atentamente y la devolvió a Hendrie.

—Sí, señor —dijo—. Examiné esta bala. Lleva mi marca secreta.

—¿Puede decirnos si esta bala fue disparada por el Colt número 30?

—Sí, señor.

—El testigo está a su disposición —dijo Hendrie a Mason.

—Ninguna pregunta —dijo el abogado.

—Llamen a Paul Clinton —ordenó Hendrie.

Paul Clinton, investigador científico de la policía, fue a instalarse en el estrado de los testigos.

—¿Tuvo usted ocasión de asistir al examen efectuado en el apartamiento de la acusada, aquí presente? —le preguntó Hendrie.

—Sí, el 9 de octubre.

—¿Descubrió prendas de vestir manchadas de sangre?

—Sí, un zapato izquierdo cuya suela y tacón tenían manchas sospechosas. El análisis reveló que se trataba de sangre.

—¿Tiene usted ese zapato?

—Helo aquí.

—¿Qué hay de particular en él?

—La suela está hecha con un conglomerado especial.

—¿Encontró usted toallas manchadas de sangre en el apartamiento de Casselman?

—Sí. Una. Aquí la tengo. No sólo está manchada como si alguien la hubiere utilizado para limpiar un objeto cubierto de sangre, sino que el análisis espectroscópico de otros restos de materias pegados a ella demuestra que se trata del mismo conglomerado que el del zapato que acabo de mostrar.

—Solicito que el zapato sea incluido en el expediente como prueba número 31, y la toalla con el número 32.

—No hay objeción —dijo Mason.

—Que así se haga —ordenó el juez.

—Ahora —prosiguió Hendrie—, voy a llamar la atención del testigo sobre esta fotografía en color. ¿La había estudiado ya? Y en tal caso, ¿qué dedujo de sus observaciones?

—Había visto ya esta fotografía —repuso Clinton y observé en ella dos huellas sobrepuestas: una dejada por un zapato femenino y que quedaba disimulada por la segunda, procedente de un zapato de hombre. Las dos marcas habían sido hechas con bastante diferencia de tiempo. Según creo, el intervalo era de dos o tres horas.

—Refiriéndose a la toalla manchada de sangre, ¿pudo usted definir si el zapato de mujer incluido en el expediente con el número 31 corresponde a la huella medio borrada por la de un zapato de hombre?

—Con la venia del Tribunal —intervino Mason—, me opongo a esta pregunta porque exige que el testigo llegue a una conclusión. Es el jurado quien debe determinar si el zapato de mujer corresponde a la huella. En cuanto al testigo, sólo puede precisar lo que él ha descubierto.

—Enséñenme la fotografía en colores y el zapato de mujer —ordenó el juez.

Estudió la reproducción y el zapato.

—Aceptada la objeción —decretó—. Estudiando la fotografía y el zapato, los miembros del jurado pueden sacar perfectamente sus propias conclusiones. Limítese el testigo a exponer los hechos.

—Con la venia del Tribunal —protestó Hamilton Burger, de mal humor—, el testigo es un experto.

—Que dé su opinión sobre detalles concretos —replicó el juez, pero que deje a los miembros del jurado el trabajo de llegar a una conclusión. Además, si el testigo pretende que en esta fotografía aparecen visibles dos huellas, este Tribunal quiere hacer observar que la defensa puede impugnar la exactitud de esta afirmación.

Hamilton Burger se sentó, muy descontento y Hendrie prosiguió el interrogatorio de Paul Clinton.

—Ha declarado usted que la huella masculina había sido hecha dos o tres horas después que la femenina. ¿Cómo pudo determinarlo?

—Cuando la sangre sale del cuerpo, se coagula en menos de tres minutos. Sin embargo, puede liquidarse de nuevo si se ejerce cierta presión sobre ella, o se la agita. Mi opinión es que el individuo que llevaba esos zapatos pisó la mancha de sangre después que ésta se hubo coagulado, en tanto que la mujer había pisado la sangre fresca.

—¿Ha tenido ocasión de examinar un zapato de hombre susceptible de haber producido la huella visible en la fotografía?

—Sí.

—¿Lo tiene en su poder?

—Sí.

El testigo buscó en su cartera y sacó un zapato de hombre.

—¿Qué particularidades tiene este zapato? —preguntó Hendrie.

—Tiene un tacón de goma relativamente nuevo, el cual muestra un pequeño defecto, que aparece claramente en el clisé.

—¿Fue sometido dicho zapato a una prueba química en busca de trazas de sangre?

—Sí, lo que en efecto, nos permitió descubrir la presencia de sangre.

—¿Puedo preguntarle dónde fue hallado este zapato?

—En una maleta perteneciente a Homer Garvin padre.

—Señor Clinton, ¿examinó usted el apartamiento de Casselman en busca de huellas dactilares?

—Sí.

—¿Y qué descubrió?

—Los pomos de las puertas habían sido cuidadosamente frotados, con una sola excepción: la puerta de servicio, en cuyo pomo encontramos la huella de un pulgar izquierdo.

—¿Y sabe a quién correspondía esta huella?

—Sí, señor. Al señor Homer Garvin.

—Puede usted interrogar —dijo el juez Hendrie a Mason.

—¿Cómo sabe usted que alguien había eliminado las huellas dactilares? —preguntó el abogado al testigo.

—Porque, normalmente, se las encuentra en todas partes, algunas medio borradas y otras bien claras. Ahora bien, en el apartamiento de Casselman no encontramos huellas en ninguna parte, excepto, como acabo de manifestar, en el pomo de la puerta de servicio.

—Y está usted completamente seguro de que se trata de la huella del pulgar izquierdo del señor Garvin. ¿Del padre o del hijo?

—Del padre.

—¿Fue dejada esta huella antes de cometerse el crimen?

—Lo ignoro. Sólo estoy seguro de una cosa: fue dejada después de que todas las superficies lisas del apartamiento habían sido cuidadosamente frotadas por el propio señor Garvin.

—¿Cómo puede asegurarlo?

—Si el señor Garvin hubiese entrado en el apartamiento después de haber sido eliminadas las huellas, hubiésemos encontrado las de él en las puertas y los pomos que hubiese tocado. Además, la manera como aparece la huella demuestra que fue dejada con deliberación.

—¿No es posible que el señor Garvin, procedente del exterior, al encontrar entreabierta la puerta del apartamiento, la hubiese

cerrado, dejando la marca de su pulgar?

—No, porque en tal caso hubiesen aparecido también las huellas de los demás dedos.

—Y suponiendo que el señor Garvin hubiese dejado la huella de su pulgar en el pomo exterior, ¿es posible que alguien, provisto de guantes, hubiese cambiado los pomos poniendo el de dentro afuera, y viceversa?

—Cuando se llega a esta clase de hipótesis, todo es posible —replicó secamente el testigo.

—No tengo más que preguntar —dijo Mason.

—Ahora, con la venia del Tribunal —declaró Hamilton Burger, poniéndose en pie—, voy a llamar a un testigo de la defensa, en la persona de Homer Garvin padre, con el fin de hacerle preguntas importantísimas.

—Si lo he entendido bien —dijo el juez—, desea usted autorización para hacer preguntas importantes a una persona que supone debe de ser hostil. Considero que la mejor manera de proceder en un caso así, es hacer entrar al testigo e iniciar su interrogatorio sin especificar nada. Luego, el Tribunal decidirá si las preguntas que se hacen pueden ser aceptadas o no.

—Muy bien, señoría. Adelante, señor Garvin.

Garvin obedeció, prestó juramento y se instaló en el sillón de los testigos.

—Llamo su atención sobre el zapato incluido en el expediente con el número 33 —dijo Burger—. ¿Le pertenece?

—Sí.

—¿Lo llevaba durante la noche del siete de octubre?

—Sí.

—¿Pisó usted deliberadamente una mancha de sangre en el apartamiento de George Casselman, situado en el número 948 de Christine Drive, para apoyar seguidamente el pie sobre una huella de sangre ya seca, siempre en el citado apartamiento?

—¡Protesto! —exclamó Mason.

—Protesta rechazada —dijo el juez.

—Me niego a responderá dijo Garvin.

—¿Por qué?

—Porque esta pregunta tiende a incriminarme.

—¿Entró usted en el 211 de los apartamientos «Ambrose» en la

noche del siete de octubre? —prosiguió Burger.

—Sí —contestó Garvin.

—¿A qué hora?

—Entre las veintitrés y las veintitrés treinta.

—¿Eliminó entonces las huellas de ciertos objetos situados en ese apartamiento con ayuda de un trapo?

—Me niego a responder, porque esta pregunta tiende a incriminarme.

Dándose cuenta que aquellas negativas del testigo equivalían, a los ojos del jurado, a otras tantas respuestas afirmativas, Hamilton Burger sonrió.

—El siete de octubre —continuó—, ¿entregó usted, o prestó, un arma a la acusada aquí presente, diciéndole que se la daba para su protección eventual?

—Sí.

—¿Se trataba del revólver que le enseño y que lleva el número 30?

—Creo que, en efecto, es este revólver —respondió Garvin.

—Ahora voy a pedirle que nos explique detalladamente sus movimientos durante la noche del siete de octubre.

—De regreso de Las Vegas, me dirigí a mi despacho donde tengo instalada una ducha, así como un armario con varios trajes. Me tomé una ducha y me cambié de traje.

—¿Qué hizo después?

—¡Con la venia del Tribunal! —intervino Mason—. Protesto, porque la pregunta no es oportuna. Los movimientos del testigo no tienen nada que ver con el asunto, con excepción de las dos respuestas que acaba de dar, a saber: que penetró en el apartamiento de Casselman y que confió un revólver a la acusada.

—Esos movimientos pueden tener mucha importancia —protestó Burger.

El juez Decker frunció el ceño.

—Nos encontramos en una situación muy peculiar —dijo—. El Tribunal se da perfecta cuenta de lo que la acusación trata de probar con el interrogatorio de este testigo, y por lo que respecta a sus respuestas, el factor tiempo no es menospreciable.

—Sin embargo, con la venia del Tribunal —insistió Mason—, es muy posible que este testigo haya hecho ciertos actos que nada

tienen que ver con el asunto que nos ocupa.

—El Tribunal acepta la protesta —dijo el juez—, pese a que aparentemente nos encontremos en un callejón sin salida. Con toda evidencia, el testigo ha demostrado claramente hasta qué punto se propone utilizar el privilegio de sus derechos constitucionales, sin comprometerse.

»Dadas las circunstancias y teniendo en cuenta la situación, pienso que este Tribunal decidirá limitar el interrogatorio, sobre todo a causa de que la declaración de este testigo se utiliza para reforzar el expediente de la acusación. Es muy posible que ciertas cosas que el testigo haya hecho no puedan ser consideradas como importantes en relación con la acusada, a menos que esos actos no demuestren un acuerdo mutuo entre dicha acusada y el testigo.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger—, llamaremos a otros testigos para dar estado a lo que nos proponemos demostrar.

El fiscal del Distrito se volvió hacia Homer Garvin.

—¿Dónde consiguió usted el revólver marcado como prueba número 30?

—He sido propietario de una armería, lo que aproveché para adjudicarme tres armas.

—¿Qué hizo usted de ellas?

—Guardé dos para mí y di la tercera a mi hijo.

—¿Dónde puso las dos que había conservado?

—Siempre llevaba una encima, y guardaba la otra en mi despacho. Cuando me ausentaba, la encerraba en mi caja de caudales.

—Para mayor claridad, llamaremos revólver A al que entregó usted a su hijo, revólver B al que guardaba en la caja de caudales, y revólver C al que llevaba encima.

»Ahora, desearía saber si es exacto que, después de haber dado el revólver C a la acusada, regresó usted a su despacho, donde cogió de la caja de caudales el revólver B.

—¿Ninguna objeción? —preguntó el juez.

—Ninguna —respondió Mason.

—Ejem… Creía… Pero puesto que la defensa no protesta, autorizo la pregunta.

—Hable —dijo Burger.

—Fue exactamente lo que hice —contestó Garvin.

—¿La misma noche?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Hacia las veintidós cincuenta y cinco.

—¿Y luego volvió usted al apartamiento de la acusada?

—Sí, señor.

—Cuando se encontró en dicho apartamiento, ¿volvió a ver el revólver C?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—En la cama de la acusada, debajo de una almohada.

—¿Cogió entonces el revólver C para examinarlo, y comprobó que había sido utilizado después del momento en que lo había entregado a la acusada?

—¡Pregunta improcedente! —exclamó Mason—. Se pide al testigo que llegue a una conclusión.

—Se ruega al fiscal que formule su pregunta de manera distinta —dijo el juez Decker.

—Preguntaré, pues, al testigo —continuó Burger—, si observó algún detalle en el revólver C que le indujera a examinar cuidadosamente el cargador.

Garvin vaciló y cruzó las piernas.

—¡Está declarando bajo juramento! —gritó el fiscal—. Le he hecho una pregunta que en nada puede perjudicarle y exijo una respuesta.

—Sí —dijo Garvin—, examiné el cargador y observé que faltaba una bala.

—¿Sucedía esto cuando usted había entregado el revólver a la acusada a primera hora de la noche?

—No; entonces estaba completamente cargado. Lo había preparado en Las Vegas, temiendo que podía tener necesidad de usarlo.

—¿Y fue usted al apartamiento de George Casselman porque temía que la acusada hubiese utilizado el revólver C para matar a la víctima?

—Con la venia del Tribunal, protesto de esta pregunta —dijo Mason—. Y aún más, considero que, al hacerla, la acusación se hace culpable de una maniobra vituperable. La acusada aquí presente no

tiene nada que ver con lo que haya podido pasar por el cerebro de este testigo.

—Se acepta la objeción —dijo el juez—. En efecto, los pensamientos del testigo no tienen nada que ver en este asunto, que se está llevando de manera totalmente desacostumbrada. El Tribunal recuerda que no estamos aquí para procesar al testigo, sino a la acusada aquí presente, cuya culpabilidad o inocencia sólo puede ser establecida por ciertas pruebas pertinentes. Los miembros del jurado no deben, pues, tener en cuenta ni esta pregunta ni sus repercusiones en sus respectivos espíritus. Prosiga, señor fiscal del Distrito.

—Eso es todo —declaró Burger con sonrisa triunfal.

—Un momento —intervino Mason—. Deseo hacer una pregunta al testigo. ¿Por qué dio usted el revólver C a la acusada aquí presente?

—La acusada había estado prometida a mi hijo, pero de común acuerdo habían decidido romper su compromiso… y entonces yo me di cuenta que estaba enamorado de ella.

Stephanie Falkner, que hasta entonces había conservado una calma olímpica, se sacó del bolsillo un pañuelo y se lo llevó a los ojos.

—Voy a hacerle otra pregunta —dijo Mason—: Antes del día siete de octubre, ¿había usted descubierto pruebas que le hiciesen pensar que George Casselman era el asesino de Glenn Falkner, padre de la acusada?

Fue como si un rayo hubiese caído en la sala.

—¡Señoría, señoría! —vociferó Hamilton Burger, que se levantó gesticulando—. Esta pregunta está completamente fuera de lugar y constituye una maniobra condenable de la defensa. La acusación no siente ningún interés por lo que este testigo pueda pensar.

—Se acepta la protesta —dijo el juez.

—En la noche del siete de octubre —continuó Mason, sonriendo—, ¿contó usted a la acusada que pensaba que George Casselman era el asesino de su padre?

—¡La misma objeción! —exclamó Burger.

—Se acepta —dijo el juez Decker.

—Un momento —intervino Mason—. La acusación ha utilizado una parte de la conversación que tuvo lugar cuando el testigo aquí

presente entregó el revólver C a la acusada. Por lo tanto, tengo derecho a solicitar que se repita toda esa conversación.

—El testigo puede responder a la pregunta —ordenó el juez—, en el bien entendido que se limitará estrechamente a la conversación aludida.

—Sí, señor —dijo Garvin—. Dije a la acusada que pensaba que Casselman era el asesino de su padre y que temía que la matase a ella también. Por eso le entregué el revólver, precisándole que tenía la impresión de que podría presentar pruebas contra Casselman.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

—¡No tengo más preguntas que hacer! —manifestó Burger.

—En tales condiciones, con la venia de la Sala —dijo Mason—, solicito que se suprima del acta del proceso todo el interrogatorio del testigo Garvin.

—¿Por qué motivo? —preguntó el juez Decker.

—No hay nada que demuestre que la acusada estuviese al tanto de las actividades de Garvin o de sus intenciones. Por lo tanto, no puede hacérsele responsable. Supongamos que el testigo hubiese decidido que yo era el asesino de George Casselman. Con el fin de protegerme, se dirige al apartamiento de Casselman y lo encuentra muerto sin que nada pueda demostrar que yo soy el criminal. Yo no he tenido ningún contacto con el testigo, ni le he pedido nada. Él trata de protegerme disimulando cierta prueba. Ciertamente, no soy responsable de tal acto.

—Un momento, señoría —gritó Burger, poniéndose en pie—. Quiero hacer observar ciertos detalles concretos: en el apartamiento de Casselman, los pomos de las puertas habían sido limpiados. Se ha encontrado la huella de un zapato femenino, del que se ha probado que pertenece a la acusada, y la huella de un zapato del testigo. Tenemos perfecto derecho a utilizar todas estas pruebas irrebatibles.

—Ciertamente —dijo el juez—. Tiene usted este derecho, pero en cambio no lo tiene para afirmar que los pomos de las puertas han sido frotados por un amigo de la acusada, si no puede usted probar al mismo tiempo que dicha acusada estaba al corriente de esta acción, o la había sugerido.

—Exactamente, señoría —aprobó Mason, volviendo a sentarse.

—Todo esto es muy insólito —constató el juez con una ligera

mueca—, y el Tribunal confiesa no haber comprendido lo que pensaba la defensa cuando ha planteado esta objeción respecto a toda la declaración del testigo. El Tribunal estima que la defensa hubiese debido exponer su opinión en ese momento.

—Si hubiese actuado así —replicó Mason— y si el Tribunal hubiese mantenido la objeción, el fiscal hubiese triunfado diciéndose que los jurados supondrían que este testimonio había sido suprimido del expediente sólo gracias a una artimaña de procedimiento. La defensa no se opone de ningún modo a que figuren en el proceso los detalles facilitados por el testigo con respecto al revólver y a su zapato. Pero solicitamos que sean suprimidas todas las preguntas y respuestas alusivas a la visita del testigo al apartamento de George Casselman.

—El Tribunal se inclina a compartir su opinión, señor abogado —dijo el juez—. Sin embargo, como se aproxima la hora del aplazamiento, el Tribunal reflexionará hasta mañana a las diez, hora en que se reanudará la vista. Se suspende la sesión.

# Capítulo 18

Al día siguiente por la mañana, Hamilton Burger produjo sensación al llamar al estrado de los testigos a Homer Garvin hijo.

Éste prestó juramento y se sentó.

—Voy a rogarle —dijo Burger— que escuche con mucha atención mis preguntas y que responda a ellas con la mayor brevedad posible. Se ha demostrado que su padre había comprado tres revólveres, a los que hemos nombrado de la manera siguiente, para mayor comodidad en el debate: revólver A, el que le dio a usted; revólver B, el que guardaba en su caja fuerte, y revólver C, el que llevaba encima. ¿Lo ha entendido bien?

—Sí.

—Parece demostrado sin posible contradicción que durante la noche del siete de octubre su padre entregó a la acusada, Stephanie Falkner, el revólver C, y que luego fue a su despacho a buscar el revólver B. Parece también que uno de estos revólveres es el arma del crimen. ¿Lo comprende?

—Sí, señor.

—Muy bien. Ahora le pregunto si, durante el día ocho de octubre no entregó usted el revólver A al señor Perry Mason.

—Sí.

—¿Lo tuvo en sus manos el señor Mason?

—Sí.

—¿Y qué hizo con él?

—¡Protesto! —gritó Mason.

—Mi pregunta guarda relación con este asunto —arguyó Burger.

—Esto no es suficiente —replicó Mason—. Desearía hacer que el testigo precisara una cosa.

—Tiene la autorización de la Sala —dijo el juez.

—¿Ese revólver que llamamos A es el que le enseño ahora y que

está incluido en el expediente con el número 30?

El testigo examinó el revólver.

—Desde luego que no. Las dos armas se parecen, pero el que yo le di no era éste.

—En tal caso, con la venia del Tribunal —intervino Mason—, lo que el testigo puede haber hecho con el revólver que sea, no tiene nada que ver con este asunto.

—Completamente de acuerdo —decretó el juez—. Protesta aceptada.

—Haré la pregunta de otra manera —dijo Burger, con ira—. ¿Ve usted ese revólver número 30?

—Sí.

—¿Lo había visto ya?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Me lo dio Perry Mason.

—¿En qué fecha?

—El ocho de octubre.

—¿Qué hizo usted con el arma?

—Se la llevé a Stephanie Falkner. O mejor dicho, apremiado por el señor Mason, que me contó una historia fantástica a propósito de los peligros que corría esa persona, fui a llevarle el revólver para que pudiese defenderse en caso de necesidad.

—¿Dice que fue el señor Mason quien le entregó este revólver? ¿En qué sitio?

—En mi despacho.

—Pero antes, ¿había entregado usted un arma al señor Mason?

—Sí, la que han bautizado como revólver A, idéntico en apariencia al que tengo ahora y que lleva el número 30.

—¿Y qué hizo el señor Mason con el revólver A?

—Disparó una bala que produjo un surco profundo en mi mesa.

—¿Qué sucedió luego?

—El señor Mason aprovechó la confusión creada con su acto, para sustituir el revólver A, que yo le había entregado, por el revólver número 30. O sea que, sin saberlo, entregué a Stephanie Falkner el arma del crimen, persuadido que se trataba del revólver A.

—¡La defensa puede preguntar! —dijo Decker.

—El testigo ha declarado que yo había realizado una sustitución de armas —dijo Mason—. ¿Me vio cómo la hacía?

—No —repuso Garvin.

—Entonces, ¿cómo sabe que hice tal cosa?

—¡Basta saber sumar dos y dos!

—En otras palabras, sacó usted una conclusión de ciertos hechos.

—¡De unos hechos completamente evidentes!

—Señoría —dijo Mason—, solicito que se suprima del acta del juicio las frases relativas a la sustitución del arma, pues no es más que una conjetura del testigo.

—Concedido —dijo el juez—. Recuerdo a la acusación que no nos interesan los testimonios basados en deducciones. Necesitamos hechos, nada más que hechos.

Furioso por aquella repulsa, Burger se volvió hacia Garvin.

—¿Entregó el ocho de octubre un revólver al señor Mason?

—Sí; el que ustedes llaman revólver A.

—¿De dónde lo cogió usted?

—Del cajón de mi despacho.

—¿Qué hizo el señor Mason?

—Disparó una bala y luego me alargó *un* revólver, pidiéndome que fuese a llevarlo a Stephanie Falkner.

—¿Se trataba del mismo revólver que usted había entregado al señor Mason?

—No.

—Un momento —intervino el juez—. Fue usted quien dedujo que no podría tratarse de la misma arma, ¿verdad?

—Sí, señor.

—La respuesta no figurará en el acta del proceso y ruego de nuevo a la acusación que se abstenga de hacer a sus testigos preguntas que tiendan a provocar conclusiones. De nuevo repito que quiero hechos.

—Muy bien —dijo Garvin hijo—. Yo tenía *un* revólver que entregué al señor Mason, el cual disparó una bala y a continuación me dio *un* revólver que, por sugestión suya, fui a llevar a Stephanie Falkner.

—Cuando dejó usted el apartamiento de Stephanie Falkner —preguntó Burger—, ¿qué hizo?

—Al atravesar el vestíbulo del edificio, en compañía del señor Mason, vimos que entraban dos policías. Yo no les conocía, pero después me enteré de que eran el teniente Tragg y el sargento Holcomb.

—¿Puede usted afirmar que el revólver que entregó al señor Mason había estado en su poder durante todo el día siete de octubre?

—Sí, señor.

—Contrainterrogatorio —dijo el fiscal del Distrito.

Mason se levantó y enfrentóse con el testigo.

—¿Acaba usted de declarar que el revólver que me entregó había estado continuamente en su poder durante el día precedente?

—Sí.

—¿Salió usted a almorzar?

—Sí.

—¿Se llevó el revólver consigo?

—No.

—¿Dónde quedó?

—En el cajón de la mesa de mi despacho.

—¿Estaba cerrado éste con llave?

—No.

—Vaya, vaya… ¿Qué hizo por la noche del siete de octubre?

—Fui a ver a un cliente.

—¿Se llevó el revólver?

—No, lo dejé en mi despacho. Pero una vez terminada mi cita de negocios, fui a retirar dinero de mi caja de caudales, y aproveché la oportunidad para llevarme el revólver a casa.

—¿Qué hora era cuando regresó a su casa?

—Entre las veintiuna y las veintiuna treinta.

—¿Hace poco que está casado?

—Sí.

—Una vez en su casa, ¿conservó el revólver en un bolsillo?

—No, lo dejé sobre un mueble.

—¿Quedó aquel día cerrada con llave la puerta de su despacho?

—Como todos los días.

—¿Quién posee una llave de ese despacho, aparte de usted?

—Mi padre, mi secretaria y el vigilante.

—Y su esposa.

El testigo vaciló y repuso:
—También mi esposa.
—¿Qué hizo usted al día siguiente?
—Me lavé, me afeité y me vestí. Tomé el desayuno y me limpié los dientes —exclamó Garvin, en el límite de la paciencia.
—¿Y luego?
—Me fui al despacho.
—¿Llevándose el revólver?
—Pues… no. Lo olvidé en casa, encima del mueble, y cuando me telefoneó mi mujer le pedí que me lo trajesen.
—Así, pues —dijo Mason—, ¿supone usted que el revólver que me entregó es el que se llevó a su casa la noche del siete de octubre?
—No tengo más que un revólver. Mi mujer lo cogió de encima del mueble.
—¿Cómo lo sabe?
—Ejem… Desde luego, no estaba presente.
—Exactamente. Por lo tanto, por lo que usted sabe, muy bien hubiese podido entregarme el arma del crimen, que su esposa hubiese podido llevarle.
El testigo se puso en pie de un salto.
—¡Miente! —exclamó—. ¡No admito tales insinuaciones!
—Siéntese —ordenó el juez—, y domínese.
—Con la venia del Tribunal —intervino Hamilton Burger—. Esta última frase de la defensa contenía una insinuación maligna y…
—Pese a que desagrada al testigo —decretó el juez—, lo que dice la defensa es exacto. No se admite la objeción.
—Con la venia del Tribunal —dijo Mason—, solicito que todas las frases relativas al revólver que me entregó el testigo aquí presente no figuren en el expediente del caso, porque ahora resulta evidente que todo este testimonio se basa sólo en suposiciones.
—¡Puedo demostrar lo que ha declarado el testigo! —vociferó Burger.
—¿Cómo? —preguntó el juez.
—Llamando a declarar a la esposa de este testigo.
El juez meneó la cabeza.
—Ruego a los miembros del jurado que no consideren las declaraciones de dicho testigo más que lo que se relaciona con sus

actos. Pero por lo que respecta a la identificación del revólver que fue entregado al abogado defensor, ahora se demuestra que todas las declaraciones del testigo se basaban sólo en suposiciones. Por lo tanto, serán eliminadas del acta del proceso.

Luego, el juez se encaró con el fiscal del Distrito, muy alicaído.

—Señor fiscal, si esta Sala puede permitirse una sugerencia, parece que una bala fue disparada con el arma que el abogado de la defensa empuñaba. Esta bala no se habrá ciertamente volatilizado. Ha llamado usted a declarar a un experto en balística, y los servicios de la policía han disparado balas con el revólver marcado con el número 30. Este Tribunal considera que no sería muy difícil demostrar si el revólver con el que disparó el abogado defensor es o no el revólver número 30.

—Esto no es posible, señoría —dijo Hamilton Burger.

—¿Por qué?

—Porque alguien se llevó la bala como recuerdo.

—¿De modo que la policía no se incautó de ella? —interrogó secamente el juez.

—No, señoría —repuso Hamilton Burger.

—Muy bien. No se puede reprochar a la acusada aquí presente los fallos de la policía. El Tribunal mantiene su punto de vista.

—No tengo más preguntas que hacer a este testigo —declaró Mason con tono afable.

—Eso es todo, señor Garvin. Puede usted retirarse —dijo el juez.

Garvin, con el rostro blanco como una sábana, se dirigió hacia la salida y pasó junto al abogado.

—Le mataré —murmuró entre dientes.

—Un momento, señoría —exclamó Mason—. Tengo que hacer otra pregunta a este testigo. ¿Quiere regresar a su sitio, señor Garvin?

Como éste vacilara, el juez ordenó secamente:

—Regrese al asiento de los testigos.

Garvin obedeció.

—Cuando estaba usted a punto de salir de la sala de audiencias —dijo Mason—, al pasar junto a mí me ha murmurado unas palabras. ¿Quiere repetirlas?

—¡Oh, señoría! —exclamó Burger—. Me opongo a esta pregunta. Cualesquiera que sean los sentimientos del testigo con respecto a la

defensa, no pueden tener ninguna relación con el proceso. Por lo demás, he de expresar que yo también me siento exasperado por la manera tortuosa como se está llevando a cabo.

—Sus sentimientos no tienen nada que ver aquí —le amonestó el juez—. No está usted en el banco de los acusados. La defensa tiene pleno derecho a demostrar que las respuestas del testigo están orientadas en cierto sentido.

—¿Bueno? —insistió Mason—. ¿Qué ha murmurado usted, Garvin?

—¡He dicho que le mataría! —gritó Garvin—. ¡Y que me ahorquen si no lo hago!

—¿Es una amenaza? —preguntó Mason.

—¡Es una promesa! —exclamó Garvin—. Yo…

—Sufrirá veinticuatro horas de prisión por insultos a un magistrado —zanjó el juez Decker—. Esta sala no es lugar adecuado para tales manifestaciones. Ya se le ha advertido que conserve la calma, y aunque me hago cargo de la tensión nerviosa que experimenta, ordenó su detención inmediata.

Un policía se acercó y tocó a Garvin en un brazo. Éste pareció a punto de perder completamente el dominio de sí mismo, pero se contuvo y los dos hombres abandonaron la sala.

—Que se presente Eva Elliot —ordenó Hamilton Burger.

La joven se había arreglado, entró en la sala con la gracia de una reina.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó Hamilton Burger.

—Soy actriz y modelo.

—¿Qué oficio ejercía el siete de octubre?

—Era secretaria de Homer Garvin, padre.

—¿Desde cuándo?

—Hacía casi un año.

—A propósito del siete de octubre, voy a preguntarle: ¿Ocurrió ese día algún hecho desacostumbrado?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—Un momento —intervino el juez—. La defensa no parece querer protestar, pero consideramos que tendría perfecto derecho a hacerlo. Todo lo que sucedió el siete de octubre fuera de la presencia de la acusada no tiene nada que ver con el proceso, a

menos que pueda demostrarse que la acusada lo aprobó, lo provocó u obtuvo un beneficio.

—Deseamos demostrar —respondió Burger— lo que hizo exactamente el señor Garvin aquel día, y poner de evidencia que conocía ciertos hechos que pudo comunicar a la acusada.

—¿Desea objetar algo la defensa? —preguntó el juez, volviéndose hacia Mason.

—Nada en absoluto —declaró Mason, sonriendo.

—Muy bien. Testigo, responda a la pregunta —ordenó el juez, lanzando al abogado una mirada de reproche.

—El señor Garvin me telefoneó desde Las Vegas —dijo Eva Elliot —. Me pidió que le esperase en el despacho.

—¿A qué hora le vio usted?

—Hacia las veinte cuarenta y cinco, o sea, aproximadamente una hora antes de lo que él había dicho. Estaba muy nervioso y se negó a hablarme antes de haber tomado una ducha.

—¿Está segura de la hora?

—Por entero. Me desagradaba ser tratada como un mueble, y consideraba que el señor Garvin hubiese podido decirme lo que deseaba saber antes de encerrarse en la ducha y…

—Un momento —interrumpió el juez—. Sus pensamientos no tienen ninguna importancia. Se le ha preguntado sencillamente si estaba segura de la hora que ha indicado.

—Sí.

—¿Le habló el señor Garvin del señor Casselman? —preguntó el fiscal del Distrito.

—Sí.

—¿Qué le dijo él exactamente?

—Esto: «Acabo de hablar con el hombre que estoy seguro que asesinó al padre de Stephanie Falkner. Me he citado con él a las once de esta noche».

—¿Qué hizo después el señor Garvin?

—Se quitó la americana, y percibí el revólver que llevaba en una funda colocada bajo el sobaco. Se quitó la funda, la dejó en la mesa del despacho y se encerró en la ducha.

—¿Podría usted reconocer el revólver que se encontraba entonces en aquel estuche?

—No señor. Las armas de fuego me dan miedo y no me acerqué

a aquélla. Sin embargo, se parecía al revólver número 30.

—Puede interrogar a la testigo —dijo Burger, volviéndose hacia Mason.

—Cuando llegó el señor Garvin —preguntó Mason a Eva Elliot—, ¿le dijo que había visto ya a Casselman?

—Sus palabras exactas las recuerdo muy bien y las repito textualmente; fueron: «Acabo de hablar con el hombre que estoy seguro que asesinó al padre de Stephanie Falkner».

—Así, pues, ¿no mencionó el nombre de Casselman?

—Pero desde luego se refería a él. Dijo…

—No le he preguntado de quién hablaba el señor Garvin. Le ruego que me diga si citó el nombre de Casselman.

—No.

—No tengo más preguntas que hacer.

—Llamen a la señora Garvin para que preste declaración —pidió Burger.

Dawn Garvin, una joven alta y pelirroja, en apariencia muy segura de sí misma, fue a instalarse en la butaca. Sonrió al jurado, cruzó las piernas y después se volvió con aire amable hacia el fiscal del Distrito.

—¿Es usted la esposa del testigo Homer Garvin hijo, que acaba de declarar? —inquirió Burger—. Voy a enseñarle un revólver, prueba número 30, y a preguntarle si lo había visto ya.

—Lo ignoro —repuso ella, sonriendo—. Había visto ya un revólver que se parece mucho a éste, pero no soy experta en armas de fuego.

—¿Dónde había visto el revólver al que se refiere?

—Mi marido lo había dejado sobre un mueble la noche del siete de octubre.

—¿A qué hora?

—Hacia las diez y media.

—¿Volvió a ver este mismo revólver durante el día del ocho de octubre?

—Sí. Al levantarme a las nueve y media.

—¿Se había marchado ya su marido a trabajar?

—Estoy recién casada, señor fiscal —repuso ella sonriendo—, y trato de educar bien a mi marido. Él mismo se preparó el desayuno.

Hubo risas en el público e incluso el juez Decker insinuó una

sonrisa.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Telefoneó mi marido y le dije que se había olvidado el revólver, y él me pidió que se lo llevase al despacho. Cosa que hice una hora más tarde.

—Puede interrogar a la testigo —dijo Burger a Mason.

—Señora Garvin —empezó el abogado—, ¿estaba usted en su casa durante la noche del siete de octubre?

—Sí.

—¿Sabía que su esposo la había telefoneado por dos veces, sin obtener respuesta?

—Así me lo dijo, en efecto.

—¿Quiere hacer creer al jurado que estaba usted en su casa y que no respondió al teléfono?

—Estuve durmiendo durante una hora, señor abogado.

—¿Se lo ha explicado a su marido?

—No. Le contaré por qué: somos recién casados y mi marido no vino a casa a cenar a causa de una cita de negocios. Quise hacerle comprender que tal conducta no me agradaba mucho. Le demostré, pues, que me sentía herida y un poco furiosa. Si él hubiese sabido que me había dormido después de nuestra discusión, hubiera pensado que no me había afectado demasiado. Por lo tanto no le dije nada, dejándole creer que probablemente había marcado un número equivocado.

—¿Por dos veces? ¡Le habrá costado mucho convencer de esto a su marido!

—Una joven casada tiene sistemas para influir en su esposo, sistemas que va perdiendo a medida que transcurre la vida conyugal.

—Volvamos al revólver, señora Garvin. Por lo que usted sabe, ¿podía faltar ya una bala cuando lo llevó a su marido?

—En cuyo caso, después de haber disparado usted en el despacho de Homer, habrían faltado dos.

—Eso suponiendo que el revólver que me entregó su marido fuese el mismo que usted le había llevado.

—Una mujer debe creer siempre que su esposo dice la verdad, señor abogado.

—Eso es todo —manifestó Mason.

El testigo siguiente de Burger fue una llamada Lorraine Kettel, que habitaba en la planta baja de los apartamientos «Ambrose». Declaró que el siete de octubre, hacia las veinte cuarenta y cinco, había visto a una mujer que salía del apartamiento de George Casselman y que bajaba por la escalera de servicio. Pensando que podía tratarse de una ladrona, la había seguido y la vio subir a un auto conducido por un hombre.

—¿Reconoció a esa mujer? —preguntó Burger.

—Se trataba de la acusada, Stephanie Falkner.

—¿Y sabe quién era el hombre?

—El señor Perry Mason, el abogado aquí presente.

—¿Desea usted interrogar a ese testigo? —preguntó Burger a Mason.

—No —repuso el abogado.

—En tal caso, la presentación de testigos de la acusación ha terminado.

—La defensa ruega al Tribunal que pida a los jurados que emitan un veredicto de no culpabilidad —dijo Mason—. Nada concreto ha podido probarse contra la acusada, sobre la que sólo existe, una presunción.

—Este Tribunal se niega —decretó el juez Decker—. Por el momento, los miembros del jurado sólo han escuchado a los testigos de la acusación, y es indispensable que oigan también a los de la defensa antes de que procedan a deliberar. El Tribunal hace observar que pronto serán las doce. Se aplaza la sesión hasta las catorce horas. Entonces corresponderá a la defensa presentar sus testigos. Se suspende la audiencia.

Mason se volvió hacia Stephanie Falkner.

—Stephanie —dijo—, tiene usted que aceptar subir al estrado de los testigos para ser interrogada o, cuando menos, afirmar que usted no mató a George Casselman.

—No quiero.

—¿Por qué? ¿Teme que se descubra algún aspecto desagradable de su pasado?

Ella denegó con la cabeza.

—En tales condiciones —insistió el abogado—, luego la llamaré a declarar.

—Si lo hace —amenazó Stephanie—, me aferraré a mi asiento.

—Está bien —dijo con calma el abogado—. Si es así, por lo menos tendrá algún sitio donde aferrarse.

# Capítulo 19

Mason, Della Street y Paul Drake estaban comiendo en silencio cuando Gertie, la telefonista, irrumpió en el pequeño restaurante contiguo al Palacio de Justicia.

—¡Jefe, jefe! —exclamó—. Marie Barlow ha venido al despacho. Cuando guardaba unas carpetas viejas en un archivador ha encontrado toallas manchadas de sangre que el señor Garvin había puesto allí la noche del crimen.

—¿Qué?

—Sí, sí. Y esas toallas están marcadas con el nombre de *Ambrose Apartments*. Marie Barlow admira mucho al señor Garvin, pero ha querido advertírselo a usted para que Stephanie Falkner no sea condenada por un crimen que no ha cometido.

—Vamos, cálmese, Gertie —ordenó el abogado—. Siéntese y tome un café.

—Válgame Dios, estoy completamente trastornada, señor Mason. Ahora lo entiendo todo: Homer Garvin mató a Casselman y Stephanie Falkner lo sabía. Pero como ama a Homer Garvin, no quería que fuese condenado y ha ocupado su lugar…

—¡Un momento, un momento! —interrumpió el abogado—. ¡Es usted demasiado romántica, Gertie! Por todas partes ve historias amorosas. Sin embargo, me ha dado una idea…

Levantóse y empezó a pasear de un lado para otro.

—¡Vive Dios! —dijo—. Está cogido por los pelos, pero estoy seguro de que el fiscal del Distrito recibirá una sorpresa mayúscula. Al fin y al cabo, es lo único que puedo hacer.

Gertie se volvió hacia Paul Drake.

—Tiene que llamar a su despacho inmediatamente. Es muy importante.

Drake corrió a la cabina telefónica en tanto que Mason

gesticulaba sin dejar de caminar.

—Jefe —dijo Della Street—, ¿qué mosca te ha picado?

—Voy a pedir a Stephanie Falkner que suba al sillón de los testigos —exclamó el abogado—. Ella se negará, discutiremos y se armará un buen alboroto. Luego diré al jurado algo que causará sensación: que Stephanie Falkner sabe que el hombre a quien ama es el asesino de George Casselman… Della, ¡estoy seguro de vencerlos!

—Te escucho.

—No, no, déjame que reflexione. De esta manera tú disfrutarás de la sorpresa lo mismo que los demás.

Se detuvo ante Gertie.

—Gertie, bendita sea por la manera cómo cultiva el romanticismo. ¡Le regalaré una caja con dos kilos de bombones de chocolate!

—¡Oh jefe, no! Ahora estoy haciendo una cura para adelgazar.

—¡Dos kilos de enormes bombones de chocolate! —repitió Mason—. En una caja atada con cintas.

—Jefe —suspiró Gertie—, si insiste…

Paul Drake regresó del teléfono.

—Perry —dijo—. Tengo novedades con respecto al papel con membrete de la «Acme». Mis hombres empezaron ayer sus indagaciones en Las Vegas y esta mañana han encontrado la imprenta donde se encargó ese papel hace cerca de un año. Desdichadamente, no han podido enterarse de la descripción del hombre que había hecho el encargo.

—No tiene importancia, Paul. Voy a aferrarme en mi defensa a la idea romántica de Gertie. Al fin y al cabo, pensando en ello, Stephanie *pudo* muy bien haber cambiado los revólveres sabiendo que Homer Garvin era culpable.

Mason se volvió de nuevo hacia Gertie.

—¿Dónde está Marie Barlow?

—En el despacho.

—¿Ha traído las toallas manchadas?

—Sí.

—Entonces, ¡aprisa! Dígale que las envuelva con cuidado y que me las lleve a la audiencia. Haré cuanto me sea posible para retrasar las discusiones hasta que ella llegue.

—Jefe —dijo Gertie con aire de reproche—, Marie no irá nunca a la audiencia. En su estado…

—Marie hará cualquier cosa por mí. En cuanto al aspecto físico, no tiene importancia; por el contrario, impresionará a los jurados. Dígale que avance hasta mi mesa y que me entregue el paquete sin decir nada.

—Pero, ¿cómo conseguirá usted hacer esperar a todo el mundo hasta que ella se presente?

—Inventaré algo… Fingiré que quiero interrogar de nuevo a Eva Elliot. ¡Vamos, Gertie, debería haberse marchado ya!

—Pero, jefe —insistió Della—, ¿qué puedes preguntarle a Eva Elliot?

—¿Qué sé yo? Por ejemplo le hablaré de esas facturas extrañas y de esos cheques que ha descubierto Marie. El jurado se pondrá nervioso, el juez se enfurecerá, Burger vociferará. Luego llegará Marie con las toallas manchadas de sangre y yo les soltaré la teoría de la sustitución de revólveres por Stephanie.

—Al fin y al cabo tal vez fuese eso lo que sucedió —dijo Della—. Suponiendo culpable a Homer Garvin, Stephanie pudo muy bien guardar el revólver A y poner en su lugar sobre la mesa, donde la policía lo descubrió, el revólver C, el arma del crimen.

—¡Bravo! —exclamó Mason—. Si he podido convencer a una veterana como tú, Della, entonces seguro podré poner de mi parte a varios jurados… Y ahora, en marcha hacia la batalla. Lo esencial es que saque a Stephanie de esto. ¡Luego ya me ocuparé de Garvin!

# Capítulo 20

—Con la venia del Tribunal —dijo Mason—, cierto detalle me ha llamado la atención y deseo interrogar a uno de los testigos de la acusación.

—La acusación se opone —declaró Burger—. Hemos presentado ya nuestros testigos y por lo que a nosotros respecta, no estamos dispuestos a que vuelvan a declarar.

—¿De qué testigo se trata? —preguntó el juez.

—De Eva Elliot.

—La defensa puede llamar a este testigo con el fin de interrogarlo de nuevo —decretó el juez.

Eva Elliot volvió a sentarse en el sillón de los testigos y adoptó una actitud muy estudiada.

—Señorita Elliot —preguntó Mason—, ¿había sido ya secretaria antes de trabajar para el señor Garvin?

—Pregunta improcedente —interrumpió Hamilton Burger.

—Se acepta la objeción —decretó el juez.

—Como secretaria del señor Garvin —continuó Mason—, ¿tenía usted que llenar cheques para pagar las facturas que llegaban?

—Sí.

—¿Era el señor Garvin quien firmaba dichos cheques?

—Sí.

—Durante los meses en que estuvo usted con el señor Garvin, ¿le hizo firmar varios cheques a nombre de la «Compañía Acme, reparaciones sanitarias y eléctricas», 1397 de Chatham Street, cuando en realidad esta compañía no existe y no se ha encontrado ni rastro de los trabajos correspondientes?

—¡Un momento, un momento! —clamó Burger—. Señoría, esto queda completamente fuera del asunto. Me opongo a esta forma de interrogatorio.

El juez Decker se acarició la barbilla.

—A primera vista, la acusación parece tener razón, pero la defensa, ¿persigue tal vez un objetivo relacionado directamente con este asunto?

—Mi pregunta siguiente será ésta —explicó Mason al juez—: La persona que enviaba sus facturas a nombre de «Acme», ¿no estaría confabulada con la testigo, quien en consecuencia podría mostrarse parcial con respecto a su antiguo patrono, el señor Garvin, por temor a que se descubriesen sus malversaciones?

—Pienso —dijo el juez frunciendo las cejas— que voy a autorizar la pregunta precedente. Basta con echar una mirada a la testigo para ver que la defensa ha planteado aquí un asunto que…

—Señoría —interrumpió Eva Elliot—, le juro que no cobré ni un céntimo. El señor Casselman me había prometido…

Se interrumpió bruscamente.

—Prosiga —ordenó el juez.

Eva Elliot se puso a llorar y continuó:

—El señor Casselman había prometido admitirme como principal animadora en el nuevo *motel* que quería construir. Pero me mintió…

En aquel momento se abrió la puerta de la sala de audiencias y Marie Barlow hizo una entrada sensacional, debido a su estado y a la manera solemne como se dirigió directamente hacia Mason, para entregarle un paquete atado.

Mason soltó lentamente las cuerdas y, volviéndose hacia los miembros del jurado, abrió el papel y exhibió las toallas manchadas de sangre.

—Eva —dijo—, después de haber matado a George Casselman, limpió la sangre con estas toallas que luego se guardó en su cartera. Más tarde las ocultó detrás de los cajones de un archivador, en el despacho del señor Garvin. Después, cuando este último se encontraba en la ducha, sustituyó usted con el revólver B, que había cogido de la caja de caudales para matar a Casselman, el revólver C que estaba en la funda colocada sobre la mesa del despacho. Seguidamente, guardó el revólver C en la caja de caudales. ¿Me equivoco?

Eva se levantó de un salto y luego dejóse caer en el sillón.

—Actué en legítima defensa —sollozó—. Cuando descubrí lo que

él había hecho, yo… yo…

—¡Protesto! —gritó Hamilton Burger—. ¡Toda esta comedia ha sido preparada cuidadosamente para impresionar al jurado!

Mason le lanzó una sonrisa burlona mientras volvía a sentarse.

—Eso es todo, señor fiscal del Distrito. Sostenga sus acusaciones, si es que se atreve. La defensa renuncia a seguir actuando.

—¿No tiene más preguntas que hacer a este testigo? —preguntó el juez, incrédulo.

—No, señoría —repuso Mason.

Hamilton Burger pareció indeciso.

—Desearía solicitar al Tribunal que autorizase una suspensión de media hora —dijo al fin—. Sin duda entonces la defensa podrá…

—¿Tiene alguna pregunta que hacer al testigo aquí presente? —preguntó el juez Decker.

—No, señoría —contestó Burger.

—¿Se opone la defensa a una suspensión? —preguntó entonces el juez.

—Efectivamente —dijo Mason con tono firme—. Deseamos proseguir la vista a fin que los jurados puedan emitir su veredicto esta misma tarde.

—Muy bien —decidió el juez—. Señor fiscal, tiene la palabra.

—No tenemos nada más que decir.

—La defensa no desea llamar a ningún otro testigo —dijo Mason rápidamente.

El juez se volvió hacia Eva Elliot.

—Pese a lo irregular del procedimiento, el Tribunal no tiene intención de dejar las cosas así. Señorita Elliot, ¿mató usted a George Casselman?

—Sí. Cogí el revólver de la caja de caudales del señor Garvin con intención de asustar a George Casselman. Él trató de estrangularme. Todo se volvía negro… me ahogaba. Aturdida, apreté el gatillo… y de nuevo pude respirar libremente.

—¿Qué hizo después con el revólver?

—Lo puse en la funda del señor Garvin en sustitución del que había en ella, el cual encerré en la caja de caudales.

—El Tribunal decide una suspensión de la vista por una hora —anunció el juez después de maduras reflexiones—, con el fin de poder examinar tranquilamente todo esto. Después, el Tribunal

presentará una moción pidiendo al Jurado que emita un veredicto de inculpabilidad para la acusada aquí presente.

# Capítulo 21

Perry Mason, Della Street, Homer Garvin, Paul Drake y Stephanie Falkner estaban instalados en la biblioteca de Perry. Una botella de whisky, un cubo con hielo y vasos estaban colocados sobre una mesa.

—Stephanie —dijo Mason—, hubiese debido contarme la verdad.

—No quería decírsela a nadie, señor Mason —repuso la joven—. Había visto salir a Homer del apartamiento de George Casselman sin que él lo sospechara. Más tarde, cuando me dio el revólver, me di cuenta de que le faltaba una bala y creí saber lo que había sucedido. Luego, cuando usted hizo que Homer hijo me trajese un revólver y me dejó entender que debía entregarlo a la policía si ésta se presentaba en mi casa, me las di de lista y realicé una sustitución de armas. Me dije que Garvin hijo declararía haberme entregado el revólver A. El revólver que me había dado Homer lo oculté apresuradamente en un saco de harina así que se marcharon ustedes aquella mañana. Más tarde, fui a unas obras que hay en la vecindad y hundí el revólver en la masa de hormigón aún húmedo.

—Ignoraba que me hubieses visto salir de casa de Casselman, Stephanie —intervino Homer Garvin.

—Fue seguramente Eva Elliot la que telefoneó mientras yo estaba en el apartamiento de Casselman —dijo Mason—. Vigilaba la puerta del edificio, pero no vi a nadie. Sin duda Eva subió por la escalera de servicio.

—En fin —dijo Garvin padre—, ahora conocemos toda la historia. George Casselman, prometiendo el oro y el moro a Eva, asegurándole que la presentaría en la televisión y la convertiría en una actriz célebre, consiguió hacer con ella lo que quería. Por lo tanto, no me robó por inexperiencia, sino para entregarle el dinero

a Casselman.

Contempló a Stephanie con aire pensativo.

—¡De modo que estabas dispuesta a dejarte condenar en mi lugar! —dijo.

—¿Y tú? —exclamó ella—. Creyéndome culpable, ¿no hiciste cuanto estuvo en tus manos para atraer hacia ti la atención de la policía?

Los dos se echaron a reír.

—Sea —dijo Garvin—, ya hablaremos de esto con mayor tranquilidad. Mason, estoy en deuda con usted.

Sacó un talonario de cheques, firmó uno en blanco y lo alargó a Mason al tiempo que decía:

—¡Y no tema exagerar la nota!

Sonó el teléfono y Della fue a contestar.

—Es Homer hijo, jefe —anunció—. Se disculpa por haberse enfurecido y declara que te hace una rebaja de seiscientos dólares en el precio del coche deportivo que te había ofrecido.

Mason cogió sonriente el cheque en blanco que Garvin padre había firmado.

—Dile que me telefonee más tarde, Della. Me parece que, finalmente, podremos llegar a un acuerdo.

# Notas

[1] En los que se vendía alcohol clandestinamente durante la prohibición. (N. del T.) <<

[2] Muchachas de agradable físico que se exhiben en traje de baño junto a las piscinas de los hoteles de lujo. (N. del T.) < <